

MARIA ELENA GERTNER

subart

LA

DERROTA



ZIG-ZAG

LA DERROTA

Por María Elena Gertner.

Al poco tiempo de aparecer *La Mujer de Sal*, María Elena Gertner entrega su quinta novela, LA DERROTA, con lo cual la escritora chilena no sólo demuestra ser una de las más productivas de su generación, sino también la de temática más amplia y universal.

LA DERROTA —primer volumen de la trilogía *El Hueco en la Guitarra*— revela una nueva metamorfosis en la obra de María Elena Gertner. Aquí, aparte haber alcanzado la plenitud de su estilo y de su destreza para manejar situaciones y personajes, penetra con hondura y conocimiento en un medio social que parecía ignorar en sus novelas anteriores. La atmósfera gris en que transcurre la vida de Trinidad Isazmendi, la manera cómo desciende de nivel social, la rebelión de Isabelita, su hija, ante las que fueron las tradiciones y costumbres de su madre, y que ésta aún trata de inculcarle, aparecen magistralmente tratadas. Igual cosa ocurre con esos personajes tan singulares como la Zoraidita, Rosendo Soto —apodado "El Lancha"— y Rodrigo Díaz, el guitarrista ciego, cuya curiosa existencia sirve de enlace a la trilogía. La irrupción del amor en todos ellos, la forma en que la desesperación o la esperanza los hace luchar por colocarse por sobre la sordidez que los rodea, atraparán al lector más exigente, de tal modo que querrá seguir conociendo nuevos aspectos de estos personajes.

Por ser LA DERROTA una novela cerrada y redonda y constituir una unidad que puede leerse separadamente, el destino sobrecogedor de sus protagonistas se completa con nuevos puntos de vista y situaciones en los otros dos libros de la trilogía titulada *El Hueco en la Guitarra*: en "Tiempo de Vilanos" y en "El Encantamiento", que la Editorial Zig-Zag publicará próximamente.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

EL HUECO EN LA GUITARRA

I

LA DERROTA

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1964.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 29161.
Santiago de Chile.
1965.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

M A R I A E L E N A G E R T N E R

EL HUECO EN LA GUITARRA

I

LA DERROTA

Z I G - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

A

JOSÉ DONOSO YÁÑEZ

Y

MARÍA PILAR SERRANO DE DONOSO

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

CAPITULO PRIMERO

HABÍA llegado el momento en que Trinidad Isazmendi debía confesarse su derrota. Sí, era inútil engañarse repitiendo que vendrían días mejores. Se dejó caer en el sofá, con el trapo amarillo y el plumero entre las manos, y contempló el raído brocado de los cojines, el papel desteñado de las paredes de la salita. Aquellos cojines vomitaban todas las plumas del relleno, e iban quedando blandos, escuálidos, como vientres de animales desangrados, y si se abrían las ventanas, el polvo cubría en un instante las tablas manchadas del piso y los poquísimos muebles y objetos “decentes” que Trinidad conservaba. Observó con furia la danza de las partículas de tierra que, sostenidas por un chorro de luz, se precipitaban encima del *secrétaire* de palo de rosa, se introducían por los resquicios de la pequeña vitrina, ensuciando la cajita de alabastro y las dos figurillas de jade que aún no se resignaba a vender, lamían el grupo de sus antepasados pintados por Monvoisin. Trinidad Isazmendi odiaba ese polvo gris, pegajoso, de la calle Bascuñán; ese polvo que parecía burlarse de los alargados perfiles de sus abuelos,

enmarcados por una moldura de oro. Pero se sentía demasiado cansada para gritar, llorar o realizar un gesto mínimo de rebelión. Cansada de luchar contra la mugre y la pobreza, contra las cuentas de la luz y del gas, contra los almaceneros gordos, contra los pensionistas de “medio pelo” que reclamaban por la sopa de fideos y la carne como suela de zapato; cansada de mudarse, de tiempo en tiempo, a una casa más miserable por la cual le cobraban un alquiler módico, de la Avenida Diez de Julio a Quinta Normal, de Quinta Normal a Recoleta, de Recoleta a la calle Bascuñán cerca de Antofagasta, barrios populares, insalubres, que olían a sudor y a cantina.

Doce, diez, cinco años atrás, las cosas eran distintas porque aún tenía energías y guardaba alguna esperanza. “Cuando murió Patricio, yo acababa de cumplir treinta y dos —se dijo—. Ahora tengo cuarenta y seis, y me he agotado completamente.” No sabía si fue inconsciencia o el vigor propio de la juventud lo que la ayudó a confiar en sí misma a raíz de la muerte de su marido; no obstante, no podía engañarse con respecto a esa especie de liberación que había experimentado durante los primeros meses de viudez, y hoy, catorce años después de la tragedia, o de lo que la mayoría de la gente consideró una tragedia, podía encarar la verdad sin ningún tapujo, y admitir: “Mi matrimonio resultó un fracaso, y si Patricio viviera, lo más probable es que nos hubiésemos separado . . . , aunque sin anular el matrimonio, porque la religión lo prohíbe”. Se inclinó sosteniendo siempre el plumero y la franela

con que limpiaba, sacudida por el calofrío que la turbaba al recordar esa etapa de su vida. “¡Fui tan tonta al casarme! Y pensar que mi mamá hizo lo indecible para convencerme de que no cometiera semejante estupidez.”

En efecto, doña María Isabel Chazarreta de Isazmendi recurrió a una y otra argucia para impedir el enlace de su hija Trinidad con Patricio Scott. Las razones que la obligaban a ello eran poderosas. Pese a que Trinidad nunca disfrutó de la auténtica opulencia de los Isazmendi, ocupaba una posición social que ponía a su alcance a los jóvenes más distinguidos de Santiago, y aun cuando doña María Isabel no podía decir nada en desmedro de los Scott, ya que el padre era un honesto comerciante inglés radicado en Valparaíso, y la madre una mujer de muy buenos modales, que tocaba el piano pasablemente, pertenecían a un medio sin relieve y, lo que era peor, sin fortuna. Y la señora Chazarreta de Isazmendi, luego de asistir al derrumbe económico de su familia, de ver extinguirse las tierras, paulatinamente, marchitadas por la abulia de sus dos hijos, Alfonso y Juan José, las haciendas Maitén Grande y Maitencito dilapidadas en continuos viajes a Europa y en las campañas electorales de su cuñado el senador, no iba a cometer el disparate de casar a Trinidad con un hombre pobre. Elvirita, la mayor de las Isazmendi Chazarreta, estaba casada con un diplomático, y vivía en el extranjero, totalmente desarraigada de Chile, sin que se contara con ella para nada; en consecuencia, la única carta que le quedaba a doña María

Isabel para jugar su triunfo, y salir adelante, era Trinidad. Desgraciadamente, esa hija menor, educada en los colegios más caros de Santiago, por la que se mantuvieron abiertos los salones de la antigua casa en la Avenida República, desde 1934, año de su estreno en sociedad, hasta 1937, y se hicieron tantos sacrificios, había demostrado una decepcionante falta de interés por los muchachos de "su clase" que la pretendían, y recién en un período en que el calificativo de solterona empezaba a amenazarla, súbitamente se entusiasmó con el joven Scott, al que le presentaron una noche en el Casino de Viña del Mar. Finalmente, doña María Isabel habría pasado por alto el hecho de que Patricio fuese un desconocido en cuanto a abolengos, y tal vez, hastiada de discutir con Trinidad, habría dado su consentimiento, si el futuro yerno hubiese manifestado amor al trabajo y deseos de prosperar, pero los asuntos pecuniarios no preocupaban al joven Scott. Además, y ésta fue la gota que hizo desbordar la ira de la señora, su sobrino político Carlitos Isasmendi le contó, en secreto, que el tal Patricio era un borracho consuetudinario. Así y todo, Trinidad se casó con él.

Sentada en el desvencijado sofá, afirmando la barbilla en el mango del plumero, Trinidad se interrogó: "¿Por qué no le hice caso a mi mamá?" A menudo se preguntaba lo mismo sin dar con la respuesta. ¿Acaso, tal como rumorearon las tías Chazarreta, su soltería le pesaba a los veintinueve años, y era ésa la causa que la decidió a casarse? Por cierto que no. A pesar de que casi todas sus

amigas tenían sus propios hogares y ya eran madres, e iban quedando pocos hombres, en su grupo de amistades, con quienes formar pareja, no se sentía amargada. Muy lejos de eso, le encantaba saberse independiente, dar rienda suelta a su imaginación forjando ensueños de los que era protagonista, partir a refugiarse en el fundo del tío Exequiel, y vagar por el silencioso parque, rondar por las sombrías habitaciones de la casa de campo, percibiendo ilusorios murmullos y fantasmagóricos pasos. "Era una idiota sumamente romántica", reflexionó. Luego, ¿era amor lo que la unió a Patricio? ¿Necesidad sexual? Ni una ni otra cosa, podía asegurarlo con absoluta honradez. Le gustaron sus ojos claros, su elevada estatura, los mechones de cabellos amarillos cayéndole en la frente, aquellos gestos desmañados, el descuido en el vestir. Pero ella no se caracterizaba por ser una mujer sensual; al contrario, había entrado con retardo en la pubertad, ni siquiera en la adolescencia la inquietaron problemas sexuales, y consideraba muy natural ser virgen. Tampoco veía en Patricio al vencedor, al héroe. Sin embargo, puso tanto empeño en convertirse en su mujer, que lo logró. No valía la pena que insistiera en averiguar por qué, actualmente, cuando casi dieciocho años la separaban de la mañana de la boda, y catorce aislaban, aprisionando en el pasado, la noche en que Patricio Scott, limpiando la escopeta con que solía cazar perdices en el fundo del tío Exequiel, se mató. La única explicación de su empecinamiento en ese matrimonio, la que se daba frecuentemente, era el haberle

atribuido cierta personalidad misteriosa a Pato. "Claro, yo era tan aficionada a las novelas de las hermanas Brontë."

Una vez realizado el casamiento, su madre se resignó a costearles un viaje a París y gravó con más hipotecas la casa de la Avenida República, para impedir que se dijera que el marido de Trini era un pobre de solemnidad. La señora Chazarreta de Isazmendi actuaba comúnmente así, a juicio de todo el mundo en forma arbitraria. Lo triste fue que Trinidad no conservó un recuerdo interesante de su luna de miel. A su regreso no emitió ninguna de las observaciones acerca de la situación política, que sus hermanos aguardaban; no hizo aquellos relatos encendidos de romanticismo y poéticas añoranzas que los viejos soñaban escuchar; tampoco se refirió a los estragos causados por la ocupación alemana. Se limitó a hablar del azúcar, que estaba racionada, y de lo amargo que había encontrado el café, de lo prácticos que eran los vestidos diseñados por Cocó Chanel y de la Galería de los Espejos de Versalles. Contraviniendo sus hábitos, la familia estuvo de acuerdo y opinó que las apreciaciones de Trinidad denotaban una ignorancia supina. El tío Exequiel masculló:

—¡Qué niñita tan falta de sensibilidad!

¿Cómo fue realmente su luna de miel? ¿Podía definir esos recuerdos? Patricio bebía cocteles antes del almuerzo, ginebra por las tardes, cocteles antes de la cena, y coñac terminando de comer. Patricio hacía el amor semi-borracho. Quizás una mujer con experiencia respecto de

los hombres, habría conseguido ser menos desdichada en condiciones similares, pero Trinidad no conocía más hombres en estado normal que los pretendientes que la acompañaban a una fiesta o al cine, y solían besarla a hurtadillas en el salón de su casa o entre la mampara y la puerta de calle; ni más hombres ebrios que el hermano de las Brontë, cuya dramática historia veneraba. Un marido, compartiendo su lecho, y por añadidura ebrio, era algo que sobrepasaba su capacidad de imaginación, algo inhibitor, desquiciante. Volvía a verse dentro de la amplia cama, aferrándose a los encajes del blanco camisón, mientras él iba y venía desnudo por el cuarto, haciendo alarde de una impudicia que ella consideraba en extremo chocante. Por otra parte, distaba mucho de ser un amante sabio, capaz de vencer las reservas de una virgen; Trinidad no necesitaba mayor experiencia para darse cuenta de ello, y al volver a Chile pudo comprobarlo, escuchando los comentarios de sus primas, que se encargaron de sonsacarle algunos detalles íntimos que la hacían enrojecer de vergüenza. Afortunadamente, apenas regresó descubrió que estaba embarazada, y con el pretexto de que sufría constantes malestares y el médico le recomendaba tranquilidad y reposo, decretó apartar dormitorios y pasó a ocupar su antigua habitación de soltera. Dado que su marido carecía de empleo, vivían con doña María Isabel, quien en vano se lamentaba de tener que alimentar a Trinidad, al vago de su yerno, y estar obligada a cargar con los nietos que vinieran. No obstante, Patricio hacía caso omiso de

las manifestaciones hostiles y los reproches que, día a día, se tornaban más directos. Daba la impresión de sentirse perfectamente agradado en casa de su suegra, donde pese a la tan pregonada carestía de la vida y a la situación económica por momentos más precaria, gozaba de apreciables comodidades. Su indolencia lo ayudaba a permanecer inalterable en las ocasiones en que la madre de Trinidad elevaba el tono de la voz, tras una puerta entornada, quejándose ante las señoritas Chazarreta, sus hermanas y confidentes:

—¡No sé qué hacer para que este tipo se decida a trabajar! Lo que hay es que es un fresco.

—La culpa es tuya, pues, niña. Tú eres la que soportas que abusen contigo —exclamaban Clotilde y Aurora Chazarreta.

—¿Y qué quieren? ¿Que los eche a la calle? Trini es mi hija... ¡Ay, qué muchacha tan descriteriada! Pensar que podría haberse casado con Emilio de la Sota, el arquitecto, que está millonario; con Rodolfo Jara, el corredor de la Bolsa..., o con el conde italiano..., ¿cómo se llamaba el conde? Bueno, ése no tenía un diez, pero la habría vinculado con la aristocracia europea. Sí, cualquiera era preferible a este “mequetrefe”, que lo único que hará es llenarla de chiquillos.

Sin embargo, la señora se equivocaba al suponer que su hija iba a ser madre de numerosa prole, ya que Patricio aceptó de buen grado la separación de dormitorios y muy esporádicamente volvió al lecho de su mujer. Los

rumores malintencionados de la gente sostenían que “el gringo” Scott frecuentaba prostíbulos, y más de alguien juró haberlo sorprendido con mujeres de sospechosa reputación. Trinidad no dudaba de que estas habladurías fuesen efectivas, aunque no acertaba a descubrir de dónde su marido obtenía dinero para divertirse en tales compañías, ya que incluso las cantidades ínfimas que se requerían para locomoción y otros gastos insignificantes se las pedía ella a doña María Isabel. Y no creía que los amigos que aún los visitaban, o los miembros más alejados de la familia, estuvieran dispuestos a prestarle un céntimo. A pesar de que Patricio, por su carácter apacible y suave, contaba con la simpatía de varias personas, en el fondo nadie dejaba de considerarlo un cínico, ni de suponer que se había casado con Trinidad imaginando que heredarían una gran fortuna. Ni el tío Exequiel, que lo trataba con deferencia y lo invitaba a cazar a su fundo, escondía ese pensamiento; sonriendo socarronamente, decía:

—Le fallaron los cálculos al pobre diablo. Se engañó con los apellidos y no soñó que los Isazmendi Chazarreta estaban en la ruina.

El nacimiento de Isabelita aportó una breve nota de paz. A los dos meses ya prometía ser la más hermosa de las nietas de doña María Isabel, muy superior a las niñas de Elvirita, y el orgullo de abuela aplacó la odiosidad que la señora sentía por su yerno. Los ojos de Patricio, más grandes y luminosos en el pequeño rostro de la criatura, se

unían a los estilizados rasgos de Trinidad, en una combinación perfecta que provocaba gritos de admiración:

—¡Qué lindura! ¡Si es idéntica al Niño Dios! El Señor y la Virgen la bendigan; es ver al niño Jesús de Praga.

Patricio agradecía las felicitaciones con aire ausente, igual que si la paternidad fuese un suceso ajeno a su conciencia. Observaba a la niña, frágil y sonrosada entre los vuelos de la cuna, con una mirada brumosa en la que no aparecía comprometido ningún sentimiento, y en seguida corría a encerrarse en su cuarto, escapando de aquel barullo que lo aturdió. Trinidad, en cambio, se mostraba floreciente. Concluidos los meses lánguidos del embarazo, recuperaba sus ademanes altivos, la risa vibrante; nuevamente usaba las costosas ropas adquiridas en París, y su silueta, un poco más opulenta que en sus días de soltera, lucía elegante y graciosa. El hallazgo del amor maternal la renovaba, y prescindía enteramente de aquel marido apático e incomprensible; si los conflictos de orden material no se hubieran vuelto apremiantes, tal vez podría haber olvidado su condición de mujer casada, retornando a una existencia plácida y frívola. Pero el desastre sobrevino antes de que Isabelita cumpliera un año. La casa de la Avenida República fue rematada judicialmente, y por más que doña María Isabel recurrió a familiares y conocidos solicitando ayuda, la negativa fue unánime:

—¡Los tiempos están malos!

—No sé qué daría por sacarte de este apuro; desgra-

ciadamente las cosechas se perdieron íntegras por causa de la sequía y estoy al borde de la quiebra.

—Mi linda, los negocios han andado pésimos este año...

—No sabe, tía, cuánto lamento no poder...

Trinidad echó hacia atrás la cabeza y cerró los párpados. El sol del mediodía relumbraba en las techumbres de la calle Bascuñán y penetraba a través de los visillos. "Tenían razón —meditó—. ¿Quién de los ricos iba a ser tan generoso, o tan ingenuo, como para arriesgar millones en salvar a una viuda arruinada que mantenía a una hija, a un yerno ocioso y a una nieta? Y los pobres..., ¿qué podían hacer? Juan José administraba el fundo de su suegro y ganaba lo justo para subsistir; Alfonso estaba de fotógrafo en Nueva York y no escribía nunca; Elvirita vivía en Colombia y ni se acordaba de nosotras. ¡Pobre mamá! Tuvo que trasladarse a casa de mis tías, y morir allí. Yo arrendé la casita de la Avenida Bilbao..."

El tío Exequiel le dio dinero para el alquiler y la garantía, y doña María Isabel le regaló algunos muebles, porcelanas, platería, cortinas y alfombras que había librado del remate, con lo cual pudo instalarse en forma casi lujosa. Entonces plantó flores y arbustos en el jardincillo de entrada, y comenzó a pensar en diferentes medios para ganarse el sustento.

—¿Por qué no te lanzas con una industria casera? —le sugirieron las tías Chazarreta.

Y Trinidad confeccionó queques, tortas y mermeladas

que le compraban sus amistades. Más tarde alzó un modesto gallinero en el patio interior, y se dedicó a vender huevos. Gracias a esas reducidas ganancias se sostuvieron por espacio de un año; un año en el que Patricio se limitó a huir, a agazaparse, llegando a la casa al amanecer y esfumándose a la hora del desayuno. Una mañana en que Trinidad se dirigía al Mercado, lo divisó en un bar de la calle Bandera, bebiendo con unos individuos; y, de pronto, reaccionó de manera compulsiva, totalmente insospechada, como si otra mujer, aletargada dentro de su piel y de sus huesos, despertara rompiendo la delicada máscara de su rostro y la armonía de los gestos sometidos a una rigurosa disciplina a través de generaciones. Una voz rústica, vulgar, rasgó su garganta, y cruzando los brazos sobre el pecho, actitud que con el correr de los años se hizo muy suya, entró en el bar y chilló:

—¡Sal de aquí, desgraciado! ¿Así es que mientras yo me mato para alimentarlo, el precioso se emborracha? ¿Con quién crees que te casaste, infeliz? De hoy en adelante vas a trabajar, ¿me oyes? ¡Estoy harta! ¡Harta! ¡Harta!

No era ella, Trinidad Isazmendi Chazarreta, la que hablaba. Era una desconocida que la poseía, obligándola a comportarse de ese modo.

Reclinada en el respaldo del sofá, apretando el plumero con las manos sudorosas, Trinidad se repetía, ahora, que era otra la que surgió de sí en aquel bar, y que

también era otra la que, en la noche reciente, había cometido ese acto innoble.

Patricio se resolvió a trabajar o, más exactamente, su mujer adoptó la resolución y él la acató mansamente. Ella acudió a ver al tío Exequiel, que todavía era el puntal del que podía afirmarse.

—Bueno, veamos... ¿Para qué sirve esa calamidad de tu marido, hijita? —interrogó el anciano rascándose la calva.

—No sé, tío. Anda medio atontado, y no logro sacarle palabra; parece sonámbulo.

—Si intentáramos colocarlo en un Banco, o como secretario en una oficina, es fijo que haría puras estupideces... Y tú sabes que actualmente hay profesionales y egresados de las universidades, gente con preparación sólida, que se pelea por un cargo de suche. Convendría más buscarle una actividad de tipo..., ¿cómo te dijera?... de tipo más mecánico, sin responsabilidades intelectuales..., ¿comprendes?

—No pretenderá emplearlo de obrero, tío, por Dios.

Una larga tarde discutió Trinidad con don Exequiel, acerca de las escasas posibilidades de dar con una labor que Patricio pudiera desempeñar. Por fin hallaron la solución: el tío lo afianzaría para que comprara un automóvil de alquiler, ya que en diversas ocasiones Scott había confirmado su destreza para guiar los coches de distintos miembros de la familia.

Si en los buenos tiempos, adelantándose al futuro, le

hubiesen predicho a doña María Isabel Chazarreta que Trinidad iba a ser la esposa de un chofer de taxi, la señora habría estallado en una carcajada o en un ataque de cólera. Cuando esto aconteció se encontraba en el ocaso de su existencia, viviendo de "allegada" en casa de sus hermanas, recluida en la habitación que le cedían en el segundo patio de la ruinosa mansión de la calle Compañía, rodeada de los muebles de caoba maciza que le evocaban años gloriosos y acrecentaban su nostalgia, arrodillándose con dificultad en el reclinatorio de felpa color púrpura, para elevar dolidas oraciones, sin ánimo para protestar. Y, pensando con ese criterio realista del que los demás hacían alarde, si el coche de alquiler iba a servir para que su hija y su nieta subsistieran, más le valía dar gracias al cielo.

"La santa que era mi mamá murió contenta, imaginando que yo viviría medianamente tranquila y que podría educar a Isabelita en un buen colegio", suspiró Trinidad.

Y hubo motivos para que doña María Isabel creyera en el milagro que transformaba a su yerno. El taxi empezó a producir suficiente renta para pagar el arriendo de la casa, una criada y pequeñeces a las que Trinidad se había desacostumbrado y consideraba un lujo, como ir a la peluquería una vez por semana. Patricio pasaba muchas noches fuera del hogar, sin que su mujer se molestara en indagar nada; sólo le importaba que continuara suministrando dinero puntualmente. Lo raro fue que ese desprecio brotado en ella, a raíz de la inutilidad de su

marido, no mermaba sino que se fortalecía a medida que las ganancias se volvían más abundantes y, lo que antes nunca hizo, pronto llegó a burlarse y a dirigirle la palabra en un tono altanero. Tan evidente era este trato despectivo, que las primas Isazmendi se escandalizaron.

—Es injusto que Trini humille de esa manera al “gringo” —afirmaba Pelusa.

—Lo absurdo es que lo haga precisamente ahora que se está portando hartó bien y gana para mantenerla —agregaba Paz.

Sin embargo, él no reaccionaba. En esos domingos en que la familia volvía a reunirse esporádicamente en la hacienda del tío Exequiel, para saborear la cazuela de ave y las criollas empanadas amasadas por la Clementina, la vieja cocinera, Patricio mostraba su máscara de ojos vidriosos y sonrisa alelada.

—Me tinca que este Pato es tonto de capirote —cuchicheaba Paz Isazmendi.

—No seas inocente. Lo que hay es que se cae de borracho —le rebatía su hermano Carlitos.

—¿De veras? No se le nota...

—Bueno, concédele que tiene su clase; empina el codo como un *gentleman*.

Tan insípido les resultaba, que ninguno quiso saber por qué bebía Patricio, qué ideas, qué sensaciones latían en lo hondo de esa apariencia imperturbable. Ocasionalmente, más de un conocido se interesó en Trinidad y la cortejó, desentendiéndose de aquel marido insignificante.

Si la conquista no prosperó fue, quizás, porque ella era lo que las tías reconocían como “una joven honesta” y las primas llamaban “una mujer frígida”.

A poco andar del resurgimiento económico que auguraba el oficio de chofer de Patricio Scott, falleció doña María Isabel. Sus últimas palabras fueron para aconsejar a Trinidad, para encargarle que no olvidara jamás quién era y el respeto que debía a sus apellidos y a la memoria de sus antepasados, y rogarle que, pasara lo que pasare, educaría a Isabelita tal como correspondía a una Isazmendi, descendiente de próceres y gobernantes, entroncada a brillantes páginas de la historia de Chile, y la casaría con alguien digno de perpetuar la noble tradición de sus mayores. Hincada junto al lecho de la moribunda, Trinidad juró solemnemente cumplir sus deseos, e inundada por un amasijo de emociones, dolor, remordimiento por haber defraudado a su madre, y encono, se prometió que aunque tuviese que manejar con un látigo “al cretino de Pato para sacarle trote”, cumpliría el juramento.

“Perdón, mamá... , perdón”, se dijo, estrujando el trapo amarillo, examinando con huecas pupilas la salita sórdida, polvorienta. Las moscas revoloteaban circundando la pantalla de flecos; el hedor del gasógeno se arrastraba a ras del suelo por la calle Antofagasta, allí donde la brisa no soplaba, donde la hierba moría abortada, quemada por los orines de los perros sin dueño, por ese sol en el cenit que hacía fulgurar pedazos de vidrios quebrados y latas de conservas vacías.

Pocos meses después del fallecimiento de doña María Isabel, Patricio regresó, una noche, a pie a su hogar. Trinidad se acordaría eternamente de ese hecho: "Era un 20 de septiembre... y él no venía a la casa desde el 17. Yo me había acostado temprano y oía la radio. Me llamó la atención escucharlo llegar y no sentir que guardaba el coche en el garaje, pero me quedé muda, oyéndolo subir la escalera, con un presentimiento que me paralizaba. De repente lo vi abrir la puerta de mi dormitorio y detenerse ahí, con una expresión de loco y su risita exasperante enchuecándole la boca".

—¿Qué ocurre? —gritó.

Patricio le informó que el automóvil tenía un desperfecto en la caja de cambios y que en tres días más lo retiraría del taller en que lo estaban arreglando, y se marchó a su cuarto a dormir. Y pasó una semana, dos, en que la inquietud de Trinidad aumentaba, en que él no añadía una palabra e intentaba esquivarla. A fines de mes no tuvieron con qué cancelar el alquiler, el sueldo de la criada ni las cuentas de la verdulería y el almacén. Desesperada, Trinidad lo increpó:

—Tú me mientes, Pato. Es falso que el taxi está en reparación. Lo que hay es que te aburríste de trabajar y nuevamente piensas darte la vida del oso. Dime la verdad..., ¿escondiste el coche en casa de algún amigo? ¿No? En ese caso dame la dirección del taller al que lo llevaste; yo iré a exigir que lo entreguen... ¡No pueden demorarse tanto! ¡No, no te reirás de mí, Patricio! Se lo

contaré a mi tío; él te ha avalado para comprar el coche y te obligará a que le expliques. . . ¡Por favor, habla, hombre, por Dios, no pongas cara de idiota!

Tan ineficaces fueron sus súplicas como sus amenazas. El tío Exequiel se encontraba en el campo, muy ocupado con la cosecha de limones y naranjas que debía exportar a Estados Unidos e Inglaterra, y no prestó gran atención a los llamados telefónicos ni a las cartas de su sobrina. Recién un sábado del mes de diciembre, en que Paz y Pelusa Isazmendi surgieron de improviso en el fundo, urgiéndolo, porque “parece que el gringo sinvergüenza vendió el taxi y se gastó la plata en trago”, don Exequiel midió la gravedad de lo ocurrido e hizo viajar a Patricio, apresuradamente, a la hacienda. Pero el viaje coincidió con las fiestas de Navidad que el anciano celebraba en Santiago, y prefirió postergar el mal rato que veía aproximarse. Extendió un cheque a nombre de Trinidad, para que saldara las cuentas impostergables y le comprara juguetes a Isabelita, y la conformó diciéndole que, aislado en el fundo, Pato no podría realizar nuevas bellaquerías. Sin embargo, el 1.º de enero en la noche telefoneó el mayordomo de la hacienda para avisar que “al caballero joven” se le acababa de disparar un tiro mientras limpiaba la escopeta.

A la memoria de Trinidad retornaba la veloz carrera en el Oldsmobile de su tío, sentada entre Pelusa y el primo Carlitos, que fumaban un cigarrillo tras otro, rumbo al hospital de Curicó. Allí, el médico a cargo del servicio de

urgencia se limitó a constatar la muerte de Patricio y a hacer trasladar el cadáver a la morgue del mismo hospital para que se le practicara la autopsia de rigor. Pelusa estrechaba las manos de su prima Trini, pretendiendo confortarla, y ella era incapaz de agradecer esos gestos de consuelo; el calor del verano y el olor del tabaco rubio la mareaban; cuanto acaecía se le antojaba ajeno. Debía de ser víctima de una equivocación, tal vez soñaba, o asistía a una función teatral que no lograba conmoverla; no, no podía ser real su participación en ese drama absurdo. La presencia de su hermano Juan José, a quien habían hecho acudir desde Talca y les esperaba en Curicó, le hizo el efecto de un sacudón que la impelía a posesionarse del papel que todos aguardaban verla representar, y de golpe rompió en llanto, abrazándose al cuello del hermano mayor. Juan José le dio palmaditas afectuosas en la espalda, turbado ante aquella exteriorización de sentimientos que no calzaban con el carácter de los Isazmendi, ni menos con las frías relaciones que existían entre Trinidad y su marido.

Pelusa gimió:

—¡Pobrecita! En el fondo lo adoraba.

Después del entierro de Patricio, los parientes se unieron en una especie de cónclave para estudiar “la situación de Trinidad”. Scott no solamente se las había arreglado para vender el automóvil de alquiler, que aún no concluía de pagar, sino que dejaba a su viuda endeudada con prestamistas que le habían concedido créditos fiando

en la solvencia de los Isazmendi, pero que, al enterarse de la muerte de su deudor, se apresuraron a cobrar. El abogado de don Exequiel tomó a su cargo la parte judicial, y entre el tío y las señoritas Chazarreta reunieron la gruesa suma de dinero que se requería para impedir que los manejos de Patricio salieran a la luz pública y el escándalo trascendiera. Esta sería la última demostración de generosidad de la familia en beneficio de Trinidad Isazmendi.

—Trini es muy buena, muy recta y ha tenido mala suerte —aseveró la tía Clotilde, la más anciana de las Chazarreta—, pero hay que reconocer que si le hubiera obedecido a su madre, que en paz descansa, y no hubiese sido tan caprichosa, otro gallo le cantaría. Es injusto que nosotros suframos las consecuencias del desastre.

—Si fuera una inválida, yo no alegraría nada —terció la tía Aurora.

El tío Exequiel carraspeó y notificó:

—A mí no se me puede exigir que la apuntale más de lo que la he apuntalado; me he portado con ella como un padre.

—Aún podría rehacer su vida..., casarse de nuevo...

—anotó Pelusa.

—Sí, si pesca algún loco suelto —se burló Paz—. No seas ridícula, Pelusa. ¿Quién, en su sano juicio, va a amarrarse a una mujer que aporta al matrimonio su pobreza y una niña de llapa? Hombres que quieran divertirse

con ella, por supuesto que le sobrarían, y si no fuera tan recta...

—¡Hijita, no hables barbaridades! —chilló don Exequiel.

En un punto concordaron los viejos y los jóvenes: Trinidad creaba muchos problemas y lo lógico era que aprendiera a valerse por sí misma. La reacción de ella contribuyó a afianzar esa determinación. Si hubiese aparentado ser una viuda débil, desolada, habría sido más fácil que provocara piedad; sin embargo, no era así. Inopinadamente rechazaba sugerencias, se mostraba orgullosa, y cuando Pelusa, que no tenía niños, le ofreció hacerse cargo de Isabelita, se indignó, y dijo que su hija no viviría mendigando la caridad de nadie. Ofendida, la prima le volvió la espalda.

“Me acorralaban con sus expresiones de reproche; culpándome secretamente de todas las locuras de Patricio, aprontándose para criticar cada paso que yo diera, ansiosos por doblegarme y dirigir mi existencia —meditó Trinidad—. Pelusa, con su buen corazón, dispuesta a arrebatarme a mi hija y a oficiar de casamentera; el tío Exequiel, recitando por milésima vez la lista de los acreedores a los cuales él hacía frente para salvar mi reputación; las tías, citándome ejemplos de mujercitas heroicas y resignadas; Paz, con su agresividad y su descaro, instándome a abrir los ojos y a buscar refugio en los brazos de cualquiera. Y yo no pretendía casarme nuevamente, ni tener un amante, ni ser heroica, ni que me compadecieran. Que-

ría borrar los años de mi unión con Patricio, no esclarecer la incógnita que significaba el destino de aquel hombre. Le habían dado cristiana sepultura, según correspondía a alguien fallecido accidentalmente, pero, en mi fuero interno, prevalecía la duda: ¿su muerte era accidente o suicidio? Y si era suicidio... , ¿por qué? ¿Y por qué ese vivir a tumbos, sin luz, sin meta? ¿Cuál era la semilla podrida que lo enraizaba a esa torpeza, a ese abandono? Si yo lo hubiera querido verdaderamente, de haberme enamorado de él, de haber experimentado el amor que describían las novelas y las obras teatrales, con el que las protagonistas sueñan a los veinte años, y realizan pasados los treinta, ¿habría ayudado a que sus días fueran menos sordos? Me negaba a formular de viva voz aquellas preguntas. Rogaba porque se me concediera la total ignorancia y el olvido, anhelaba comenzar de cero, sentirme libre. Una noche soñé que iba descalza por un ancho sendero de arena color miel; llevaba a Isabelita de la mano, y sus dedos tibios eran lo único que me amarraba todavía a un mundo del que divisaba, a lo lejos, perfiles desdibujados, brumosos, envueltos en una humareda. Y no sabía quiénes eran mis padres, y hablaba en un lenguaje extraño; ni siquiera mi nombre o mi edad recordaba. He soñado tantas veces el mismo sueño, a través de años y años...

Trinidad siguió el más insospechado de los consejos que recibió, de entre los innumerables que la gente se creía obligada a darle para que solucionara el porvenir; fue el

que le proporcionó la Brígida, la criada, a quien le adeudaba ya varios meses de sueldo.

—Oiga, señora Trini, si yo fuera usted me dejaría de lesear y haría un negocio requetebueno —le propuso la Brígida una mañana, pasándole la bandeja con el desayuno y sentándose al borde del lecho de su patrona, con la confianza adquirida por obra de las compartidas penurias.

—¿Qué es lo que harías, Brígida?

—Mire... Yo que usted mudaría el dormitorio pa' la pieza que es comedor...; pa' lo que se hace de comer en esta casa no veo que el comedor haga falta; bien se puede comer en la mesita del livisrún..., ¿no le parece?

—¿Y qué gano con eso?

—¡Buena que es bien quedada en las huinchas! —rió la muchacha—. Arrienda las dos piezas que dan a la calle, pues; ésta y la que era dormitorio del finado. ¿Nunca ha leído en *El Mercurio* los arriendo-pieza? Aguaite —cogió el periódico, que traía doblado en la página pertinente, y leyó delectando—: “Familia honorable ofrece pieza con media pensión a matrimonio sin niños, otra a señorita. En casa elegante se alquila cuartito independiente. Piezas para estudiantes y caballeros solos en calle Villavicencio. Se alquilan dormitorios a jóvenes amoblados con derecho a baño. Con ducha y teléfono arriendo caballero solo. Permuto un violoncello”.

—No me gusta la idea de meter desconocidos en la casa —protestó débilmente Trinidad.

—¡Bah, no la vayan a mancharla! Si no quiere traer hombres, pa' que las beatas de sus tías no hallen qué echarle en cara, podemos arrendarle a señoritas.

—¿Y si nos salen unas diabras?

—¿Y que somos tontas que no vamos a verles la pinta que tengan? No, pues, a mujeres de la vida, que las llaman, ni por pienso, que no es custión de poner un volteadero, por pobres que estemos. Señoritas decentes, digo yo; viudas como usted, o solteronas, o bien maestras primarias o cajeras, lo que se dice damas de respeto.

La Brígida no necesitó argumentar más para convencer a su patrona. Al día subsiguiente, un domingo, apareció en la prensa el aviso anunciando que se alquilaban dos confortables habitaciones a señoras distinguidas y honorables, en la Avenida Bilbao.

Las primeras inquilinas de Trinidad fueron la señorita Raquel y la señora Berta. La señorita Raquel, enfermera en una clínica particular, se hacía un sobresueldo poniendo inyecciones a domicilio. Era callada, sonriente, muy ordenada y pulcra en el arreglo de su persona; si le tocaba turno de noche, volvía a las diez de la mañana, y disculpándose rogaba que le sirvieran "cualquier cosita" de almorzar, en la cama, y que la despertaran a las seis de la tarde. Trinidad la evocaría siempre con profunda simpatía: "Tan suave y quitadita de bulla, y tan puntual en sus pagos". La señora Berta contaba que un caballero canoso esperaba a la señorita Raquel, en un automóvil azul, en la esquina de la Avenida Pedro de Valdivia, pero

a Trinidad no le agradaba oír esas historias. "Es una mujer joven. . . , es natural que tenga un novio", se decía. Un día le propuso que si deseaba invitar a alguien, ocupara el *living* de la casa. La señorita le agradeció ruborizándose; no obstante, su galán continuó encontrándose con ella en la Avenida Pedro de Valdivia. Un año más tarde se supo que la señorita Raquel huía con el médico jefe de la clínica a Estados Unidos. La señora Berta era viuda de un capitán de Ejército y recibía un montepío; su curiosidad era insaciable, y hurgaba en los armarios de Trinidad, en el baúl de la Brígida, destapaba las ollas de la cocina como si aparte de la carbonada o las albóndigas contuvieran algún misterio especial, interrogaba a los repartidores de la leche y a las mucamas del vecindario. Si llovía, permanecía en su habitación, espionando a través de los visillos y leyendo a Kempis o biografías de mujeres célebres; su personaje favorito era María Walewska, a la cual identificaba con Greta Garbo, de quien poseía una fotografía, caracterizada como tal, a la cabecera de la cama, junto a una oleografía del Corazón de Jesús. Trinidad no simpatizaba con la señora Berta; la soportaba porque también cancelaba puntualmente su pensión y regalaba caramelos a Isabelita. Ambas pensionistas hicieron posible que Trinidad se independizara radicalmente de sus tíos y primas, hecho que éstos aceptaron complacidos; y pronto las visitas se distanciaron y las relaciones se volvieron frías. Al morir

las tías Chazarreta, ella fue la menos favorecida en el testamento.

“La propiedad de la calle Compañía y la *cit  * de la Avenida Vicuña Mackenna se las legaron al Convento de Santa Teresita y al Patronato de los Niños Lisiados —pensaba, dolida—, y a mí me dejaron dos bandejas y una tetera de plata labradas, el retrato de mi abuelo materno, un abrigo de nutria viejo y una copia de *Las Meninas*.”

Pero la carestía de la vida no permitió que Trinidad subsistiera largamente con los ingresos que obtenía arrendando dos habitaciones. La fuga de la señorita Raquel coincidió con el alza del alquiler de la casa de la Avenida Bilbao, y la Brígida, muy posesionada de su misión de consejera, se aventur   a deliberar:

—A misi  a Berta ni estruj  ndole los bolsillos le podremos subir la pensión... Y aunque cobr  ramos el doble por la pieza que ocupaba la Raquelita, la plata no alcanzaría...

—Larga de una vez lo que est  as planeando —la interrumpió Trinidad, que ya llevaba dos noches desvelada pensando en el asunto.

—  Por qué no ponimos una residencial más en grande, señora Trini?

—  Te volviste loca?   Con qué capital?

—Sin ni un capital, pues. Nos vamos a una casa más barata, con unos cinco o seis dormitorios pa’ pensionistas, compramos catres y colchones de esos que venden con fa-

cilidades, y con los muebles que hay aquí y los que maneja arrumbados en el garaje estamos al otro lado. Claro que tendría que buscarse a un hombrecito pa' la limpieza y los trabajos más pesados, o una niña que hiciera las piezas y sirviera al comedor, porque yo sola no daría abasto...

—¿Y dónde hallaremos esa casa espaciosa y barata?

—Bueno, no será en un barrio de mucho lujo, ni con chalecos ni flores, pero... ¿qué más da? Usted tiene que comer y alimentar a su hija suya, ¿no? La Isabelita anda con los zapatitos rotos, da lástima el angelito inocente, y yo digo que más vale que a la niña no le falten zapatos, ni un pan que llevarse a la boca, a tanto jardín y tanta flor. Mi comadre la señora Chelita, que es modista y que no le cose a cualquiera, se fue a una casa macanuda en la calle Cueto, con unos dormitorios que son unos potreros y un patio pa' criar gallinas, y le cuesta la mitad de lo que le vale a usted esta porquería de chalé.

Trinidad obedeció a la Brígida, y se fue a una casa con ocho habitaciones amplias. Mirando hacia el pasado, aún podía contemplarla: "Al comienzo, esos inmensos cuartos, amoblados con unas camas, unas sillas desvencijadas y unos roperos adquiridos en una tienda de objetos usados, me aterraban. En el día no me atrevía a transitar sola por Diez de Julio; me herían las palabrotas de los tipos que entraban y salían empujando puertas de batiente, los guiños de las mujeres que deambulaban por los comercios de baratijas, sorteando los triciclos que cruzaban la cal-

zada; creía que iba a vomitar al ver aquellas veredas convertidas en basurales, y a los niños descalzos correteando en medio de la podredumbre. Por las noches no dormía, oyendo hasta el alba el rechinar de los vehículos, la música que venía de los bares, las risas y las reyertas de las parejas que se detenían bajo mis ventanas...”

La viuda del capitán, regañando y lamentándose, la acompañó al nuevo domicilio; tampoco ella estaba en condiciones de costearse un sitio mejor donde habitar, y se consolaba diciéndose que no era la única que descendía, arrastrada por la pobreza.

—¡Ay, señora Trinidad, a lo que condena el gobierno a la gente decente! —gimoteaba, enjugándose las lágrimas—. Señoras como nosotras, que hemos nacido en cuna de oro, metidas entre rotos. Si mi esposo, el capitán, viviera... ¿le he mostrado la fotografía de mi esposo, no?... ¡Ay, si Manríquez viviera..., él, que amó a su patria por sobre todas las cosas de la vida!... Si Manríquez viviera, abriría la tapa de su ataúd y se enterraría de nuevo; tanta sería su desilusión al ver a Chile en este estado, y a su esposa vejada..., sí, vejada, señora Trinidad.

—¡Cuna de oro! A otro perro con ese hueso —rezonaba la Brígida—. Ni las princesas tienen cunas de oro... ¡Son puros carriles de esta vieja! ¿Y qué es lo que le halla de malo a Chile?

—Debe referirse a una cuna dorada —explicaba Trinidad, que no culpaba de su mala situación ni al país ni

al gobierno, y no entendía por qué la señora Berta nombraba al capitán por el apellido y no por su nombre de pila.

El resto de los inquilinos fue menos estable que la señora Berta, que aún la seguía, de casa en casa, de barrio en barrio, lloriqueando siempre, y a quien ya no alzaba el alquiler y había logrado estimar con los años. Vagamente podía reconstruir los rasgos de algunos de estos huéspedes que llegaban y partían: los de la cantante de un teatro de variedades cercano a la casa, una morena de caderas voluminosas y busto opulento, pero que, según reconocía ahora, “se portaba como una verdadera señorita”; los del estudiante de Chillán, que nunca se supo a qué horas estudiaba, porque dormía el día entero y salía de noche; los del matrimonio Hinojosa . . . , “él era flaquito y muy chico, y ella se vio igual que si estuviera embarazada durante trece meses”; los de Carmencita, la farmacéutica de la botica de la esquina, y los de la *miss* Zúñiga, profesora del *Chilian College*.

Cuando Trinidad se trasladó a la casa de Quinta Normal, necesitó rematar la mitad de sus muebles, y comprar con ese dinero lavatorios, espejos, ropa de cama y roperos nuevos, y sus pensionistas, salvo la señora Berta, fueron otros. Luego, para efectuar la mudanza a la calle Recoleta y las reparaciones que el destartado inmueble exigía, subastó casi todos los objetos heredados de su madre. Su metamorfosis en lo que la gente reconocía como “la clásica dueña de pensión” se había completado en esos años.

zada; creía que iba a vomitar al ver aquellas veredas convertidas en basurales, y a los niños descalzos correteando en medio de la podredumbre. Por las noches no dormía, oyendo hasta el alba el rechinar de los vehículos, la música que venía de los bares, las risas y las reyertas de las parejas que se detenían bajo mis ventanas. . .”

La viuda del capitán, regañando y lamentándose, la acompañó al nuevo domicilio; tampoco ella estaba en condiciones de costearse un sitio mejor donde habitar, y se consolaba diciéndose que no era la única que descendía, arrastrada por la pobreza.

—¡Ay, señora Trinidad, a lo que condena el gobierno a la gente decente! —gimoteaba, enjugándose las lágrimas—. Señoras como nosotras, que hemos nacido en cuna de oro, metidas entre rotos. Si mi esposo, el capitán, viviera. . . ¿le he mostrado la fotografía de mi esposo, no? . . . ¡Ay, si Manríquez viviera. . ., él, que amó a su patria por sobre todas las cosas de la vida! . . . Si Manríquez viviera, abriría la tapa de su ataúd y se enterraría de nuevo; tanta sería su desilusión al ver a Chile en este estado, y a su esposa vejada. . ., sí, vejada, señora Trinidad.

—¡Cuna de oro! A otro perro con ese hueso —rezonaba la Brígida—. Ni las princesas tienen cunas de oro. . . ¡Son puros carriles de esta vieja! ¿Y qué es lo que le halla de malo a Chile?

—Debe referirse a una cuna dorada —explicaba Trinidad, que no culpaba de su mala situación ni al país ni

al gobierno, y no entendía por qué la señora Berta nombraba al capitán por el apellido y no por su nombre de pila.

El resto de los inquilinos fue menos estable que la señora Berta, que aún la seguía, de casa en casa, de barrio en barrio, lloriqueando siempre, y a quien ya no alzaba el alquiler y había logrado estimar con los años. Vagamente podía reconstruir los rasgos de algunos de estos huéspedes que llegaban y partían: los de la cantante de un teatro de variedades cercano a la casa, una morena de caderas voluminosas y busto opulento, pero que, según reconocía ahora, "se portaba como una verdadera señorita"; los del estudiante de Chillán, que nunca se supo a qué horas estudiaba, porque dormía el día entero y salía de noche; los del matrimonio Hinojosa . . . , "él era flaquito y muy chico, y ella se vio igual que si estuviera embarazada durante trece meses"; los de Carmencita, la farmacéutica de la botica de la esquina, y los de la *miss* Zúñiga, profesora del *Chilian College*.

Cuando Trinidad se trasladó a la casa de Quinta Normal, necesitó rematar la mitad de sus muebles, y comprar con ese dinero lavatorios, espejos, ropa de cama y roperos nuevos, y sus pensionistas, salvo la señora Berta, fueron otros. Luego, para efectuar la mudanza a la calle Recoleta y las reparaciones que el destartado inmueble exigía, subastó casi todos los objetos heredados de su madre. Su metamorfosis en lo que la gente reconocía como "la clásica dueña de pensión" se había completado en esos años.

Secundada por la Brígida, que había llegado a tener mayor autoridad que ella, cuidaba de que sus proveedores no le cobraran un céntimo de más, vigilaba para cerciorarse de que no usaran planchas o estufas eléctricas en las habitaciones, y si algún inquilino se atrasaba en sus pagos, lo aguardaba, envuelta en su bata de franela color guinda seca, para recordarle con voz ácida:

—Señor Troncoso, ya estamos a día cinco...

O bien:

—Señorita Contreras, la semana pasada le dejé la notita en su velador.

De sus huéspedes de la calle Recoleta, sin contar a la señora Berta, que formaba parte del decorado de las diferentes casas, conservaba a tres: don Evaristo Rioseco, jubilado de los Ferrocarriles del Estado, quien recitaba versos de Vicuña Cifuentes y Pezoa Véliz, y era un apasionado del teatro de María Guerrero y Tallaví, a los que aplaudía en sus mocedades, y doña Estefanía Romo de Briones, con su hija Zoraidita. Estas personas, y la señora Berta, eran las más respetables, aquellas a quienes se les concedía el derecho de entrar a cualquiera hora en la sala de estar o en la cocina y ocupar a la servidumbre en algún quehacer particular, como lavarles la ropa interior, comprarles cigarrillos o llevarles una carta al Correo. Sin embargo, estos atributos se compensaban con ciertas libertades que la Brígida y Trinidad se tomaban de vez en cuando: escamotearles el postre o disminuir sus raciones de comida si otro de los inquilinos convidaba de impro-

viso a un amigo a comer, o hacerles dormir en un diván si alguien traía a un pariente de provincias. El resto de los actuales pensionistas estaba formado por un joven peluquero de señoras, una estudiante de una escuela técnica, la *vedette* frívola Mirtha Bell, que actuaba en una quinta de recreo, y cuyo nombre auténtico era Eliana Maldonado, y el señor Rodrigo Díaz. Para ayudar a la Brígida en el servicio doméstico acudían dos mujeres, a las que se les pagaba una cantidad diaria más la alimentación: la Tila, quien vivía amancebada con un indio araucano, y la Lucrecia, casada con Rosendo Soto.

Trinidad no tenía nada grave que reprochar a sus pensionistas ni a sus criadas, y si, de acuerdo con el criterio de la Brígida, hubiera sabido contentarse con llenar el estómago, dormir en una cama limpia e ir de paseo los domingos, quizás habría descubierto, interiormente, esa serenidad, esa aparente armonía que trasuntaba su figura revestida de tibias adiposidades, sus grandes pechos y sus caderas prominentes, la blanda curva de su vientre, sus lacios cabellos que encanecían. Pero Trinidad, la dueña de la pensión, era la hija de doña María Isabel Chazarreta, que desde el cielo u otro lugar semejante estaría observándola horrorizada; la parienta pobre de aquellas señoras que figuraban en las páginas de vida social de algunos periódicos; la bisnieta y tataranieta de ciudadanos ilustres, cuyo recuerdo perduraba en la Historia, y que, plantados en las plazas de las capitales provincianas, con sus efigies de bronce o de yeso cercenadas a la altura del

pecho, permanecerían acusándola a través de los siglos; la madre de Isabelita, quien no estudiaba en el colegio más importante de Santiago, sino en un liceo fiscal, y hablaba, y se peinaba, y reía, y caminaba como las muchachas de esa clase social de la que compartía todas las aficiones, a la cual la familia Isazmendi Chazarreta denominaba “siúticos” o “gente de medio pelo”. Y por más que sus inquilinos fuesen irreprochables y tuviera conciencia de ser injusta, Trinidad despreciaría siempre a doña Estefanía y a Zoraidita, porque sí, por ser como eran; detestaría a don Evaristo cuando recitaba, y a Mirtha Bell por entonar ritmos afrocubanos debajo de la ducha; experimentaría profunda irritación en contra del señor Rodrigo Díaz por el atrevimiento de llamarse así.

Pesadamente se incorporó. El pitazo estridente que anunciaba las trece horas en una de las fábricas vecinas, resonaba en el barrio. Se asomó a la ventana. Isabelita estaría por llegar; los demás empezarían a reclamar el almuerzo dentro de unos minutos, y ella aún no terminaba de limpiar la sala. “Qué ganas de irme lejos, lejos, por un camino de arena, sin ataduras, sin recuerdos. . . , como en el sueño —suspiró—. ¡Bah, para qué divagar!” Sabía que ya no existirían variantes, que el milagro, oscuramente aguardado, que la devolvería a un mundo limpio y seguro, al refugio de paredes inmaculadas, pisos alfombrados, estancias frescas y luminosas, y voces amigas, no se realizaría nunca; sabía que a partir de esa fecha los días se sucederían empozados en aquella sordidez, hasta el fin,

porque algo acababa de quebrársele definitivamente. Algo frágil, leve y no obstante poderoso. Pensó: "Algo equivalente a esa varillita de virtud de los cuentos de hadas, que los niños fabrican con una rama seca". La vara mágica, capaz de sostener a Trinidad Isasmendi, estaba hecha astillas, quemada, y las últimas reservas de dignidad, de entereza, se le deshacían. Admitía su total derrota.

CAPITULO SEGUNDO

PERO la aceptación de su fracaso no la liberaba de la solapada rebeldía, de la humillación que la asfixiaba. Escuchó a Isabelita despidiéndose de alguien en la calle, con su voz y su risa claras, y se enterró los dientes en el labio inferior, rogando: "Señor, Dios mío, haz que no diga "chaíto"... , que no diga "chao" ni "chaíto"... —Inmediatamente reaccionó—: ¡Soy una frívola, una estúpida! En vez de dar gracias porque mi hija es inteligente y sana, me desespero por una tontería como ésta..."

—¿Nos encontraremos donde la Norma? —preguntó la chica que acompañaba a Isabel—. Van a ir el Rolando y el Lalo, dos cabros del uno.

—¿El Rolando es uno alto paletado? —averiguó Isabelita.

"¡Oh, esa jerga innoble!", protestó para sí Trinidad.

Las niñas cambiaron algunas palabras más. Luego oyó:

—Hasta la tarde. Chao, Isabel.

—¡Chaíto, Doris!

Afirmada en la jamba de la puerta, esperó a su hija:

—Te he repetido mil veces que no hables así..., que no emplees esos términos.

—¡Ay, mamacita, no friegue! Hablo como todo el mundo. Lo que pasa es que tú te quedaste en otra época.

—Me enferma que te comportes igual que las siúticas de tus compañeras. ¿Quién es esa Doris, y la tal Norma? ¿Y esos tipos con los que piensan encontrarse?

—La Doris Rojas, pues, mamá... ¿No te acuerdas que te la presenté?

—¿Una morenita flaca?

—Claro. Y la Norma Astudillo es la que bailó un mambo para la repartición de premios el año pasado.

—¡La Norma Astudillo y la Doris Rojas..., Santo Dios!

—¿Qué tiene, mamá? Oiga, ya me estoy cabriando de oír criticar a mis amigas. ¿Está listo el almuerzo? Traigo un hambre caballa.

—Dile a la Brígida que sirvan.

—Brígida... ¡Brígida, viejita! Dice la mamá que sirvan... —Isabelita se alejó irguiendo la cabeza peinada en forma de globo, balanceando las estrechas caderas.

“Pobrecita..., podría ser tan bonita, con esos ojos maravillosos y su figurita espigada, si me hiciera caso, y anduviera con el pelo escobillado, y tuviera los ademanes que corresponden a una colegiala; si no imitara a la repugnante Mirtha Bell con sus peinados de china, ni los modales de la Zoraidita. ¡Ah, la Zoraidita, qué asco! Esa mezcla espantosa de *jeune fille* y vampiresa, de obscenidad

y candor —reflexionó Trinidad—. Pobre hija mía, yo soy la culpable por haberla hecho crecer en este ambiente.”

—Buenos días, señora Trini. ¡Uf, qué calor, si una camina dos pasos y empieza a sudar! —Doña Estefanía Romo de Briones apareció en el pasillo, empujando la mole de su humanidad, con el eterno vestido de seda negra y el patacón de polvos en el escote, donde sus senos descomunales nacían asemejándose a un par de nalgas que, por un capricho de la naturaleza, hubieran cambiado de lugar y equilibraran un camafeo. Cogida de su brazo, lánguida y somnolienta, con un cigarrillo en una comisura de la boca, la larga melena oxigenada, se arrastraba Zoraida.

—¡A almorzar! ¡A almorzar! Ya, pues..., ¿qué se han creído?, ¿que voy a ir a buscarlos a sus piezas? —bramó la Tila en el comedor.

—Cada día está más insolente esta rota..., ¿verdad, mamy? —comentó Zoraidita.

Uno por uno desfilaron los distintos huéspedes a ocupar sus puestos en la mesa. La única que almorzaba en su dormitorio era Mirtha Bell, cuyas actuaciones en la quinta de recreo se prolongaban hasta el amanecer, y dormía toda la mañana. Se sentaron en el orden habitual: Trinidad en la cabecera, a su derecha don Evaristo Rioseco y a su izquierda la señora Berta; junto a don Evaristo, doña Estefanía, y pegada a ésta, Zoraida; más allá, Isabel, y al lado de la señora Berta, el peluquero; a la izquierda del peluquero, la estudiante de la escuela técnica. El extremo

opuesto de la mesa, frente a Trinidad, le correspondía al señor Díaz, que se atrasaba como de costumbre. La Tila fue pasando los platos de carbonada, que la Brígida mandaba servidos y dedicados desde la cocina, mostrando sus preferencias por determinados pensionistas, según el tamaño de las porciones que adjudicaba a unos y a otros; últimamente el regalón era el peluquero, quien le había hecho gratis la ondulación permanente. Empezaron a comer en silencio, y los rasguídos de una guitarra, que alguien tocaba en un cuarto al fondo de la casa, rompieron la sonoridad de las cucharas chocando con los platos hondos. La melodía era monótona, un gemido que se iniciaba en las cuerdas bajas y moría desgarrado en notas estridentes, repitiéndose sin variantes.

—¿Le avisaron al señor Díaz que estábamos almorzando? —indagó Trinidad.

—Ya fue la Lucrecia a llamarlo —contestó la Tila.

Un rato después se percibieron el andar vacilante, el golpeteo del bastón en las tablas desnudas del pasadizo. El señor Rodrigo Díaz entró en el comedor. Largo, flaco, los pómulos y el maxilar duramente perfilados debajo de la piel cetrina, el cabello liso cayéndole encima de las orejas, la camisa gris dudosamente limpia, el traje azul marino brillante, las gruesas gafas negras cubriendo sus ojos velados, incoloros:

—Buenos días...

—Buenos días —corearon los otros, e Isabelita se levantó y lo guió hacia el lugar que le pertenecía. Solamente

ella daba la impresión de no experimentar aquel malestar colectivo que provocaba la aparición del ciego.

—¿Estudia una nueva obra musical? —averiguó, engolando la voz, don Evaristo.

—No..., es algo que estoy componiendo.

—¡No me diga! ¿Es suya esa música tan sublime? —suspiró la señora Berta.

—Probablemente no tiene más mérito que la sinceridad con que trato de expresar un sentimiento..., una emoción —dijo el señor Díaz.

—¿Está enamorado? —interrogó Zoraida, agitando sus pestañas de muñeca.

—¡Nena, no le coquetees al ciego! —cuchicheó doña Estefanía.

—Si no me ve, pues, mamy. No seas tonta —susurró ella, largando una risa cálida.

—A lo mejor, señorita; a lo mejor. El hecho de hallarme privado de la vista no es un impedimento para que me enamore —aseguró él, con tono tremolante, y sus nubladas pupilas vagaron tras los lentes por la cabecera de la mesa.

—No tome en serio a la Nena —rogó doña Estefanía—. Estas chiquillas no saben lo que hablan.

La señora Berta dio un respingo:

—Su Nena está de más en edad de saber lo que dice. Por lo que yo le calculo, ya hace un tiempito que pasó los treinta.

—¿Oíste, mamy? —Zoraidita parpadeó asombrada.

—Mire, hijita, no saca nada con hacerse la guagua chica —prosiguió la señora Berta—. Hagamos memoria: cuando llegaron a la calle Recoleta, usted había dejado atrás los veinticinco, y de eso . . ., bueno, ya van seis años.

—La Zoraidita fue muy metida a grande —alegó doña Estefanía—. A los trece se pintaba los labios. —Y añadió volviéndose hacia Trinidad—: Por eso yo le aconsejo, señora Trini, que no permita que la Isabelita sea tan agrandada . . . ¿Ven lo que sucede? Son unas mocosas y las cargan de años. ¡La gente es muy mala!

—Si una doncella es bella, los días no pasan por ella, y permaneciendo doncella, continúa siendo bella —rimó don Evaristo.

—Yo creo que la señorita Zoraida tendría que usar un corte de pelo más moderno —insinuó el peluquero, haciendo un mohín—; ya no se llevan los pelos tan largos. —Sus palabras cayeron en el vacío, porque Isabel y Zoraidita, hablándose al oído, se mofaban de la señora Berta.

Por primera vez, Trinidad agradeció que se hubiese promovido otra de aquellas discusiones que generalmente consideraba de mal gusto. Eso la rescataba de la presencia del ciego, de esa mirada volátil que la buscaba; la apartaba del sonido de la guitarra que, prendido a sus oídos, la perseguía; la hacía olvidar por unos segundos la vergüenza que no lograría borrar jamás, que haría subir la sangre a sus mejillas en cada oportunidad en que la figura de Rodrigo cruzara ante ella. Finalizado el almuerzo, pretextó un súbito dolor de cabeza y, rehuyendo la tertulia que

solía prolongarse en tanto que los comensales bebían el café de higos o “una agüita caliente”, fue a ocultarse en su habitación.

Tendida en la cama, escuchó a Isabel, riendo todavía con Zoraida, y luego su andar apresurado por la vereda. Poco a poco los ruidos conocidos se acallaban, los comentarios de las criadas se transformaban en un murmullo en la cocina. Era la hora en que la señora Berta debía de hallarse pegada a los vidrios de su ventana, fisgoneando a los trabajadores que se dirigían a la fábrica, al italiano que levantaba la cortina metálica del almacén, a los borrachos de la cantina, a las vecinas de esa casa que según decían era “casa de tolerancia”, que fumaban semidesnudas en el balcón; la hora en que doña Estefanía dormía la siesta, amarrándose la papada con una venda, y Zoraidita se llenaba la cabeza de cachirulos para verse “preciosa”; la hora en que el sinuoso peluquero se ajustaba su delantal blanco y adonosaba a las prostitutas y a las amas de casa del barrio; la hora en que don Evaristo Rioseco evocaba años perdidos y leía versos que conocía de memoria. Se tapó la cara con la sábana, presa de verdadero pánico; era también la hora en que él pulsaría las cuerdas de la guitarra, y la melodía se colaría por los rincones. En efecto, la música acortó la distancia que separaba su dormitorio del cuarto sombrío, al final del pasillo, y vino, dulzona, llorosa, hasta su lecho.

—¡No, no puedo soportarlo más! —gritó—. Le diré que se vaya... Lo echaré, le subiré el precio de la pensión al

doble. —Meditó: “Sería indigno utilizar ese subterfugio. ¡Oh, qué hacer! Antes, cuando se conformaba con andar a mi siga, con su facha de perro apaleado, y levantaba apenas la cabeza, y se dirigía a mí como pidiéndome disculpas por la osadía de hablarme, podía tolerarlo. Ahora no. Ahora me considerará un objeto de su propiedad. Durante el almuerzo tuvo el descaro de hacerme declaraciones de amor. Es cierto que lo hizo en forma indirecta, pero estoy segura de que la hipócrita de la Zoraida se percató. Más adelante vendrá a golpear a mi puerta, y me obligará a cometer las peores indecencias... ¡Santo Dios, Santo Dios, perdóname!” Se sentó en la cama, apoyando los codos en las rodillas, y se examinó en el espejo de luna del ropero. Pese a sus piernas gruesas y a los pechos grandes y caídos, a las pequeñas arrugas que circundaban sus párpados, aún era atractiva. “Es idiota que me sienta dominada por un individuo así..., un inválido —se dijo—. No podrá obligarme a hacer nada que yo no quiera...; ¿que no quiera?... ¡Perdón, mamá! A veces..., a veces me desconozco... Como esa mañana en que entré en el bar a insultar a Patricio; como el otro día, al darle una bofetada a la tipa de la carnicería que agregaba, a mi cuenta, kilos de carne que yo no había pedido. Como anoche..., ¡qué espanto! Estaría dispuesta a continuar afrontando la miseria, metida en este arrabal, si pudiera guardar siquiera un mínimo de pureza y no convertirme en una vieja corrompida. Si hubiera sido una suelta, una zafada, caramba que habría surgido, sin necesidad de arrendar pie-

zas, y mi hija se estaría educando en un buen colegio. Dirían que su madre es una diabla, claro, pero nos convidarían a todas partes, y no me quitarían el saludo, porque una señora, aunque sea una señora diabla, es siempre una señora; de mi prima Paz hartas cosas feas se han corrido, y la gente vive haciéndole reverencias; en cambio la dueña de una pensión de tercer orden no merece el menor respeto. Pero yo no quise transigir, prefería ser fiel a los principios, a la moral que me inculcaron en la infancia, mantenerme íntegra..., ¡era tan soberbia! ¿Y todo para qué? Las privaciones, mi juventud malgastada, los desdenes que he sufrido..., ¿para qué? ¿Para terminar en amoríos con un ciego muerto de hambre? ¡Ah, no, qué indignidad!"

La voz gruesa, sonora, de la Lucrecia, vino de la cocina, rebotando en el ámbito de la casa sumida en la pesadez de la siesta, y apagó el ritmo de la guitarra:

—Yo tengo una muñeca que baila el cha-cha-cha...

Una risotada de hombre brotó de repente, seguida por gritos de mujeres, y la Lucrecia aulló:

—¿Qué te habís figurao? Anda a darle agarrones a tu agüela, mapuche desgraciao...

—Vos soi la que lo torea, tonta jetona —acusó la Tila.

—¡Miren que yo voy a torear a ese indio mugriento!

—Tan mugriento no será cuando le andái refregando el traste por la cara —escupió la Tila—, y más valdría que el Lancha se amarrara los pantalones si no quiere que le pongan el manso gorro.

Una voz masculina se alzó:

—¿Conque así es la cosa, Lucrecia? Ya te voy a enseñarte yo, pa' que no te queden ganas de hacerte la vivaceta...

Un estruendo de platos quebrados antecedió a los chillidos de Lucrecia y a una retahíla de improperios de la Tila. La Brígida pretendió imponer su autoridad:

—¡Atrevidos! ¿Se han creído que están en una casa de remolienda? ¡Señora! ¡Señora! ¡Señora Trini!

Trinidad saltó de la cama, se calzó las pantuflas y caminó resuelta hacia la cocina:

—¿Qué significa este escándalo?

—El Lancha y la Lucrecia que se lo pasan peleando, señora —notificó la Brígida—. Y por causa de la Tila, que sabiendo lo idiota que es éste, le mete más ideas en la cabeza pa' que le casque a esta otra tonta.

—No ven que yo soy lesa pa' aguantar que me coman la color en mis narices, pues... —rezongó la Tila.

—¡Basta de insolencias y groserías! —Trinidad observó a los hombres y a las mujeres: Rosendo Soto, más conocido por el apodo de Lancha, se hallaba de pie en el centro del cuarto, con las manos empuñadas en el fondo de los bolsillos, el amplio tórax hinchado como un fuelle y los ojos relampagueantes, esos ojos zarcos que ella denominaba "ojos de roto malo"; próxima a él, acurrucada en la silla de totora, la Lucrecia, regordeta y sonrosada, trocaba su natural alegría por un torrente de lágrimas, enjugándose con el delantal la sangre que le manaba de la

nariz; diminuta, magra, nerviosa, con los brazos en jarra, la Tila se revolvía asemejándose a un gallo de la pasión; y con la espalda reclinada en el lavaplatos, y su rostro de facciones chatas, Lincoln Tremolleo, a quien llamaban el Grillo, sonreía displicente—. ¿Qué les pasaba?

—Usted verá, patrona —expuso el Lancha—, yo, como dice la señora Brígida, seré idiota, con perdón de la palabra..., mas a ningún hombre le agrada que su mujer suya sea una puta, ¿no le parece?

Los sollozos de la Lucrecia aumentaron:

—En tres años que vamos a enterar desde que nos casamos, Rosendo, yo nunca te he faltao pa' que me tratís de puta. Fue la Tila, señora Trini, que es una envidiosa, disculpando la expresión, la que armó todito el boche.

—Cállate más mejor, Lucrecia —sentenció la Tila—. Yo le voy a contarle la purita verdad, señora, pa' que usted juzgue. El Lincors no será mi marido, porque, bueno..., no es mi marido, pero aunque no sea mi marido, es como si fuera mi marido, y yo no voy a consentir que una desgraciada venga a ensuciarme. Porque una no será ya tan joven, pero lleva su cuerpo con respeto y nada pueden sacarle. Severidad, con perdón suyo, señora Trini, es lo que le falta a la Lucrecia. Sí, Lucrecia, hartos serio que es el Lincors, y eres vos la que lo marea. —Cimbreándose imitó los movimientos de la otra.

—¡Mentira! El me tiró un agarrón —aseguró la muchacha.

Un nuevo bofetón del Lancha la remeció:

—¡Si no anduvieras con tantos cantos y meneos, nadie te tiraría agarrones!

—¡Rosendo, le prohíbo que la toque! —ordenó Trinidad—. Es una cobardía inadmisibile, y si vuelve a hacerlo, lo mandaré preso, ¿me oye?

De un brinco, la Lucrecia se levantó y se abrazó del Lancha.

—No pues, señora Trini, eso sí que no —exclamó—. ¿Con qué derecho me viene a tratarme de cobarde al Rosendo, y a amenazármelo con los pacos? Dueño es él de pegarme si ése es su gusto, que no porque usted sea aquí la patrona, y una sea pobre, va a aguantar que la estén insultando. Nosotros le agradecemos mucho que les dé el almuerzo al Grillo y al Rosendo, y si no pregúnteselo a la Tila, mas de ahí a que le consintamos que se meta en lo dé ellos hay un buen trecho. ¿No es cierto, Tila?

—Cierto es, pues. Se le anduvo pasando la mano, señora Trini. ¿Dónde se ha visto que se lleven preso a un hombre porque le aforra a su mujer de él? —La Tila rió bonachona—. Y vos, tonta, no llorís más —agregó, dirigiéndose a la Lucrecia.

Trinidad miró a la Brígida solicitando ayuda, y ésta se encogió de hombros.

—Cóbrenles la fuente y los dos platos de postre que rompieron, y no se haga mala sangre —aconsejó.

Los ojos del Lancha brillaban satisfechos en la penum-

bra de la cocina. Lincoln Tremolleo, sin despegar los labios, mantenía su impenetrable sonrisa.

Regresó al dormitorio con una sensación de aplastamiento. Aquellos incidentes domésticos le señalaban, una vez más, lo vacuo, lo inútil de su existencia en un medio al que no conseguía incorporarse plenamente. Jamás podría establecer un nexo con quienes la rodeaban, aunque se empeñara en dialogar, en interesarse en el desarrollo de esos destinos aparentemente ligados al suyo. "Y no es una superioridad puramente intelectual lo que me aparta de ellos, puesto que no me siento mayormente inteligente ni culta —pensó—. Mi familia no era una familia de intelectuales, y en el colegio fui una estudiante muy mediocre. Sin embargo, mis tíos agricultores, mis tías que sólo habían leído novelas rosa, mis primos y primas, y mis hermanos, incapaces de sostener una conversación que no fuese frívola, todos poseíamos esa sabiduría instintiva que nos autorizaba a distinguir lo bonito de lo feo, ese refinamiento natural que nos libraba de la vulgaridad; algo viejo, decantado, sostenido a través de una larga tradición; algo parecido al *bouquet* de los vinos añejos, guardados en las bodegas del tío Exequiel. Eso es lo que moriré echando de menos, lo que me apartará la vida entera de esta gente. ¿Serán prejuicios? ¿Incapacidad de adaptación? ¿Egoísmo? Si pudiese olvidarme del pasado, como en el sueño, y entregarme, dar rienda suelta a los sentimientos, guiarme exclusivamente por simpatías, por impulsos, ser ciento por ciento espontánea..., ¿entende-

ría las reacciones de la Lucrecia y la Tila? ¿Me conectaría con don Evaristo? ¿Oiría lo que me conversa la señora Berta? ¿Dejaría de considerar una chinche a la Zoraidita, y repelente a Mirtha Bell? ¿Es realmente una clase social lo que me aleja de ellos, o es falta de caridad, un corazón reseco? El padre predicó acerca de esto el domingo pasado, y dijo que la falta de caridad era el peor de los pecados. ¡No, no puede ser el peor! ¡Peor es ir a dar como una ramera en la cama del ciego! No debe haber perdón, por infinita que sea la misericordia de Nuestro Señor, para eso. Rodrigo Díaz... ¡Santo Cristo, con ese nombre! Con ese nombre y su guitarra..., y yo..., idéntica a una prostituta, a una borracha descontrolada... ¡Perdón, mamá linda, si me estás mirando desde el cielo! Es la soledad, la soledad que me come..., ¿quién resiste tanta, tanta soledad? —Caminó a tropezones por el cuarto, atrapando las pantuflas anchas por el uso—. Si no hubiera tenido el corazón reseco, si me hubiera dado a Patricio..., ¿viviría él, seríamos un matrimonio normal? Si tuviera caridad..., ¿podría querer a Rodrigo Díaz? El es soltero, y yo viuda..., habría la posibilidad de casarnos... ¡Ay, qué asco, qué horror! Ya me veo diciéndole a mi hija: “Te presento a tu padrastro...”, y la pobre Isabelita llamándolo papá. Debo de estar volviéndome loca.”

La cursilería de unos, el primitivismo de los otros, la atadura a un pasado irrecuperable, y ella en la mitad de todo, sin puente ni palabras; dividida, viviendo lo grande

y lo pequeño a medias, con todos los afectos contenidos, hasta el amor maternal que le crecía marginado, chocando con el insalvable muro que alzaban los vocablos de Isabelita, sus gestos y sus amistades; permanecería así siempre, y se preguntaba, tambaleando en aquel mundo sin concierto, cómo había reunido la audacia indispensable para ir a recalar, igual a un bajel que zozobra, en el lóbrego mar que era el lecho del ciego.

Unos golpecillos en la puerta la sacaron del ensimismamiento:

—¿Se puede, señora Trini?

—Adelante.

Zoraida Briones, con la cabellera rubia cayéndole ondulada encima de los hombros, y los labios pálidos, entró en la habitación. Un aroma a polvos de talco, desodorante barato y esencia de jazmines, de las que vendían a granel, inundó el dormitorio de Trinidad.

—Señora Trinita..., ¿sería tan amable de prestarme su bolsito de terciopelo negro?

—¿Cuál, Zoraidita?

—¡Ay, pues, no sea mala! Ese que le confeccionó la mammy para la celebración en el liceo de la Isabelita.

—¡Ah, sí! Ahí está, en el segundo cajón del ropero. Sáquelo no más. ¿Va a una fiesta?

—Voy a encontrarme con mi amor.

—¿El cantante de la Orquesta Tintingualí?

—No..., ¡qué ocurrencia! —Zoraida se tentó de la risa, se retorció las manos, dio pasitos sosteniéndose el

ruedo del vestido, como un juguete con cuerda—: Ese forme ya pasó de moda, señora Trinita. Este amor es en serio. Creo que me casaré con él. ¡Ay, júreme que no se lo va a contar a la mamy! Me suicido si se lo cuenta; palabra. —Tomó asiento en la silla de balance y se columpió—. Usted que es madre comprende a mi mamy —susurró—, y debe pasarle lo mismo que a ella; debe atacarle la idea de que la Isabel se case. Pero es que ustedes se olvidan de que también fueron jóvenes...

Trinidad Isazmendi tragó saliva, se enterró las uñas en las palmas de las manos. ¿Equivalía a faltar a la caridad esa impaciencia? “Es el colmo que esta individua me iguale al vejestorio de su madre, y se compare con mi hija”, pensó. Y dijo, probando su fuerza de voluntad para controlarse:

—¿Y a qué se dedica su novio actual?

—Es mayor. Mayor de Carabineros. ¡Si usted lo ve se cae muerta!

—¿Por qué, niña?

—De lo regio que es. Si es de lo más que hay, señora Trini; de lo más que hay. —La voz se le quebró en un gorjeo de paloma que se enhebró con otra risita y añadió—: Es grande..., así, mire... —Con ademanes infantiles estiró un brazo señalando la estatura de un hombre alto—. Y rellenito..., cojincito... —La visión de los escuálidos cojines de la sala punzó a Trinidad, y le fue difícil atajar un gesto de repulsión—. Con el pelito cres-

pito —prosiguió Zoraida—, y los ojitos amarillos, como botones.

—¿Botones? ¿Qué clase de botones?

—Cualquier botón; eso no importa. Achinaditos... ¿Usted me entiende, no?

—¿Y cuándo conoció a esa maravilla?

—Anteayer, en el café Bosco. Yo fui con una amiguita a dar una vueltecita al centro, y pasamos a servirnos un refresco, a ver si divisábamos a un artista de radio que le gusta a mi amiga; porque al Bosco va mucho artista. Y él estaba ahí, en el mesón.

—¿El artista?

—No. Mi mayor. Entonces se nos acercó: “Señoritas, ¿les disgustaría que las acompañara?” Y nosotras, por bostarnos a macanudas, le dijimos que no alternábamos con alguien que no nos hubieran presentado; y él se mandó cambiar, pues. Cuando a los pocos minutos, fíjese, señora Trini, que llega el garzón con una botella de champaña, y nos dice que es obsequio del mayor. ¡Así empezamos!...

—Eso ocurrió anteayer, y ya ha decidido casarse. ¿No cree que va muy rápido?

Zoraida puso una expresión de niño consentido.

—No digo que nos casaremos mañana —reconsideró—, sino algún día... Bueno, ya es tarde, y mi amor me convidó a tomar tecito, así es que no quiero atrasarme. Gracias, señora Trini, chaíto... —Ya en la puerta, se volvió—: Si la mamý le pregunta por mí, no le diga nada.

“¡Ridícula! Y a estas alturas haciéndose la mosca muerta —anotó Trinidad—. ¿A quién pretende engañar con esa comedia? La mamy...; basta examinar con detención a la vieja, para darse cuenta de que ha sido una fresca. Es casi una anciana y se pinta que es un payaso, con los ojos embetunados como carteras de charol. ¡Oh, ya estoy prejuizando!”

En la casa vecina, un reloj dio cinco campanadas que resonaron traspasando la muralla. Una mosca de alas azules entró por la ventana entornada y zumbó estrellándose en los postigos; el perfume de Zoraida flotaba aún, agri-dulce, reanimando ocultas percepciones. Trinidad se dijo que otro día se esfumaba, y observó el alto de ropa por planchar: manteles, toallas y fundas de almohadas, que la Brígida había dejado sobre una mesa. Las cuentas de los gastos semanales la esperaban para ser revisadas, y un sopor indomeñable le impedía moverse, la sumía en ese desmadejamiento, recostada a los pies de la cama desordenada, envuelta en su arrugado *deshabillé*, con el cabello revuelto. No obstante, aquella lasitud no era signo de tranquilidad; la tensión íntima, la desazón, persistían.

—¡Este olor..., este olor me hará doler la cabeza! —se quejó, aspirando el aire añejo, saturado a esencia de jazmines, recordando otros atardeceres, otras fragancias impregnando perdidas atmósferas.

Sentada en una silla de lona, protegida por un quitasol, despegaba la vista del libro que leía y miraba hacia el parque de la hacienda del tío Exequiel. Veía los sen-

deros cubiertos de maicillo extenderse ante la terraza de enceradas baldosas, las altas copas de las paulonias, los laureles florecidos, los macizos de hortensias, las buganvillas trepando por la glorieta. El cielo, muy azul, desparamaba una claridad deslumbradora en la pileta, allí, en el agua incansablemente renovada por el niño ventrudo que vaciaba su cántaro. El fondo de esa pileta estaba tapizado de musgo, y en la superficie se mecían, rosa y púrpura, los lotos. La conversación de su madre y de las tías caía indefectiblemente en los temas acostumbrados: enfermedades, vestidos, el embarazo de alguna criada seducida por el jardinero, la tragedia de la fulanita cuyo marido despilfarraba el dinero en una mantenida, la prédica de tal o cual sacerdote. Don Exequiel y otros caballeros discutían: "La subida de Aguirre Cerda al gobierno conducirá al país a la ruina... ¡Darle ínfulas a la rotada, qué disparate!" "El Frente Popular..., chinas con calzones de tocuyo..." "Con todo, es un negrito bienintencionado." "Terminaremos casando a nuestras hijas con radicales y masones..." "¡Santo Dios, don Víctor Manuel, estamos peor que en la Revolución Francesa!" Frases, frases, frases, a las que ella no prestaba atención, apasionada con la lectura de *Cumbres Borrascosas*. Su primo Carlitos y su hermano Alfonso jugaban una partida de pimpón, y Juan José se apartaba, detrás de los árboles más frondosos, cogiendo a una muchacha por el talle. Pelusa Isazmendi y su marido formaban grupo con otras parejas jóvenes y comentaban el último film

de Jeanette MacDonald y Nelson Eddy. La prima Paz, que se había casado poco después de su estreno en sociedad, hacía ya tres años, coqueteaba con el arquitecto encargado de los planos de la casa que iba a construirse, con el socio de su marido, con el abogado del tío Exequiel y con el agrónomo que administraba el fundo. Todo era vivo, luminoso, vibrante, en esas tardes lejanas en que Trinidad, sin ninguna experiencia, se fascinaba con el relato de Emily Brontë, y suspiraba por Heathcliff, idealizando la imagen de un hombre muy opuesto a sus pretendientes, al serio y culto Emilio de la Sota, o al elegante Rodolfo Jara. Las primas se burlaban, acusándola de ser una *poseuse*, de dárseles de mujer superior y de vivir en las nubes, y su madre insistía en que sería una solterona maniática. Ella reía. La embriagaban los aromas, el tibio viento que levantaba remolinos de tierra y empujaba aladas semillas e insectos de élitros ruidosos. Percibía el sol del verano, y su sangre quemándola por dentro y, de pronto, el ímpetu de alzar una compuerta misteriosa se manifestaba; intuía que entonces una metamorfosis se operaría en ella, que actuaría de un modo impredecible, guiada por instintos, por fuerzas irracionales, y al instante, por obra de un mecanismo desconocido, aquellas ansias eran refrenadas, recobrando el orden, la medida. Soñaba con Heathcliff, era altiva, descortés con sus amigos, virgen e indiferente.

“¿Realmente era frígida? —reflexionó—. Recién casada, una noche en que Pato me hizo beber whisky, pre-

sentí que eso sucedería... Eso, dejarme llevar por una corriente, por una especie de locura... Consentí en desvestirme delante de él, pero... Patricio era tan brusco, tan desatinado, me hablaba cochinadas...; no me tenía respeto. Es indudable que sólo se había acostado con mujeres de vida alegre, y no hacía diferencia entre ellas y yo... Esto me denigraba; yo quería demostrarle que era distinta, y... ¡Qué idiotez! Quizás todas las mujeres persiguen lo mismo: ser distintas, que no se las compare con las otras, que no se repita con ellas lo que se experimentó con sus antecesoras..., y se esfuerzan por ofrecer algo nuevo. Yo ofrecía mi dignidad, mi señorío, mi recato. Si él hubiera apreciado estas cosas... ¡No, no las apreciaba! Y me provocaba miedo, repulsión. Pasaba lo mismo con los amigos de Paz. Se acercaban a mí listos para representar el papel de don Juan, dando la conquista por lograda de antemano. ¿Quién era yo para ellos? sencillamente una tontita que caería en sus redes, igual a las otras. Y actuando así, ¿qué me permitían entregar? Yo era la copia, peor o mejor lograda, de un cuerpo, de un sexo, reproducido con ínfimas variantes hasta el cansancio, capaz de ocasionarles un placer ya gastado, de repetir tácticas femeninas, de ser, así o asá, una hembra más para satisfacer la vanidad y el ansia conquistadora del macho. ¿He sido soberbia? ¿Orgullosa? Es posible... Sí, más que frígida era orgullosa... ¡Y qué castigo he recibido! Rodrigo ha hecho profundas diferencias entre sus mujercitas del pasado y la señora Trinidad.

Rodrigo Díaz . . . , que sin ojos, sin ojos me ve convertida en una reina." Se echó boca abajo, pensando: "¿Qué demolió mi integridad moral? ¿El halago? ¿Me trastornaron la dulzura, las zalamerías? ¿O fue un embrujamiento . . . , algo que empezó al sentir esas manos frías, la boca . . . , el cuerpo desprovisto de carnes . . . , piel y huesos ardiendo? ¡Ay, si me oyera la madre Angélica de la Anunciación, diría que soy infinitamente cursi! ¿Por qué me acuerdo de la madre Angélica, de aquella española seca, que me enseñaba literatura? ¡Qué raro, siempre la he relacionado con estas cosas! Por cierto que la monja nada tiene que ver. Sin embargo, al perder la virginidad pensé en lo asqueroso que ella encontraría eso, y me pareció oírla, hablando del mester de clerecía y del mester de juglaría. Es horrible . . . , horrible, sin perdón . . . , anoche sentí placer. Por primera vez en mi vida sentí placer, eso que describía mi prima Paz . . . ¡Ojalá Cristo y mi mamá se apiaden de mí en el día del juicio!"

Ya no olía el perfume de Zoraida Briones; olía su propio cuerpo trasudado, la manchada enagua celeste, la gomina en el pelo de Rodrigo, la gomina y su jabón ordinario, bastardo. La música de la guitarra volvía reconstruyendo la noche reciente, resucitando los turbios deseos.

Se hallaba a solas con el ciego. A veces él le rogaba que lo dejara instalarse en la salita, a tocar; su cuarto, sin más ventilación que las ventanas que daban a un estrecho patio embaldosado, era caluroso en los meses es-

tivales y húmedo en el invierno. Y el señor Díaz, que se decía "artista" y se jactaba de poseer un espíritu refinado y una sensibilidad superaguda, alababa el salón en el que percibía efluvios de una remota opulencia, apresados mediante un mueble, un cuadro o una cortina remendada. A la señora Berta le confesaba que en ninguna parte podía "inspirarse" tanto como allí, y Trinidad no veía inconvenientes para cederle ese lugar de la casa, a fin de que atendiera a los alumnos a quienes les hacía clases de guitarra, o repasara sus composiciones. Comúnmente la tertulia nocturna se desarrollaba en esa habitación, y mientras Rodrigo Díaz ejecutaba aquellos aires dramáticos, don Evaristo citaba trozos de poemas o fragmentos de una comedia de Benavente, doña Estefanía modernizaba un vestido de su hija, y la señora Berta bordaba una minúscula carpeta, otra más, para adornar los respaldos de las sillas y las cubiertas de las mesas.

Pero esa noche la reunión no prosperó. Doña Estefanía partió con Isabelita y Zoraida al cine; la señora Berta se retiró a su dormitorio a rezar el rosario, pues se cumplían veinte años de la muerte del capitán Manríquez; don Evaristo, levemente mareado por los efectos de un vinillo blanco, regalo de un compadre, se fue a dormir. Y Rodrigo y Trinidad permanecieron en la sala, con la lámpara apagada, ya que él no la precisaba y ella prefería ahorrar electricidad. Únicamente el resplandor amarillento de un farol se filtraba por los visillos e iluminaba a trechos las paredes y el cielo raso. El ladrido de un pe-

rrero, el chirrido de los frenos de un autobús, un lastimero pitazo de tren, irrumpían a intervalos en la melodía del ciego, arrancando a Trinidad del adormilamiento en que se hundía.

Durante mucho rato estuvieron así, sin hablarse, hasta que él abandonó la guitarra, que quedó tirada en el piso, justo en uno de los ángulos bañados por la luz del farol. Trinidad fijó la mirada en esa forma de madera recortada en la oscuridad, en las cuerdas relucientes, tensas, sobre el negro boquerón circular, y sin saber por qué tuvo miedo. Inmovilizado, allí, ese objeto tenía vida propia, era un animal que simulaba dormir y acechaba, y el orificio, abierto bajo las seis cuerdas, parecía una trampa, una boca enorme dispuesta a devorar.

—¿Qué le pasa? —averiguó Rodrigo, como si hubiese escuchado el grito que ella había refrenado.

—No se preocupe. Es una tontería... Ese hueco en la guitarra me causó una sensación desagradable. —Hizo un movimiento para levantarse, y él se adelantó. Con rapidez cogió el instrumento, apartándolo del espacio iluminado, y avanzó rectamente hasta Trinidad; igual que si acabara de recuperar la vista:

—¿Así está bien?

—Gracias. —Lo contempló paralogizada. Este hombre era tan diverso del Rodrigo Díaz que conocía. Su estampa desgarbada adquiría nobleza en la penumbra, sus gestos eran seguros—. Debe ser tardísimo... —farfulló, incorporándose.

—Aún no es medianoche. —Los brazos de él la sujetaron; dos brazos fuertes, dominantes, que oprimían.

—¡Señor Díaz, se ha vuelto loco! —El tono convencional de sus palabras le sonó falso—. ¡Suélteme! —imploró.

—Trinidad..., ¿no comprende que la quiero, que la adoro? —protestó él—. La he adorado desde hace más de un año.

La cabeza de ella alcanzaba apenas al pecho del señor Díaz, y consideró grotesco forcejear con aquel individuo excesivamente alto, que en forma tan inusitada se tornaba vigoroso, exaltado.

—¿Cómo puede decir eso, si ni siquiera me ha visto, si no sabe si soy vieja, fea?... —rebatío, optando por echar el asunto a la broma.

—Se equivoca. Si pudiera dibujarla le probaría que sé lo bonita que es. —La retuvo estrechándola con el brazo izquierdo, y su mano derecha palpó suavemente las mejillas, los labios, el cabello de Trinidad—. Tu cara es ovalada, la nariz muy fina, los ojos grandes, tu boca es maravillosa —aseveró entrecortadamente Rodrigo, y la besó sin que ella atinara a defenderse.

Al recobrar el aliento trató de escabullirse, y las piernas le temblaron, no obedecieron a sus escrúpulos. Luego, entregándose a esa inercia, permitió otras caricias del ciego, cuya mano derecha se aventuraba por terrenos menos inocentes, sumergiéndose en el escote de la blusa.

—Rodrigo..., por favor... Puede venir alguien. No hagamos locuras —balbuceó.

Con presteza él la guió a través del pasillo, sosteniéndola entre las tinieblas, como si ella fuese la ciega.

Un vaho a ropas azumagadas, que Trinidad identificaba con las cocinas a leña y los braseros de las casas de inquilinos en el fundo del tío Exequiel, con el olorcillo acre de las tintorerías, con un tufo a miseria, afloraba en el cuarto del señor Díaz. Pero eso ya no contaba. Casi tres siglos de tradición, de respeto a la venerable estirpe vasca, se iban a pique. Trinidad Isazmendi Chazarreta descubría que no existían complicaciones para desnudarse delante de ese hombre, aunque encendiera la lámpara y su torso se reflejara con todas sus redondeces en el espejo. Oía la voz ronca y grave, convenciéndola de que era hermosa, y creía en ello; oía los juramentos de amor que ningún "caballero" habría pronunciado, por pudor y sentido del ridículo, y reconquistaba la fe en sí misma; sentía el deseo hinchando las venas de Rodrigo, y en vez de clausurar sus propios cauces, según lo hacía cuando era una mujer honesta, daba albergue, aumentaba ese deseo ajeno dentro de su cuerpo, lo extendía hacia sí, devolviéndolo recreado. Claro es que la sabiduría del ciego de la guitarra, en materias eróticas, reducía a Patricio a la insignificancia, y en los instantes en que él le concedía una tregua mínima, Trinidad se preguntaba si habría sido tan casta en el caso de haberse encontrado antes con Rodrigo.

Al clarear el alba, él le permitió marcharse. Entonces

corrió, descalza, llevando sus ropas en un atado que apretaba contra el pecho. Debajo del chorro de la ducha caliente tuvo un malestar análogo al que experimentara la primera vez que la habían anestesiado. El agua resbalaba por sus hombros, le golpeaba la espalda y los muslos, se escurría por sus caderas, y ella retomaba torpemente la conciencia: "¿Qué he hecho? ¿Qué barbaridad he hecho?" Se jabonó con desesperación, frenéticamente, y lejos de barrer las huellas de la pasión de Rodrigo, esto la exacerbó mucho más; le dolían los huesos, cada músculo y cada nervio. Se envolvió en una toalla, y sentada en el borde de la bañera rompió a llorar. La puerta del cuarto de baño se abrió de repente:

—Señora..., ¿está enferma? —Mirtha Bell, vestida de raso rojo, la observaba.

—No, no, señorita Bell...

—Yo venía llegando en este momento, y..., bueno, me asusté. ¿Verdad que no se siente mal?

—Estoy perfectamente... Un poco agotada..., sí, eso es. Me desvelé y me puse muy nerviosa. Pensé que un baño me calmaría.

—¡Pobrecita! No hay nada más cargante que desvelarse. Yo también me desvelo, los sábados, cuando el *show* es triple y termino rendida. Mire..., voy a darle una pastilla. —Extrajo un frasco de píldoras de su bolso y le ofreció una.

—No se moleste.

—Tómese esto, no sea porfiada. Es un calmante estu-

pendo; me lo regaló Marito, un admirador que es médico. —Sin más, Mirtha le pasó el vaso de enjuagarse los dientes y la obligó a tragarse la tableta—. Acuéstese y soñará con los angelitos.

Trinidad se levantó, escasamente cubierta por la toalla, demasiado exhausta para incomodarse porque la otra mujer advertía su desnudez.

—Gracias, señorita Bell... Buenas noches.

—Buenos días. Son las seis y media de la mañana —puntualizó Mirtha. Sus ojos estaban clavados en las prendas de la dueña de la pensión, desparramadas por el suelo, y examinaban el falso, el corpiño con los breteles rotos, la blusa ajada, con una expresión pícara de tácito entendimiento—. Descanse, señora —recomendó, sonriéndole maliciosamente.

“¿Acaso... adivinó que...? —dudaba Trinidad, ahora—. No hay que ser muy lista para darse cuenta de que si la ropa quedó allí, y yo andaba sin camisa de noche, era porque no había estado en mi cama esforzándome en dormir. Sin embargo, a la tipa no le consta que yo viniera del dormitorio de Rodrigo. Si ha imaginado que estuve acostada con alguien, jamás habrá sospechado que fue con él. ¿Y con quién si no? Don Evaristo es un anciano; sería absurdo creer que haya podido seducirme... ¡Ah, ya sé! ¡Qué atroz! Le ha echado la culpa al peluquero; aunque es feo y relamido, es joven, y la tal Mirtha Bell, que es una puerca, supondrá que me solazo con su juventud... ¿Con qué autoridad pienso que esa muchacha

es una puerca? Mucho más puerca soy yo. Mirtha es una criatura ordinaria, inculta, que no diferencia el bien del mal, que no tuvo la formación de un hogar como el mío, ni recibió la educación que me dieron a mí. Pero no tolero que ella se me iguale, que crea haberme sorprendido en una falta y que eso le da el derecho a sentirse mi cómplice, a rebajarme a su nivel. Haré lo que sea . . . , lo que sea para establecer el orden, la respetabilidad. La única herencia que le quedará a Isabelita es la reputación intachable de su madre, y batallaré para que eso se mantenga. Si Rodrigo . . . , si el señor Díaz quiere hacerme reincidir . . . , se topará con mi voluntad de hierro. Seré dura, cruel si es preciso, y él tendrá que comprender que anoche me hallaba trastornada, que obré sin estar en mis cabales . . . , que aquello no ha de repetirse, y que nadie debe saberlo nunca, nunca."

Oscurecía afuera. El rugido de un *jet* sobrevolando el aeropuerto de Los Cerrillos, perdiendo altura para aterrizar, hinchó de vibraciones el inmutable cielo de verano. Los chiquillos del barrio jugaban a la pelota en la vereda; la campana de la iglesia tañó con melancolía. "Mañana iré a confesarme, y comulgaré en la misa de ocho —se prometió Trinidad—. He caído en falta porque me he alejado de los sacramentos, pero Nuestro Señor es padre, y perdona. La comunión me dará fortaleza para resistir el asedio de ese hombre, para ser nuevamente lo que he sido mi vida entera: una mujer decente, una señora."

—¿Es que se murió mi patrona? —La voz de la Brígida fue acompañada por golpes sonoros en la puerta.

—¡Entra!

—¡Chis! ¡Hay que ver! Ni que estuviera paralítica, señora Trini. Miren que pasarse el santo día echada en la cama. Por eso es que engorda que es un gusto, pues. —De pie en medio del cuarto, la Brígida siguió rezongando—: ¡Y una que eche el bofe trabajando, que pa' eso es la empleada!

—Me duele la cabeza...

—Por mucho que le duela no puede olvidarse que hay una casa que manejar, pues. —Dio vuelta al conmutador de la luz y encaró a Trinidad—: ¡Chitas que es floja! No ha planchado ni una tira, y ya vamos a enterar la quincena sin mudar las camas ni cambiar manteles. Sepa que yo, aparte de lavar y cocinar, y arriar con la Tila y la Lucrecia, que más es lo que estorban el par de tontas, no me voy a ponerme a plancharle... ¡Harto me ha comido ya los pulmones!

—No seas insolente.

—Insolente seré, pero no me pesan las manos como a otras. ¿Me va a disponerme la comida o no?

—Dispón tú lo que quieras, y no me molestes.

—¡No digo yo! Si es la hedionda de floja... Igualito que si fuera una de las pensionistas, que pa' eso se halló a esta lesa que le hace de cocinera, lavandera y dueña de casa.

—¡Oh, cállate, cállate, y déjame en paz! —gritó Trini-

dad. Su propio estallido la atemorizó, y se largó a sollozar descontroladamente—: Ya sé que soy una inútil, que todo lo hago mal, que soy una descastada, una mala madre, una prostituta, una...

—¡Señora Trinita, por Diosito, no diga eso! —La Brígida voló a abrazar a su señora; la acarició, le limpió las lágrimas—: ¿No ve que eran bromas mías? M'hijita linda..., ¡qué pena me da! Nadie es más galla que usted, y no quiero oírla decir más que es mala madre, ni esas cosas tan feas. Métase en su cama, y yo le sirvo la comida aquí, en la pieza..., ¿quiere?

La ayudó a colocarse el camisón de dormir y la tapó con la sábana. Y ella pensó que era reconfortante que la mimaran como a una niña, haciéndola sentirse irresponsable, frágil.

—Apaga la luz y no me traigas comida —dijo—. Necesito descansar..., descansar...

Al final del pasillo tremolaban las cuerdas de la guitarra. Y Trinidad se vio disminuyendo de tamaño, reducida a la dimensión de una mosca, rodar en el interior del agujero redondo, caer en la trampa. Por encima de su cabeza, las cuerdas eran seis rieles tirantes pulsados por los dedos de Rodrigo Díaz, que tocaba, tocaba, en tanto que ella desaparecía en el fondo del hueco negro, insondable.

CAPITULO TERCERO

UN NUEVO suspiro de doña Estefanía marcó una pausa en la recitación de don Evaristo Rioseco, que siguió adelante con mayor brío:

*Las vecinas cuentan que se fue muy lejos;
que vendrá muy pronto; que no volverá. . .
La humilde casita de los muebles viejos
con una herradura clausurada está.*

Isabelita tuvo un estertor de risa ahogada, antes de que el anciano entonara:

*Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes irá;
¡pobre Mimosita! De tal compañía,
¿qué mano piadosa la defenderá?*

La señora Berta interrumpió, con acritud, el poema de Vicuña Cifuentes:

—Esa vieja es una mala pécora. ¿No le parece, señora Trinidad?

Don Evaristo fingió no haber escuchado el comentario, y prosiguió con inflexiones cavernosas, dramáticas:

*¡Qué recuerdo! Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía: su boca de fresa
así me lo dijo cuando estuve allá.*

—¿Qué significa “aviesa”, mamy? —indagó Zoraidita.

—Cállate, Nena. No le cortes la inspiración a don Evaristo —respondió doña Estefanía, entornando los párpados en señal de emoción.

*Era rico el hombre. Cadenas, sortijas,
lucía con aire de fastuosidad,*

continuó el jubilado de los Ferrocarriles,

*y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran a tan tierna edad.
¡Qué perversidad!*

—Qué perversidad —coreó la señora Berta—. ¡Qué perversidad tan grande! Si es de oírlo y no creerlo. ¿Verdad, señora Trini?

—Si me interrumpen a cada rato no puedo seguir —exclamó don Evaristo, y se fue a sentar, amurrado, en un rincón de la sala.

—¿Y qué culpa tengo yo, si estoy de acuerdo con el poeta en que eso es una perversidad? —se defendió la señora Berta.

—Hay que tener un poco más de cultura y guardar silencio cuando alguien declama —manifestó don Evaristo, enfurruñado.

—No se enoje y háganos oír el final, que es lo más triste —mintió Isabelita.

—No seas hipócrita —cuchicheó Zoraida—. Ya nos tiene hasta la tusa, este viejo, con su Mimosita. Mejor acompáñame a escribirle a Andrés.

—¿Está fuera de Santiago?

—No. Peleamos hoy en la tarde, y quiero hacer las paces. ¿Se molestará tu mamý si le saco una esquila y un sobre?

Ambas se apartaron del grupo y tomaron asiento junto al *secrétaire*.

—¿Qué fecha es hoy?

—20 de febrero.

—¡20 de febrero, la fecha de nuestra primera ruptura! —suspiró Zoraidita, y anotó en la esquila:

20 de febrero de 1963

“Mayor

”Don Andrés Mancilla

”PRESENTE

”Amor mío: Si no me sintiera tan desgraciada como me siento no te escribiría estas líneas...”

Trinidad observó a Isabel y a Zoraida. No le gustaba la confianza de su hija con la pensionista, ni esas frecuentes conversaciones a media voz; pero no tenía motivos concretos para oponerse a aquella amistad, y si enviaba a Isabelita a acostarse, su actitud parecería caprichosa, injusta. Además era la primera noche, después de quince días, en que condescendía a participar en la tertulia del salón, y deseaba mostrarse afable con sus huéspedes. Durante las dos semanas en que estuvo enclaustrada en su dormitorio, saliendo a la calle sólo para asistir a misa o caminar sin rumbo fijo, todos se habían manifestado preocupados por su salud, y la señora Berta y doña Estefanía iban a golpear a su puerta para ofrecerle una píldora homeopática, el jarabe de alguna hierba milagrosa e innumerables remedios caseros. El señor Díaz era el único que permanecía al margen, comportándose de un modo totalmente opuesto a lo previsto por ella. Y era precisamente esa indiferencia la que hoy la sacaba de quicio. “¡No le importo! —se decía—. Es un grosero, un mal educado... ¿Qué más podía esperar de él?”

Luego de haber tomado la decisión de cortar cualquier tipo de vínculo con el ciego, Trinidad se preparó para enfrentarse a escenas terribles, a una constante persecución, a protestas de amor desesperadas, y buscó refugio en la iglesia, adonde acudía diariamente, y en su habitación, que cerraba con llave por las noches. El sacerdote a quien confesó su falta, le aconsejó adoptar toda clase de precauciones a fin de evitar un encuentro con Rodrigo, mientras

llegaba el momento de notificarle que debía abandonar la casa. El impulso inicial del confesor fue ordenarle que expulsara de inmediato a aquel hombre de su domicilio, pero una meditación reposada lo llevó a considerar que era más atinado proceder con cautela, e impedir que el "seductor", encolerizado, armara un escándalo de graves consecuencias.

—Si él le escribe, rompa las misivas sin leerlas —le mandó—. Ocúltese en la soledad de su alcoba, y si uno de sus inquilinos o las criadas le traen un recado, ponga oídos sordos, hija mía. Y ruegue a la Virgen para que él la olvide.

Repitiéndose a sí misma las palabras del señor cura, creyendo escuchar su acento español, Trinidad se dispuso a seguir fielmente los sabios consejos. No obstante, al cabo de una semana de encierro, de estar pendiente de rehuir a Rodrigo al dirigirse al cuarto de baño o al cruzar el pasadizo para salir, interrogó a la Brígida:

—¿El señor Díaz no ha preguntado por mí?

—No, señora. Si ese caballero, aparte de no ver, anda en la luna.

Se hundió en las almohadas. O la Virgen era muy diligente para acceder a sus súplicas, y él la olvidaba demasiado pronto, o los juramentos de amor eran una vulgar farsa. Así continuaron transcurriendo los días, sin que el ciego deslizara una carta por debajo de la puerta ni denotara preocupación alguna. Más aún: el acongojado ritmo de la guitarra se trocaba en compases ligeros, en un

alegro en tono menor que las cuerdas soltaban frívolamente. Sentada en su cama, soportando el calor, humillada, Trinidad pensaba que esa musiquilla era una burla, el peor agravio que Rodrigo podía inferirle. Finalmente, convencida de que sus temores eran ridículos e infundados, de que el señor Díaz era un cínico, se había levantado esa mañana, dando por terminado su inútil enclaustramiento. Pero no se encaminó hacia la iglesia como en los días anteriores; se hallaba irritada, furiosa, y le habría sido imposible comulgar u oír misa en tal estado.

“No he significado más que una aventura para él”, se dijo, al verlo entrar muy sereno en el comedor, a la hora del almuerzo, y tuvo que forzarse para contener las lágrimas que pugnaban por escapársele. Entonces empezó a hacer ostentación de su presencia en la cabecera de la mesa, de su principal posición, del dominio que ejercía sobre los demás comensales.

—Zoraidita, pásame la sal —chillaba, y aumentando más el volumen de la voz, se dirigía a don Evaristo, como si éste fuese sordo—: ¿Quiere repetirse ensalada de tomates, señor Rioseco?

Rodrigo Díaz no reaccionó. Despaciosamente comió las albóndigas, derramando gotas de caldo en la servilleta amarrada alrededor de su cuello; esgrimiendo el tenedor persiguió los tomates por el plato, y se relamió con el durazno que Isabelita le peló y partió en trozos; en seguida saludó con una venia y desapareció muy derecho, manejando el bastón con un desplante desusado.

Trinidad se dedicó la tarde entera a sacudir ropas de invierno, a exterminar huevos de polillas, a sacar brillo a los pisos. Con la cabeza envuelta en un pañuelo, armada de un escobillón y una lata de insecticida, recorría la casa perorando en contra de las sirvientas. La Lucrecia lustrando de rodillas las baldosas, la Tila limpiando vidrios y la Brígida restregando sábanas y manteles en la artesa, la escuchaban, atónitas, dar voces de mando, y la veían ir y venir incesantemente, poseída por una energía desatada.

—¿Qué bicho le picó a la señora? —rezongaba la Tila. Y la Lucrecia respondía:

—¿No ves que anda con toditos los diablos sueltos?

Ella, a su vez, percibía el asalto de las furias que la sojuzgaban, y no lograba evadirse. En tanto que abría y cerraba cajones estrepitosamente, reflexionaba: “Habría soportado cualquier cosa con tal de que no se riera de mí. Tengo que vengarme... Sí, tengo que vengarme aunque me condene... ¡Dios mío, ten misericordia! Haber cedido en vista del amor que me demostraba, creyendo en su palabrería, compadeciéndome de su ceguera, hacía más disculpable el pecado. El mismo señor cura lo entendió así... la prueba es que me absolvió, y me consoló diciéndome:

”—Hija mía, usted no ha caído impulsada exclusivamente por los demonios de la carne; la piedad que le ha inspirado la invalidez de ese hombre también cuenta, y ello aligera su falta ante los ojos de Nuestro Señor.

”¿Qué diría el santo varón si supiera que el tal inválido no era digno de la menor lástima, y que confundió mi hogar . . . , el hogar de mi hija, con un lenocinio? Por supuesto que no voy a esperar el 1.º de marzo para lanzarlo con sus cachivaches y su guitarra a la calle, y . . . ¡ay de él si alega! Ahora sabrá quién es Trinidad Isazmendi, y que ningún infeliz se viene a reír de mí, aprovechándose de que soy una mujer sola y en mala situación.” Sabía que no iba a encontrar fórmulas para vengarse, salvo notificar al señor Díaz de que desocupara la habitación que le alquilaba, y este castigo se le antojaba insignificante en comparación con el atropello de que era víctima. “¿Y si el muy sinvergüenza ha supuesto que lo voy a echar, y ya se ha buscado otro sitio adonde mudarse? —dudaba—. ¿Y si se me adelanta, y me comunica que puedo disponer de la pieza? . . . ”

Con redoblada violencia frotaba las figuritas dispuestas en la vitrina. Muy atrás había quedado el tiempo en que podía recurrir al tío Exequiel, doblegar a un marido débil, sentirse poderosa. Para Rodrigo no existían sanciones, y las cuerdas esparcían el eco de una tonadilla que corría juguetona, fresca, por el pasillo.

Durante la cena los acontecimientos se desarrollaron de idéntica manera que al almuerzo. El ciego engulló su comida, dijo buenas noches y se marchó displicente, sin esbozar ni un gesto, ni una palabra de acercamiento a Trinidad. Y en la salita, mientras oía recitar a don Eva-

risto y discutir a la señora Berta, contemplando a Isabel y a Zoraidita, con las cabezas inclinadas bajo la lámpara ornada de flecos y mostacillas, el pensamiento de ella se alejaba rumbo al cuarto de Rodrigo, se asomaba por el hueco de la guitarra. La ira se le transformó en un malestar físico, un vértigo, una punzada en el vientre; pero la evocación se mezclaba a esa ira, y revivió una y cien veces aquellas sensaciones que pretendía olvidar. Esto hizo ineludible la pregunta que tanto temía formularse: “¿Estaré enamorándome de ese hombre?”

—Listo —dijo Zoraida—. Veamos qué te parece... —y le alargó a Isabel la carta terminada. La chiquilla leyó:

“Amor mío: si no me sintiera tan desgraciada como me siento no te escribiría estas líneas, sé que no es propio de una señorita rogar al que se comportó en la forma en que tú te comportaste esta tarde, que el silencio debería poner punto final a nuestro amor. Pero la mujer que ama ya no es dueña de sí misma. No Andrés querido, querido Andrés yo no te creo malo a pesar que hoy tu mirada aviesa me aterró en el alma, solamente eres hombre y los hombres buscan eso sin pensar en que nos pierden, para siempre porque lo único que una niña decente tiene es su pureza y no porque yo sea una istérica, yo no soy istérica como tú dijiste en la tarde si lloré es porque me aterró tu mirada aviesa. Compréndeme Andrés y volvamos como

si nada hubiera pasado, desde el templo de mi corazón yo te perdono.

ZORAIDA B."

—Me tinca que le pusiste las comas al lote —comentó Isabelita.

—Pongo comas cuando me falta la respiración al leer lo que he escrito —explicó la otra.

—Oye... , ¿y no te da miedo que se enoje con lo de la mirada aviesa? ¿O que sepa que lo copiaste de *La Mimosita*?

Zoraida batió sus pestañas cargadas de rímel, y se rió:

—Andrés no conoce *La Mimosita* ni de nombre. Y la mirada que tenía al tratar de violarme... —midió el efecto que sus palabras causaban en Isabel, para anotar, con voz candorosa— era de lo más aviesa.

—¿Verdad que quiso violarte? —Isabelita cogió las manos de Zoraida—: ¡Qué apasionante! Por favor, cuéntame...

—Fue en el Estadio Nacional...

—¿En qué parte del estadio?

—Adentro de la camioneta, tonta; no te estarás imaginando que en las tribunas. ¿Te conté que Andrés tiene una camionetita azul, no? Bueno..., en las tardes me invita a pasear en la camioneta, y nos paramos en un lugar con árboles, porque él, aunque haya querido violarme, es muy romántico... ¿Tú entiendes, no? El caso es que hoy me llevó para el lado del estadio a ver la puesta de

sol, y como no se jugaba ningún partido todo estaba muy solo, y de repente oscureció. ¿Te ubicas, no?

—Sí. ¿Y entonces?

—Entonces estuvimos besándonos harto rato y... “eso”.

—¿Igual que el cantante de los Tintingualí?

—¿Cómo se te ocurre comparar a Andrés con ese asco de Johnny? —protestó Zoraida—. Andrés no se desvistió ni me rompió la ropa... —De pronto estalló en una risilla baja, quebrada, semejante a un crujido—: Claro es que en la camioneta no podía desvestirse. Pero yo lloré de todas maneras. Con los hombres lo primero es llorar si una se ve en aprietos. Y le dije que se equivocaba, que yo era una señorita, que mi mammy me había educado a la antigua y que pensaba llegar como Dios manda al matrimonio. Y él se indignó, y me gritó cosas terribles.

—¿Qué, por ejemplo?

—Que no creía que yo fuera virgen, que era una histérica, una hipócrita..., en fin, montones de insultos, hasta que me bajé de la camioneta. Lo peor es que tuve que volverme en micro.

—¡Pobre Zoraidita! Es que eres tan estupenda que los hombres se vuelven locos —aseguró Isabel, con sincera admiración—. Por suerte no aflojaste.

—No, no aflojé —admitió Zoraida, con acento triste. Y animándose súbitamente volvió a reír—: Lo espantoso es que no sé si podré ser tan firme en el futuro. —Parpa-

deó y miró a la muchacha con una expresión intensa—: ¡Ay, Isabel, creo que la próxima vez voy a aflojar!

—¡No seas salvaje! ¿Sabes lo que le pasó a la Nelly Hinojosa, mi compañera de banco? Hacía un año que pololeaba con un cabro, y apenas se acostó con él, el muy maricueca la plantó.

—Yo no soy una lesa, tipo Nelly Hinojosa —especificó Zoraida—, y si me arriesgo a dar un paso así, sabré muy bien por qué lo doy. Mira, necesito que mañana, a primera hora, le entregues esta carta a Andrés.

—¿No es mejor que se la mandes con la Tila o con la Lucrecia?

—Ni lo pienses. No me conviene meter a esas chinas en mis asuntos. Tú eres la más indicada para llevársela. A las nueve él está en la Escuela de Carabineros; tú vas, preguntas por el mayor Mancilla y le dices que eres mi prima, que le traes esta carta y que esperas la respuesta. ¿Ves que es sencillo? ¡Júrame que lo harás! Es de vida o muerte, Isabel.

—Conforme. Se la iré a dejar tempranito. —Isabelita ocultó el sobre—. Mi mamá está pendiente de nosotras —murmuró.

Zoraida se levantó, simulando un bostezo:

—Mamy, me caigo de sueño.

Don Evaristo abrió la tapa de su viejo reloj de plata:

—¡Caramba, son casi las doce!

—Es hora de que nos vayamos a descansar —dijo Trinidad, incorporándose.

La señora Berta dobló la carpeta que bordaba, guardó los hilos y las agujas en su bolsa de labores, y salió precediendo a los otros huéspedes.

—¿Apago la luz, mamá? —Isabel escrutó a su madre.

—Espérate...

—¿Te sientes mal?

—No. Quiero saber qué contiene el papel que te dio la Zoraida.

—¿Papel? ¿Qué papel? Usted anda viendo visiones, mamacita.

—El que escondiste ahí. —Trinidad lanzó un manotón al bolsillo del delantal de su hija, arrebatándole la esquila—. ¡Es el colmo! —exclamó, leyendo el nombre del destinatario y la dirección—. ¡Tú, sirviendo de mensajera para los amoríos de esa mujer! Esto sí que no voy a consentirlo.

—Mamá, devuélvame esa carta.

—Utilizar a una niñita en calidad de celestina... ¡Es un abuso, una indecencia!

—Devuélvame esa carta —insistió Isabel, y sin más se la arrancó bruscamente de las manos.

—¡Insolente!...

—¿Para qué arma tanto lío? Yo no soy una niñita, ni la Zoraida tiene amoríos con nadie. Está pololeando con Andrés y le escribió porque pelearon. ¿Qué hay de malo en que le lleve esta carta? Es un favor que puedo hacerle a una amiga, ¿no cree?

Aquella lógica no aplacó a Trinidad.

—¿Por qué me mentiste si es algo tan inocente? —refutó—. ¿Y por qué no me permites que lea lo que escribieron allí?

—¿No me ha enseñado que no se debe leer lo que va dirigido a otra persona?

—En la presente circunstancia cabe una excepción. Las madres tenemos derecho a imponernos de los enredos en que andan metidas nuestras hijas.

Isabel se encogió de hombros y frunció la boca en una mueca de aburrimiento:

—¡Ya me cabrió, señora!

—Déjate de atrevimientos. —Trinidad la aferró por un brazo—: Te prohíbo que vayas a donde ese hombre, y que sirvas de paloma mensajera, ¿entendido? Y te prohíbo que te transformes en confidente de la señorita Briones. Ella es perfectamente capaz de arreglar sus problemas amorosos sin que tú intervengas, y no es tu amiga, sino una pensionista, con la cual no admitiré que tengas ninguna intimidad. . . ., ¿me oíste?

—Sí, la oí y no pienso obedecerle. —Isabelita se zafó de la presión de los dedos de su madre, y habló sin alzar la voz, con un matiz áspero de rabia reconcentrada—: Usted podrá detestar a la Zoraidita porque en su familia no hay lo que se llama “gente conocida”, y hallar ordinaria a doña Estefanía porque no fue a bailes en su juventud, ni viajó a Europa, ni. . . ., ¡qué sé yo qué más! Pero la Zoraida es mi amiga, mi mejor amiga. Y son mis amigas la Norma Astudillo y la Doris Rojas, y no voy a aguantarle

que me aparte de ellas ni que les invente maldades. ¿Qué le gustaría? . . . ¿Que en el colegio yo fuera una “creída”, y no conversara con las chiquillas, y las despreciara porque sus apellidos no son aristocráticos, y que en la casa me quedara metida en mi pieza, mirando el retrato de mi abuela, y la foto del tío Exequiel, que para mí no es más que un viejo pelado del que ni me acuerdo, y que estuviera siempre sola, como una lesa, soñando con esas casas elegantes en las que usted vivió, y pensando en lo distinguida que era mi mamá y en lo macanudo que habría sido nacer en otra época? Si eso es lo que espera, voy a desilusionarla. A mí me importa un rábano llamarme Isazmendi, o Briones, o Tremolleo, como el indio de la Tila. Quiero a mis compañeras, y me siento feliz saliendo con mis amigos que usted encuentra siúticos, y yendo al fútbol, y bailando *twist* . . . ¡Yo soy joven! Y adoro a la Zoraida porque es linda y está enamorada. —Se produjo un brevísimo silencio, y el tono de Isabel se suavizó, se hizo íntimo—: Adoro a las personas enamoradas. Yo también necesito enamorarme; todas las mujeres lo necesitan, mamá; para sentirse contentas, y no ser unas viejas amargadas y criticonas como la señora Berta, como . . .

—Como yo. ¿Era eso lo que ibas a agregar? —Trinidad se apoyó en el respaldo del sillón, igual que si su cuerpo se hubiera vuelto más pesado que de costumbre y las piernas ya no pudieran sostenerla—: Compréndeme, Isabelita. No deseo que vivas aislada, no deseo privarte de las diversiones que te corresponden, ni de tu alegría. Sin em-

bargo . . . , tengo mayores aspiraciones para ti. Querría verte rodeada de amigas y amigos cultos, finos, que te aportaran más de lo que te aporta la niña Astudillo o Zoraida Briones, que compartieras con ellos aficiones e ideas más elevadas y tuvieras la visión de un ambiente menos sórdido que este en el cual . . . —suspiró fatigada— desgraciadamente te ha tocado crecer. Ya sé que si alguien es culpable de que te halles aquí, soy yo . . . , porque mi vida es un fracaso. Pero justamente porque reconozco mi fracaso debo salvarte a ti, librarte de un destino como el mío. Escúchame . . . , iré a ver a mi prima Paz, y le explicaré la situación.

—¿Para qué?

—Para que nos ayude. Paz tiene tres niñas y no se negará a ayudarme. La menor, la Loretito, es de tu edad; es esa rubia . . . , ¿te acuerdas que te mostré la fotografía que publicaron en el diario? Le pediré a Paz que te convide al baile de estreno de la Loretito. Todavía no sé cómo conseguiré el dinero para hacerte el vestido . . . Lo que sé es que cuando llegue el momento lo rasguñaré de cualquiera parte, y tendrás un traje blanco, de gasa *chamberí*, y entrarás en el medio al que verdaderamente perteneces, y . . .

Una carcajada de Isabelita la detuvo:

—¡Mamá, no sea ridícula! Ya me veo en una de esas fiestas de pitucos . . . , ¡qué lata más mortal! ¿No se cansa de soñar, linda? Ese medio, del que me habla, no me interesa; me aburriría con las niñas de su prima; ¿y cree

que ellas estarían muy orgullosas con la parienta de la calle Bascuñán? ¡Dan risa sus ocurrencias, mamá! A mí no me parece sórdido el ambiente en que vivo, sépalo. No soy una tonta cachiporra y estoy muy bien aquí, abanicándome con la parentela que no conozco, y con sus casas y sus fundos que por suerte no voy a conocer. Sus recuerdos son sus recuerdos, mamacita, y usted es dueña de revolverla con ellos, pero déjeme a mí a un lado, con la gente y las cosas que quiero.

Trinidad inclinó la cabeza, cerró los ojos; las lágrimas se le escurrían por entre las pestañas.

—No me diga que ahora van a empezar los lloriqueos —dijo Isabel, y adoptando un aire de superioridad examinó a su madre—: Fíjate que a veces pienso que todo lo que te pasa es porque nunca te has enamorado. A mi papá no lo querías; no te he oído más que quejarte de él, porque era flojo, bueno para el trago y era pobre. Si lo hubieras querido le habrías perdonado la flojera y la pobreza, y . . . , ¿por qué no?, el trago. ¡Pobre ñato, lo compadezco por haberse casado contigo! Lo malo es que al enviudar, en vez de estar contenta por haberte sacado un clavo de encima, te dedicaste a los recuerdos y a sufrir.

—Me dediqué a trabajar para alimentarte a ti, para no morirnos de hambre las dos . . .

—Podrías haber trabajado estando enamorada y de mejor ánimo, ¿no?

—Cuando madures te pesarán estas palabras. —Trinidad se secó las lágrimas y se irguió como una estatua.

—¡Ay, viejita, no te hagas la dramática! ¡Eres tan cómica!

—Quise que no tuvieras nada que reprocharme, darte el buen ejemplo, aun a costa de sacrificar mi juventud.

—¿Por qué supusiste que te iba a reprochar si te enamorabas y te casabas de nuevo? Era lo normal. No me cuentes películas en *cinemascope*. Te fascina jugar a la mártir y que digan que eres una santa. Si quisieras a alguien te reirías de los recuerdos y andarías saltando en una pata, pero eso te revienta porque ya no serías mártir ni santa, sino igualita a las demás mujeres. ¿Ves por qué adoro a la Zoraida y simpatizo con la señorita Mirtha? Ellas no se avergüenzan por querer a un hombre y por no vivir en un palacio; son más... más —exaltada buscó el término que se le escapaba, y extendió las manos tratando de palpar en el espacio una figura invisible—; me gustaría tener una mamá así —aseveró.

—¿Qué sabes tú? ¿Con qué autoridad me juzgas, chiquilla estúpida? —gritó Trinidad.

—Me gustaría que mi mamá fuera una mujer común y corriente —concluyó Isabelita, calmada. Un bofetón de su madre la alcanzó en la mejilla derecha y la hizo tambalearse. No obstante, no lloró. Con las pupilas dilatadas, interrogantes, midió a esa mujer descompuesta por la cólera—. ¡Pobre mamá! Deben pasarlo harto mal las personas como tú —afirmó, y se marchó del cuarto.

—¡Mocosa imbécil! —Trinidad se aproximó a la ventana; aspiró el aire denso de la calle.

“Mocosa imbécil —repitió para sí—. Me estimarías si fuese una mujerzuela descocada y ordinaria... Te daría la impresión de ser más humana. ¿En qué mundo estoy? ¿A qué hemos llegado? ¿Qué va a ser de esta raza de adolescentes crueles, insensibles, que echan tierra a las tradiciones y al pasado, y se jactan de su ignorancia, de su vulgaridad? ¿Te agradaría comprobar que tu madre no es una santa de altar, no es cierto? ¿Comprobar que también actúa como una Mirtha Bell, o como las sirvientas, y que en este momento podría ir a meterse en la cama del hombre que es su amante, y...? ¿Qué dirías si supieras que efectivamente he sido la amante del ciego? No..., algún día agradecerás conservar en la memoria una imagen limpia de mí; para no destruirte esa posibilidad es que estoy obligada a callarme, a fingir, y me resigno a que me mires con antipatía.” Acodada en la balaustrada del balcón, contempló el cielo cubierto de ocre nubarrones en el que no fulguraba una sola estrella. El calor había disminuido notablemente, pero la noche era húmeda, cuajada de olores metálicos, de ruidos subterráneos que palpitaban en las grietas del asfalto. Pensó que aquella atmósfera presagiaba temblores o incendios. Un gato escuálido saltó desde una tapia y husmeó unos trapos arrugados tirados en la cuneta; todas las puertas se encontraban cerradas, no se divisaba ni una luz tras los postigos herméticos del vecindario. La sensación de ir petrificándose de pies a cabeza se apoderó de Trinidad. La casa y la calle estaban inmovilizadas, fijas, en ese horizonte caliginoso.

Apagó la lámpara y caminó a tientas. Ni siquiera captaba la respiración apacible de los que dormían, aquel hálito que presentía habitualmente, unido a otras resonancias que ya le eran familiares en la quietud nocturna, como el canto del grillo o el roer de una rata en el entre-suelo; sus zapatillas rozando las tablas eran el único indicio de vida en el corredor oscuro. Junto a la puerta de Rodrigo esperó unos segundos, febril, alucinada, y una conmoción, un sentimiento de dicha y pánico, igual que si sobreviviera después de un cataclismo concienciando la fragilidad del límite que la separaba de la muerte, la sacudió al escuchar los pasos de él al otro lado del umbral. Los pasos de Rodrigo devolviéndole la estatura de Rodrigo, la boca de Rodrigo, el cuerpo de Rodrigo, su voz, sus cabellos, su calor. De golpe él abrió la puerta, y avanzó un corto trecho. Trinidad lo distinguió nítidamente en el trasluz de la habitación cuyas ventanas quedaban de par en par abiertas hacia el patio; vestía un pijama, uno de esos pijamas que la Brígida solía lavar en la artesa, y traía una toalla enrollada, a modo de bufanda, alrededor del cuello. Se dirigía a la sala de baño, era indudable. Como una mosca, ella se replegó, se amalgamó a la pared, y él retrocedió de inmediato, retenido por un imán, adivinando la agazapada figura que lo espiaba. Trinidad contuvo el aliento, se llevó ambas manos al pecho ahogando esos latidos que podían denunciarla. El pasadizo se llenaba ahora de ecos comprometedores, crujidos de maderas, inoportunas ráfagas de viento; en un gallinero de la vecin-

dad cantaban los gallos. Rodrigo aguardó, con la cabeza un poco ladeada, aguzando el oído, y para ella fue inevitable evocar a "Talismán", el potro *pur-sang* en que cabalgaba durante las vacaciones en el campo: frenando la marcha al atravesar el bosque de eucaliptos en mitad de la noche, alargando las orejas en la penumbra, olfateando un obstáculo que tapiaba el sendero. Allí, expectante, Rodrigo asumía la actitud de "Talismán", y percibía una vibración ajena, una presencia en acecho. Un rato se mantuvieron así, frente a frente, paralizados, unidos por la misma tensión. Bastaba un movimiento ínfimo para cruzar ese puente de sombras y desasosegado silencio. Trinidad lo sabía; un breve ademán cediendo al impulso que la rebasaba, y cesaría el desgarramiento, volarían los días prisioneros de la furia y el despecho. Dependía de su voluntad exclusivamente el recuperar el sitio de su cuerpo amoldado al cuerpo del hombre, el sitio de su piel apegada a esa piel, aunque los juramentos de amor fuesen mentira, y él se burlara y la redujera a una dimensión miserable. Tal vez Isabelita poseía la verdad que ella ignoraba, y los principios, y la virtud, y la respetabilidad, no eran más que anquilosamiento, terquedad, cobardía; tal vez lo auténtico, lo real, era la obediencia a los instintos, el sometimiento a leyes naturales y simples; tal vez ella no era ni más ni menos valiosa que la Lucrecia, la Tila, Mirtha Bell, Zoraidita, doña Estefanía, u otras mujeres cualesquiera que existían anónimamente, cumpliendo la misión de amar a sus hombres, de entregarse, de enraizar sus des-

tinios a los destinos de ellos, acatando las circunstancias y el terreno en que el amor diera brotes. Probablemente era esto lo que su hija ansiaba expresar al decir que le gustaría tener una madre común y corriente. ¿Y quién era ella para negarse a serlo? Y si el hombre que le estaba reservado, de acuerdo a un orden natural y perfecto, era Rodrigo Díaz, ¿en nombre de qué se aventuraba a rechazarlo? ¿En nombre de una fortuna inexistente, del bienestar perdido, del irrecuperable prestigio social? Isabel era más razonable. Lo sensato era desprenderse de los recuerdos, renacer en el tiempo presente, aceptarse como la dueña de la pensión, conocer el rostro de la mujer mediocre y pobre que era, a la cual se le ofrecía una opción para vivir plenamente los pocos años que le quedaban antes de envejecer, antes de morir olvidada, sola. Quiso dar un paso hacia adelante, emitir una palabra, trazar un gesto, y no pudo. "Talismán", el potro de crines relucientes, pescuezo esbelto y patas ágiles, arqueaba la cabeza, como un dibujo sobrepuesto a la silueta de Rodrigo, y porfiadamente la retrotraía al pasado lanzándola por los caminos de la hacienda. A su espalda galopaban otros jinetes; la algarabía de los primos y los hermanos, distorsionándose en susurros, rebotaba a los cuatro vientos. Una cabalgadura overa adelantaba a la suya, y la cabellera de Paz Isazmendi flotaba bajo el sol:

—¡Trini, te apuesto una carrera hasta el estero!...

Alargando al unísono las riendas, se mecen al ritmo de un galope suave. El estero pule dorados pedruscos que des-

tellan en el fondo de sus aguas a la sombra de los sauces. Se desmontan allí, y se tienden las dos encima de la hierba fresca, cara al cielo, oyendo esos suspiros que emanan de la tierra, aquel borbotar de una olla misteriosa. Repentinamente Paz se incorpora y se desprende de las ropas de amazona. A pesar de ser mayor que Trinidad, y de que ya es una mujer casada, tiene la vitalidad y el entusiasmo de una niña.

—Ven, vamos a bañarnos —convida.

—¿Aquí? ¿Y sin trajes de baño?

—No seas mojigata. Supongo que no tendrás pudores conmigo. Si no nos ve nadie... ¡Apúrate!

Luce su desnudez, airosa, consciente de su belleza, equilibrándose a orillas del estero. Prueba la frialdad del agua con la punta de un pie, y luego se sumerge de a poco, quejándose con deleite. Trinidad la espía asustada y envidiosa. Secretamente anhela compartir el baño de su prima, parecersele, disponer de esa libertad para actuar de manera despreocupada y espontánea; sin embargo, le es imposible vencer el miedo a que pueda venir un trabajador de la hacienda o uno de los invitados del tío Exequiel. En el internado, las monjas la hacían bañarse envuelta en un camisón amplio y largo, y jabonarse sin arremangar demasiado aquella túnica que, empapada y fría, agarrotaba sus movimientos, y por más que se rebelara en contra de esas costumbres absurdas y antihigiénicas, ha conservado el sentimiento de lo prohibido ante toda forma humana que enseñe cualquiera de las partes que habitual-

mente se cubren; incluso los pies descalzos la inquietan, experimenta turbación al enfrentarse con ciertas estatuas, y recela de su propio cuerpo desnudo.

—¡Anímate, Trini! —apremia Paz, sentándose en uno de los peñascos de la ribera opuesta.

—¡Dios mío!... ¡Paz, escóndete..., viene alguien! —Las ramas de los árboles se apartan a escasos metros de ellas, y una sombra surge avanzando con sigilo. Bajo el ala de un ancho sombrero hay unos ojos y una boca que sonríen.

Y Paz no se altera, atrapada en el deslumbramiento de la mañana, reflejándose en la corriente mansa del estero. Montando a "Talismán", Trinidad emprende la fuga, aflojando las bridas, saltando tranqueras, despeinándose al pasar junto a los espinos que la rasguñan, llevando flores amarillas adheridas al cabello.

El señor Díaz se acarició las sienes ahuyentando un pensamiento; relajó la tirantez de sus músculos, y se encaminó hacia el cuarto de baño.

—Rodrigo... —balbuceó ella. Pero los grifos del lavatorio se abrían, y el chorro de agua, escurriéndose, sofocó su voz.

Los gallos volvieron a cantar. Se oían los ronquidos de don Evaristo Rioseco; era tarde, muy tarde. El *water-closet* se vació con un ruido de catarata. Esa noche Trinidad no le pondría llave a la puerta de su habitación. "¿Con qué objeto?", reflexionó.

CAPITULO CUARTO

LA AVENIDA Pedro de Valdivia se alargaba solitaria bajo los árboles. Trinidad había dudado mucho acerca de qué sería más atinado: si telefonear a Paz Isazmendi y concertar una reunión para el día que ésta fijara, o ir directamente a visitarla, y ninguna de las dos fórmulas la convenía. Al cabo de tantos años de relaciones interrumpidas con sus primas, lapso en que sólo las viera al fallecer el tío Exequiel, en la misa de funerales, y algunas veces en la calle, sin cruzar más que un saludo convencional, suponía que el llamado telefónico solicitando una entrevista le daría a la cita un carácter frío y grave, casi de tipo comercial. Pero al presentarse sin previo aviso corría el riesgo de ser inoportuna, lo que dificultaría aún más la posibilidad de reanudar la amistad. "Resultará grotesco, de mal gusto, que aparezca de buenas a primera y le diga: "Oye, Paz, necesito sacar a mi hija del ambiente espantoso en que está metida, y quiero que la recibas en tu casa, que la convides a las fiestas de tus niñas y que conozca gente decente" —reflexionaba—. Me expongo a que Paz se ponga irónica y..., ¡no, eso no lo soportaría!" Por fin resolvió ir a merodear en las

cercanías del sitio en que habitaba su prima, abrigando la esperanza de un encuentro casual:

—¡Trini, qué sorpresa! —Así hablaría Paz. Y ella, mundana y digna, aunque demostrando cierta efusión al abrazarla, contestaría:

—Ando en busca de un chalet que me han ofrecido en arriendo. No se puede vivir en el barrio bajo; el calor es horrible. Y como la mayoría de mis pensionistas son extranjeros, estoy obligada a tomar una residencia importante. Tú sabes..., los norteamericanos exigen departamentos con baños privados y jardines grandes... Adoran la vegetación.

—Te va espléndidamente con tu "hotelito", por lo que veo... —Paz comenzaría a interesarse en los progresos de la parienta pobre.

—Estupendo, gracias a Dios; por eso no he querido dedicarme a otra cosa. Estuve a punto de instalarme con una *boutique*, que es el negocio de moda, y no me decidí.

—Mejor. Una residencial elegante tiene que dar más que una *boutique*, y me imagino que esos *yankees* te pagarán en dólares.

—Sí... Miss Bell, por ejemplo, que trabaja en el Punto Cuarto, lo hace. En cambio don Evaristo de Rioseco, un diplomático español... —Dejaría aquella frase en el aire, y retomaría el tema inicial—: Como ves, me urge arrendar el chalet de que te hablaba. —En ese instante sacaría a colación a Isabel—: Además, por la niña me

conviene mudarme. No te diré que la casa en que vivimos actualmente no esté bien, pero Isabelita ha llegado a la edad en que tiene que recibir amigas y amigos, y no querría que se acomplejara porque en los hogares de las otras niñas hay más comodidades.

—¡Debe ser una monada la Isabelita! —exclamación sincera de Paz—. De chiquita era un amor.

—Un tesoro. Sin embargo, me preocupa; es demasiado retraída; y me aterra que haya heredado el carácter de Patricio. ¡Ay, Paz, tal vez tú podrías ayudarme! Si se hiciera amiga de la Loretito y alternara con un grupo de chiquillas más sociables, creo que cambiaría.

—Por supuesto. Mi problema con mis hijas es precisamente el contrario del tuyo. La Margarita María y la Loreto están tan frívolas..., ¡son una plaga!

La risa un poco ronca de Paz remacharía la restablecida confianza, y Trinidad podría añadir:

—Te llamaré en la semana, y nos pondremos de acuerdo para reunir a las niñas. Por Jorge ni te pregunto; lo divisé el otro día, y lo hallé regio. —Se despedirían con besos en las mejillas, igual que en los viejos tiempos, y esa noche Paz le relataría a Jorge su reconciliación con Trini y la agradable conversación que sostuvieran. Si todo ocurría así, con esa naturalidad, ya se las ingeniaría para arrastrar a la testaruda de Isabel a donde sus primas, y el asunto marcharía sobre riele. Más adelante le confesaría a Paz su verdadera situación, y ella la comprendería, contenta de reintegrar a su medio a quien

llevaba su sangre y que, como el hijo pródigo, retornaba al núcleo familiar.

“¡Oh, no es más que un sueño imbécil!”, recapacitó. Existían poquísimas probabilidades de que se produjera un encuentro fortuito con Paz, y si esto sucedía se harían una venia al pasar y proseguiría cada una su camino. En realidad desconfiaba de los resultados de su empeño en rescatar a Isabelita del mundo que le era conocido. “Quizás lo único que intento es sufrir una última decepción, y probarme que los lazos con mis parientes están definitivamente rotos —pensó—. ¿O invento estos proyectos disparatados por puro escapismo? ¿Pretendo salvar a mi hija, o soy yo la que me defiendo y trato de sentir la proximidad de los antiguos afectos, de refugiarme contemplando los lugares inaccesibles?”

Una sensación de frescura, de rejuvenecimiento, aplacó su inseguridad a medida que avanzó por la avenida, a la sombra de los plátanos orientales. Más arriba de las copas de éstos se desplegaba un cielo limpio, incontaminado, sin humaredas ni hollín, cortado a trechos por nubes color malva, traslúcido por el sol en el poniente. Altas rejas de hierro forjado, cercos de macrocarpas, enredaderas tupidas, separaban de la acera los parques silenciosos; adentro, serpenteando en medio del follaje, varios surtidores regaban las extensiones de césped, produciendo un murmullo ululante. De pronto, un pájaro descendía hasta la superficie de una fuente, agujereando la inmovilidad del agua, rebotando con la violencia de un

guijarro. Perfumes de retamos y aromas nacientes, olores que traían la visión del amarillo deslizándola a través del olfato hacia los ojos, aromas volátiles, ondeaban en la tarde. Una que otra hoja seca se despedía de las ramas, anunciando un otoño prematuro o protestando contra un impasible verano. Promediaba marzo y aún los días eran largos, soleados, tibios, y Trinidad oscilaba entre la indecisión y la pereza, entre la angustia y el estatismo. Meditó: "Todavía no le he pedido a Rodrigo que desocupe la pieza. ¿Es que no me atreveré nunca a echarlo de la casa?" Al cabo de un mes y medio todo continuaba sin variantes. El ciego ocupaba el puesto acostumbrado en la mesa, intercambiaba frases triviales con los otros huéspedes, saludos generales de los que ella se sentía excluida, y esquivaba las tertulias en el salón; la guitarra resonaba imponiendo la presencia del hombre en las estancias vacías de su voz y de sus pasos. Y Trinidad lo perseguía huyéndole. Era ya un hábito ineludible para ella ir a encerrarse en su habitación, terminando de almorzar, y tenderse a oír los eternos retornelos de las cuerdas conjugando aquellos temas de construcción simple, y evocar lo experimentado con él, o imaginar, confiriéndole la calidad de un recuerdo, lo que quedara inconcluso, irrealizado. Y por las noches constituía una especie de rito el hecho de permanecer a oscuras, una vez acostada, pendiente de escucharlo desplazarse del dormitorio al cuarto de baño, y sorprender esos ruidos del retrete, que nadie, salvo ella y él, escuchaba; esos

ruidos escatológicos que la llenaban de ansiedad, permitiéndole entrever una intimidad que, a pesar de avergonzarla, le servía de estímulo para animar imágenes sexuales y percepciones turbadoras. Pero le faltaba el coraje, o “la impudicia”, pensaba, para atravesar el pasadizo y satisfacer el deseo que crecía y volvía a desviarse alimentando nuevos ensueños eróticos. Al amanecer succumbía doblegada por el agotamiento, con los nervios quebrados, llorando de fatiga y humillación. No obstante, tampoco tenía valor para desahuciar a Rodrigo, porque con la luz del día lo sexual era tácitamente relegado a la zona infranqueable en que yacían acumuladas, desde la infancia, las prohibiciones del orden más diverso: palabras obscenas, ademanes groseros, partes del cuerpo que no se deben tocar porque es pecado, ideas que hay que combatir pues el demonio las utiliza para tentar a los débiles. Y con la confiscación del sexo florecían acallados sentimientos de piedad y ternura, brotes de sensible-ría: “Pobrecito, jamás recuperará la vista”. La ira se le desintegraba a fuerza de estar permanentemente amor-
dazada, y por más que quisiera reactivarla en ciertas ocasiones, para decretar la expulsión de Rodrigo, en reem-
plazo de la cólera descubría una apagada tristeza, una nostalgia carente de estridencias. El día en que, por in-
termedio de la Brígida, él le mandó el dinero del arriendo, Trinidad estrujó el sobre con los billetes, sin animarse a rasgarlo, como si éste hubiese contenido el mensaje tanto tiempo aguardado en vez de la suma que le adeudaba

por el alquiler; aquel día no tuvo más remedio que confesarse que estaba enamorada.

Ahora presentía que ese paseo y el pretexto de ver a Paz Isazmendi no obedecían sino al anhelo de reencontrar a la Trinidad intacta del pasado y enfrentarla con la Trinidad vencida del presente; oponer la fresca avenida, con sus aromas y sus mansiones, al paisaje impuro de la calle Bascuñán, aplastado por techumbres grises y casuchas malolientes, y derrotar así a Rodrigo. Caminó sin prisa. En el fondo de un jardín brillaba la primera luz artificial; el ventanal iluminado se destacaba al final del sendero trazado con piedras multiformes, junto a la pileta recubierta de azulejos, mostrando la habitación que era sala de música y biblioteca. Divisó las paredes con estanterías repletas de libros; los cuadros con sus gruesas molduras de oro viejo, "óleos de Lira o Valenzuela Puelma, en todo caso cuadros auténticos..., nada de reproducciones ni copias bastardas", anotó; el piano de media cola, soplando en sus oídos fragmentos de Schumann y Scarlatti, devolviéndole el recuerdo de sus manos jóvenes y ágiles recorriendo un teclado; encima de una mesa de arrimo, el vaso de opalina transparente, verdeazul, más allá el *bouille* de ébano y bronce; sí, ella sabía que era de ébano con incrustaciones de bronce, y la lámpara en el rincón preciso dando la luminosidad precisa, y la chimenea en torno a la cual se celebrarían largas reuniones invernales. ¿Podía ver esos objetos desde la distancia en que se hallaba? Quizás no, pero estaban

allí, e ignorando quiénes eran los dueños de esa casa, era igual que si los conociera. Conocía sus aficiones, sus costumbres, sus pensamientos fundamentales; podría empujar cualquiera puerta cerrada adivinando lo que había al otro lado; sentarse en los sillones y sentirse perfectamente cómoda; coger uno de los volúmenes alineados en los estantes, y, aunque el contenido le pareciera hermético, acariciar confiadamente las tapas empastadas en piel y telas oscuras, las albas páginas, como en los años en que penetraba a escondidas en el escritorio de su padre, escapando de la siesta a que estaban condenados los niños, y se unía al reposo de esos muebles amplios, mullidos, al misterio de los anaqueles que olían a maderas barnizadas, a papel y a tinta de imprenta. Apresuró algo el paso, temerosa de quedar atada a esa atmósfera, prendida a una red sutil, ligera, envuelta en la telaraña que ella misma iba tejiendo.

Repentinamente se detuvo; se encontraba en la esquina donde habitaba Paz. Vio un automóvil estacionado ante el garaje; tras la reja, húmedos prados, rosales plantados en forma simétrica; tras los muros, ninguna voz; cortinajes gruesos preservando el secreto de los balcones. Un hálito de agresividad fluyó en la quietud de aquel jardín impidiéndole acercarse, golpeándola en el pecho. Se aproximó, recelando, con el corazón asustado, y retrocedió sin poder atajar un grito. Dos perros policiales enormes saltaron, encaramándose en la verja, asomando las negras

cabezas y los hocicos abiertos y los colmillos relucientes; sus ladridos atronaban, frenéticos, brutales.

—¡“Esculapio”! ¡“Sócrates”!... ¡Tranquilos! —La silueta de una mucama emergió—: ¡“Esculapio”! ¡“Sócrates”! —Los perros se apaciguaron—. ¿Busca a alguien? —interrogó la mujer.

Trinidad permanecía alelada.

—A usted le pregunto.

—¿A mí? No..., no...

—Como está ahí parada... —La mucama la examinó de arriba abajo, y se alejó escoltada por los perros.

Deseos irreprimibles de llorar la sacudieron. “Tan propio de Paz ponerles esos nombres a los animales”, se dijo, esforzándose en reír, mientras torcía por una calle transversal.

Los faroles empezaban a encenderse, y el día se encogió asido a los flancos de la cordillera. A espaldas de Trinidad se cerraba la Avenida Pedro de Valdivia; la casa de Paz Isazmendi se levantaba inexpugnable, con fosos de sombras y ladridos resguardando el acceso. No quiso volver la cabeza y echó a andar hacia los climas ásperos. Llevando a cuestas su condición de extranjera, rechazada para siempre del clan familiar, se dirigió hacia su mundo de cielos cubiertos por el *smog*, hacia el desierto gris del asfalto caldeado, hacia el sol que agujereaba latas y la luna disecada por brumas densas, hacia las estrellas opacas y el hedor pestilente del gasógeno.

Los huéspedes habían terminado de cenar en el momento en que ella entró en el comedor:

—No tengo apetito. —Apartó el plato con la sopa de fideos que le ofrecía la Tila.

—¿Fue al cine? —indagó doña Estefanía.

—No..., salí a tomar un poco de aire. —Observó el asiento desocupado en el extremo de la mesa.

—El señor Díaz hizo que le llevaran la comida a su pieza —contó la señora Berta, y con una inflexión cargada de solapadas intenciones agregó—: Está con una visita... Parece que la Brígida les prestó la mesita del salón para que estuvieran más confortables.

—¿Y eso por qué? Lo normal es que si se trae a un invitado se le haga venir al comedor.

La Tila se apresuró a descartar su responsabilidad:

—Yo no sé nada, señora. La señora Brígida me mandó que les pusiera la mesita chica en el dormitorio, y que les sirviera allá.

—¿Y con qué derecho se toma esas atribuciones la Brígida?

—Pregúntele usted. Yo aquí estoy pa' obedecer lo que a mí me manden no más.

—¡Saben que es gracioso! Así es que ahora la dueña de casa es la Brígida.

—¿Qué más da que el señor Díaz coma en su pieza? —murmuró Isabelita, levantándose.

—Si estuviera enfermo sería lo más lógico —estableció

Trinidad—, pero por un simple capricho..., no, no es admisible.

Isabel no respondió.

—Me voy a acostar —dijo—. Tila, recuérdale a la Brígida que voy a clases por la mañana; siempre se olvida de despertarme a las siete y media.

Zoraida la siguió:

—Te acompañaré hasta que te duermas.

—Ojalá sea temprano —espetó Trinidad—; anoche hablaron igual que un par de cotorras.

Isabelita y Zoraida salieron, y la Tila aprovechó aquel intervalo para escabullirse. La señora Berta carraspeó, afirmando luego:

—Yo le hallo mucha razón, señora Trini, en que no consienta que se reciban amistades en los dormitorios. Usted que es viuda necesita cuidarse más que..., bueno, que la que cuenta con un esposo a su lado. Las mujeres solas estamos expuestas a que nos atropellen a cada momento, y a que esas damiselas comenten que vienen aquí a hacer lo que se les da la real gana...

—Con permiso... —La estudiante de la escuela técnica se esfumó en la punta de los pies; nunca producía ruido, su voz se reducía al corto balbuceo de dos o tres palabras emitidas al inhalar, y el resto de esas frases tragadas se perdían en un soplo que iba a dar recto a sus pulmones, sin rozar el oído del interlocutor.

El peluquero sostuvo una lucha breve, aguijoneado por la curiosidad y la timidez; deseaba enterarse de lo

que iban a discutir a propósito del ciego. Sin embargo, reconocía su condición de advenedizo en medio del pequeño círculo formado por la dueña de la pensión y los inquilinos más antiguos.

—Yo también me retiro —masculló, y paseó una mirada por el rostro de sus vecinos, suplicándoles que lo retuvieran para consultarle su opinión.

—Sí, sí... , váyase a dormir —le recomendó doña Estefanía, interpretando a su antojo la expresión del joven.

Trinidad fue a entornar la puerta, y cerciorándose de que nadie rondaba en torno al comedor, encaró, por turno, a don Evaristo, a la señora Berta y a doña Estefanía:

—Perdonen..., no entiendo exactamente qué quiso decirme la señora Berta.

—Que ésta es una casa de respeto, pues —replicó la aludida—, y que no es correcto que un hombre se encierre con mujeres en el dormitorio.

—¿Mujeres? —Una oleada de sangre tiñó las mejillas de Trinidad.

—Claro. La amiguita del señor Díaz.

—No creo que ese mozo esté haciendo algo malo —dijo don Evaristo—. Es una persona seria, atormentada por su defecto físico, incapaz de cometer incorrecciones. Pero concuerdo en que por la respetabilidad de este hogar, que es el de todos los presentes, hay que evitar ciertas libertades...

—O libertinajes —recalcó la señora Berta—. Ustedes los hombres son maravillosos para disculparse unos a

otros; solidaridad de sexo, como decía Manríquez, mi difunto esposo. Lo que es yo, no veo la relación entre la ceguera del señor Díaz y las bajas pasiones que puedan dominarlo. El hombre es cochino por naturaleza, sin excepción. Hasta Manríquez, que fue un ángel a quien el Señor tendrá en la gloria, lo era, y me engañaba tanto, que cuando me comunicaba que había acuartelamiento, yo olía que en los tales acuartelamientos existían faldas de por medio. Sí, don Evaristo, no ponga cara de santo mocarro, ni se ofenda, que usted ya es viejo y va cuesta abajo... ¡Con veinte años menos querría verlo! ¿Verdad, Estefanía?

La madre de Zoraida agachó la cabeza en señal de asentimiento. Pese a los constantes altercados que las distanciaban, ambas mujeres constituían un frente común irreductible apenas se trataba de atacar a un tercero:

—Verdad aquí y en la quebrada del ají, Bertita. Si no hay que ser bruja para saber que una pareja que ha pasado de cinco de la tarde a diez de la noche en un dormitorio, no ha estado rezando, ¿no?

—Por espacio de dos horas o más les oímos tocar la guitarra —argumentó don Evaristo.

—La musiquita era para ablandar a la niña. Las mujeres son muy estúpidas y se emborrachan con música más que con alcohol —decretó doña Estefanía. Sus labios pintados de color fucsia se abrieron descubriendo algunas tapaduras de oro, y soltando una risotada raspante, que agitó sus enormes senos en temblores sucesivos, ano-

tó maliciosa—: Harto diablo nos ha resultado el cieguito.

Aquel comentario fue un alfilerazo excesivamente agudo para que Trinidad lo resistiera. “El cieguito . . . , el cieguito”, rumió para sí, sintiendo que un sabor repugnante se desprendía de ese término y subía a su boca, poniéndole amarga la lengua.

—El señor Díaz se irá esta noche —notificó, incorporándose.

—Es una medida demasiado severa, señora Trinidad —expresó don Evaristo—. Yo deploro que . . .

—Sí, es exagerado que lo eche. Bastará con que le llame la atención —advirtió la señora Berta, que de repente medía las consecuencias de su indiscreción—. Nosotras podemos equivocarnos; puede que esté en su pieza tocando la guitarra y conversando. No debemos juzgar por las apariencias . . . , ¿verdad, Estefanía?

—Evidentemente. No nos consta lo que ha ocurrido entre esas cuatro paredes. A lo mejor es la cosa más inocente del mundo —se retractó la otra—. Déle un tirón de orejas al ciego, y asunto concluido, señora Trini.

—Yo sabré lo que hago. Hablaré con él en cuanto se vaya esa individua, ya que no voy a exponerme a un entredicho con una mujerzuela.

—¡Por supuesto! —exclamó la señora Berta—. Y si quiere que yo la acompañe, estará encantada . . .

—No, gracias. Buenas noches. —Trinidad se dirigió a la sala.

—¿Ven lo que sucede por hablar a tontas y a locas?

—refunfuñó don Evaristo, mientras apagaba las luces del comedor.

—Nosotras no podíamos callarnos. —La señora Berta y doña Estefanía lo siguieron por el pasillo—. Si se sienta el precedente de que no nos inmutamos porque se reciben tipas en las piezas, un día de éstos tendremos al peluquero instalado aquí con cualquier china.

—Y a una que es madre de una niña soltera no le va a convenir nadita que digan por ahí que ésta es casa de tolerancia —alegó doña Estefanía, aprovechándose de la obscuridad para desabotonarse el vestido y soltar los nudos del corsé que la asfixiaba.

Se despidieron, y cada cual entró en su habitación; don Evaristo a releer el tercer acto de *La Malquerida*, y conciliar así el sueño, imaginando la dramática agonía de Raimunda y los rasgos sensuales de Acacia; doña Estefanía a liberar sus carnes oprimidas, regocijándose dentro del holgado camisón; la señora Berta a apostarse en la banqueta de mimbre, para vigilar, a través de los visillos, a la amiguita del señor Díaz, quien al marcharse debería desfilar ante su ventana.

En la sala, Trinidad también esperó a que la intrusa partiera. Y se aferró a los balaústres del balcón, con el cuerpo rígido y los ojos horadando la calle. Quería, y no quería, ver a esa mujer; esa mujer que horas atrás podría haberse sentado junto a ella en el autobús, compartir las piedras de la calzada y un mismo horizonte, sin inquietarla; esa mujer que bruscamente trocaba aquel rostro

anónimo y huidizo en una máscara detestable, metamorfoseándose en la enemiga, alguien con el poder de dañarla, de causarle la más violenta conmoción. “Era por eso que él prescindía de mí y ni siquiera me hablaba —se dijo—. Quizás empezó sus amores con ella en los días en que yo me fingía enferma, quizás a la mañana siguiente de... ¡Oh, no! Tal vez..., tal vez eran ya amantes, habían reído, y él, sintiéndose libre, quiso divertirse conmigo, a sabiendas de que no le costaría zafarse de mí cuando se reconciliaran. Y ahora le habrá rogado a la individua que le perdone esa aventurilla, y, como prueba de su desinterés por mí, la ha traído a mi casa..., y le ha hecho el amor aquí, y se han reído los dos de la vieja ridícula que tendrá que quedarse muda porque le iría mal si arma un escándalo.” Golpeó con las manos empuñadas la baranda del balcón. Anhelaba producirse un dolor físico, una herida que al sangrar amainara el escozor de la impotencia. Dieron las once en el reloj vecino, y una puerta crujió:

—No, no se moleste. Conozco el camino... —La vocecilla delgada balbuceó otras palabras inaudibles, y Trinidad pensó que él estaría besándola, prodigándole una última caricia.

—Hasta mañana —cuchicheó el señor Díaz.

El taconeo de los zapatos femeninos, sandalias que no se sostenían adheridas al pie e impedían caminar en puntillas, fustigó el piso del corredor, delatando un modo de andar ligero, nervioso. Chirriaron los goznes de la mampa-

ra, y la mujer traspuso el umbral que la separaba de la vereda. Involuntariamente Trinidad se llevó una mano a los ojos, pero reaccionó dejando caer el brazo con pesadez. Tenía que ver a la rival, aunque sus facciones la persiguieran torturándola por toda la eternidad, aunque se desmayara de indignación y amargura, aunque el corazón le reventara como una granada ardiendo, aunque enloqueciera.

Y la vio: muy joven, dieciocho o veinte años, morena y espigada, con su vestido floreado y la cara sonriente; una claridad momentánea destellando sobre la suciedad de la acera. Se desplazó entonces hacia el centro de la sala, estrellándose con los muebles, derrotada antes de iniciar la batalla. No existían armas para menoscabar la fuerza indemne de aquella enemiga, el vigor de su juventud aún no maltratada; no existía ni una resquebrajadura por donde filtrar las palabras venenosas que pudieran emporcarla. Trinidad Isazmendi comparó sus ademanes cansados con la agilidad infantil de la muchacha, y el odio giró volcándosele contra sí. Palpó con asco la flaccidez de sus pechos que ineficazmente pretendía disimular mediante el corpiño, el grosor de las caderas que confería un torpe balanceo a sus pasos. "En unos años más seré una anciana obesa como doña Estefanía." Gustaba el placer de zaherirse, asemejándose a un escorpión que se inyecta su propia ponzoña. "¿Qué habría hecho Paz al verme con esta facha? Ella que va a cumplir los cincuenta y que todavía debe de jugar golf, y hacerse tratamien-

tos de belleza y estar sin una arruga, y no usar *soutien*, y aparentar que es la hermana de sus hijas... ¡Bueno, se acabó! Rodrigo se irá. Le arrendaré la pieza a ese amigo de don Evaristo, al que vino de Rancagua y me preguntó si había cuartos libres; parecía ser una persona decente el amigo de don Evaristo. Y ya no oiré más la guitarra, ni... me desvelaré. ¡Qué maravilla dormir ocho horas! Y no me importa engordar..., no, no me importa."

Llegó hasta la habitación del señor Díaz, a tropezones, idéntica a una nave mal estibada, sin norte, que da tumbos rasgando su velamen.

—¿Puedo pasar?

—¡Adelante! —Rodrigo colocó los calcetines en el respaldo del lecho; no tuvo tiempo para buscar las pantuflas.

—Disculpe que lo importune a esta hora... —Se sujetó a los modales irreprochables del pasado, al acento glacial con que doña María Isabel Chazarreta reprendía a los sirvientes.

—¡Al contrario! Es un agrado tenerla por aquí. —Una velada ironía podía deducirse del tono de Rodrigo—. Voy a dar la luz para que se siente. —Pulsó el conmutador de la lámpara que carecía de pantalla.

—Se va a resfriar —masculló Trinidad, escrutando los pies desnudos del hombre y el pijama a rayas, pensando: "Es el colmo que tome estos aires y que represente el papel del anfitrión que hace los honores de la casa".

—No, este dormitorio es muy caluroso... —El buscó

un paquete de cigarrillos en la mesita de noche y, recostándose en la cama, echó bocanadas de humo por la nariz y la boca.

Sentada en la punta de la silla, Trinidad retorció un botón de su blusa, contó los segundos de una larga pausa.

—Quiero que desocupe esta pieza mañana —exclamó por fin.

El ciego se irguió a medias:

—¿Por qué motivo?

—Sencillamente porque es una inmoralidad que haya traído a... a su amante. —Comprendía que estaba planteando el asunto sin la menor inteligencia; sin embargo, no pudo refrenarse—. Yo no me inmiscuyo en la vida privada de mis pensionistas, y fuera de aquí ellos son dueños de hacer lo que se les antoje, pero no toleraré que se pisotee el decoro entre estas paredes, bajo el techo en que vive mi hija... —Con pavor entrevió cómo iba exaltándose, y agradeció a Dios que Rodrigo no pudiese notar la humedad de sus ojos, ni ese indiscreto temblor que le remecía la barbilla.

—No tendré inconveniente en desocupar la pieza cuando haya arrendado otra a la cual mudarme.

—¡Quiero que sea mañana!

—No. Para mí es muy complicado dar con una pensión que me convenga. Usted lo sabe. Tengo que contar con la colaboración de una persona que me lea los avisos de los diarios y que vaya conmigo a recorrer los cuartos que

se alquilan. No sé si podré pedirle este servicio a don Evaristo... —Tanteó el borde del cenicero de cobre adornado con un escudo chileno, y aplastó el cigarrillo, restregándolo en el cóndor y el huemul que imitaban un esmalte.

Innumerables veces Trinidad había limpiado ese cenicero, en la etapa en que penetraba en el dormitorio del señor Díaz, confiadamente, ayudando a las criadas en los quehaceres domésticos, colgando las prendas de vestir en el armario; cuando los escasos utensilios personales que él poseía, el cepillo de dientes, la máquina de afeitar, la jabonera, yacían desprovistos de los mágicos atributos que hoy les conferían el carácter de intocables para sus manos. Visualizó las letras azules dibujando el lema "Por la Razón o la Fuerza".

—Dígale a su amiga que lo acompañe a buscar una pensión. Puede que ella sepa de alguna en que las costumbres no sean tan estrictas —desafió.

Rodrigo acomodó su cuerpo desgarrado, ahuecó la almohada, estiró las piernas:

—Sí, la señorita Ester es muy bondadosa, y si yo se lo pido, me hará ese favor. Trinidad..., ¿alcanzó a ver a la señorita Ester, hace un rato? No, no me diga que no la miró por el balcón, porque sé que lo hizo. —Se sentó, alisándose el negro cabello mal recortado, conduciendo las tonalidades de su voz a un *pianísimo* sostenido, con la habilidad del músico que domina plenamente el instrumento en que ejecuta—: Los ciegos vemos cosas que pasarían inadvertidas para los hombres normales. Yo, por

ejemplo, la vi a usted aguaitando a que la señorita Ester saliera a la calle. ¿Y...? ¿Le pareció bonita? Sí, es muy bonita. Lo reconoce toda la gente. ¡Una linda chica! Muy buena, además, y con un gran talento para la guitarra... ¡No llores! La señorita Ester es poco mayor que tu hija..., tú podrías ser su madre, y, con todo, no es tonta, cobarde ni mal pensada como tú.

Trinidad quiso articular algo, y resopló, atragantándose. No era dueña de sí, se vaciaba por una grieta localizada en aquellas zonas misteriosas que llamaba "la mente" o "el alma", asistía a la total trastrocación de los conocimientos y las experiencias íntimamente concatenadas, se desintegraba sin más vinculación con la conciencia que una tristeza profunda.

—¡No llores! ¿En qué cabeza, sino en la tuya, Trinidad, cabe la idea de que esa chica sea mi amante? Hace dos meses no hallabas inmoral que mis alumnas de guitarra vinieran a mi dormitorio, y si las viejas chismosas, que supongo que te han mareado con sus habladurías, te hubieran ido con cuentos, las habrías mandado al diablo, sin escandalizarte. ¿Por qué no actuaste así esta noche? Porque te reventabas de celos, porque te enfermaba pensar que otra mujer te reemplazaba en esta cama. No, Trinidad, la señorita Ester no es mi amante, pero tú te merecías que en vez de estar con ella yo hubiese estado con una mujer con la que me acostara...; ¿lo merecías o no? ¡Sí, caramba que sí! La gente que llega a tu edad con tanta cobardía debe sufrir un castigo. Es una lástima para

mí que la señorita Ester sea tan linda y tan seria, porque me haría muy feliz dormir con ella. Tú no querías eso..., ¿no? No, tú querías que yo te adorara platónicamente; que me masturbara al acordarme que me acosté contigo una vez, y me sintiera perverso por haberlo hecho; que me castrara para garantizarte fidelidad, y admirara tu arrepentimiento; que fuera el gato o el perro faldero de una viciosa... ¡Bah! —esbozó una mueca despectiva, sacó otro cigarrillo del paquete, y mantuvo el fósforo en alto hasta que el cigarrillo encontró la llama. Una corriente de aire se coló en el patio, saltando la tapia de ladrillos, y columpió los calzones y las camisas que pendían de la cuerda tendida entre los muros de adobe. El ámbito que circundaba la ventana se pobló inusitadamente de perfíles movedizos; uñas deshilachadas arañaron los vidrios; un aliento jadeante tronchaba los mustios helechos clavados en los maceteros, deshojaba geranios moribundos.

Un pensamiento subió chapoteando en el caos que abatía a Trinidad: la muchacha, Ester, o como quiera que se llamase, no era la amante de Rodrigo. Se enderezó cautelosamente, igual que si hiciera girar la piedra de una fosa donde estaba sepultada, reencontrando la luz del exterior: los dedos de él no podían evocar las facciones de Ester, ni su piel se hallaba empapada en la piel de ella; no los ataba el secreto del placer compartido, ni la complicidad irrevocable de las respiraciones anhelosas encadenadas a un mismo diapasón, ni los quejidos, ni los balbuceos entrecortados; no se conocían porque sus lenguas eran extra-

ñas la una a la otra. Se secó las lágrimas, y observó tímidamente al ciego, que fumaba impertérrito.

—¿Deseas siempre que me vaya? —preguntó él.

—No.

—¿Qué, entonces?

—Lo que tú quieras.

—Desvístete.

—Voy a cerrar la ventana. Hay viento.

Juntó las cortinas amarillentas, y comenzó a desnudarse delante del espejo. En un primer plano vio su expresión de agotamiento, en un segundo plano el catre cromado, Rodrigo vuelto hacia la pared, las volutas de humo formando espirales, la botella de agua encima de una carpetita bordada por la señora Berta. Dobló cuidadosamente la ropa, dándose tiempo, paladeando su propia lucidez. Mañana no tendría excusas para endulzar los remordimientos; nada la embrujaba. La rasmillada luna del ropero la retrataba con una precisión insobornable, y el hombre, despojado del pijama, no era el agresor sino el que accede a participar en un juego con la condición de que no lo defrauden. Trinidad tuvo la intuición de que así debía hacerse el amor en los prostíbulos; así, en un cuarto rectangular, frente a un espejo que va perdiendo el azogue, descascarándose, y que, no obstante, refuerza los contornos de un realismo despiadado, coartando toda desviación hacia los ensueños o las poetizaciones; así, con un individuo que depone el ímpetu conquistador, e indolente se presta a las manipulaciones de alguien obligada a compla-

cerlo. En algún estrato de su memoria subsistían otros hombres en esa actitud pasiva, condescendiente; sus rasgos afloraron hinchados, borrosos, como los semblantes de los ahogados que el mar vomita en los litorales: su padre, repantigado en la butaca giratoria de una barbería, arropado con un paño que le tapa el pecho, con las mejillas untadas de jaboncillo espumoso, entregado a las manos sabias del barbero que se apronta a cumplir su tarea blandiendo la navaja; su hermano Alfonso, presentando el musculoso torso cubierto con polvos de talco a los dedos del masajista que lo pondrá en forma para una competencia atlética. Imitándoles, Rodrigo ofrece aquel cuerpo delgado, de una blancura enfermiza, para que ella realice un trabajo eficiente.

—¿Por qué te demoras tanto? —El se quitó los lentes oscuros. Sus ojos muy abiertos trasvolaron las paredes, y su expresión fue patética.

—Voy... —Trinidad se inclinó, urgida por el ansia de absorber aquel desamparo. Ya no la atemorizaba su escasa destreza para amar; tenía la certidumbre de que ninguna otra mujer se impregnaría como ella de lo medular de ese desvalimiento, ni aprehendería a Rodrigo en la dimensión exacta de su desdicha.

Despertó oyendo la lluvia que redoblaba insistente en las canaletas de desagüe, y se sobresaltó al acordarse de la ropa colgada a la intemperie. “¿Quién iba a imaginarse que llovería?” De pronto percibió el calor de las piernas enlazadas a las suyas, la mano apoyada en su vientre. El

despertar no le traía congoja sino placidez. Rodrigo descansaba boca abajo, y el cuarto nadaba en una claridad líquida que no provenía de la ventana; una claridad que exudaban los muros, lechosa, sedante. Afuera renacían los pregones, el rodar de carretelas, el rudo vocerío, inaugurando la mañana.

Trinidad acarició la espalda de Rodrigo, y él sonrió semidormido:

—¿Todo bien? —inquirió—. ¿Nada de arrepentimientos?

—Nada de arrepentimientos. —Se vistió y se arregló el cabello—. La Brígida debe haberse levantado —dijo. Por uno de los agujeros de la cortina avistó los gruesos goterones cayendo, acumulándose en charcos sobre los desniveles del patio—. No sé por qué me parece que hace siglos que no llovía. ¡Me encanta ver llover!

Se sentía plena de energías. El ruido del agua en los techos de calamina rescataba aquellas sensaciones vivificantes adheridas a otros otoños ya remotos, le devolvía la savia de los años resecos; el amor era un animal domesticado que dejaba de aterrarla.

CAPITULO QUINTO

-CORPUS Domini Nostri Jesuchristi...

El monaguillo sostuvo la patena bajo la barbilla de Rosendo Soto, quien atisbó de soslayo a su compañero. Pero Lincoln Tremolleo agachaba la cabeza y parecía sumido en profundas cavilaciones. Escoltados por la señora Berta, la Tila, la Lucrecia y la Brígida, que también habían comulgado, regresaron a la banca de madera, a arrodillarse detrás de Zoraida y Trinidad.

El Lancha tenía plena conciencia de que si estaban allí, era por obra de las maquinaciones de la señora Berta, que para él era una vieja "pechoña", y eso contribuía a agraviar más su sentido de la hombría; porque, a su entender, las iglesias, los rezos y las tales comuniones eran cosas de mujeres, y dejarse dominar por una vieja era una indignidad. Sin embargo, reconocía que si a él no se le hubiera puesto entre ceja y ceja convencer al Grillo de que se casara con la Tila, no se hallaría en semejante situación.

"Lo que hay es que uno no se pensaba que lo iban a enredar con curas ni payasadas de éstas —meditó—. Y

que al Grillo le conviene casarse... , claro que le conviene. Ya hemos visto que en la fábrica toditas las regalías son pa' los casados, y cuando se tienen tres chiquillos es justo recibir la asignación familiar. La visitadora así lo explicó, y don Braulio Espurveda ya lo planteó en el sindicato. Lo único que ganamos privando a nuestros hijos y a nuestras mujeres de sus legítimos derechos es ahorrarles a los patrones, dijo don Braulio, y contribuir al abuso y a la explotación de las clases populares. ¡Gallo paletaado don Braulio Espurveda! ¿Qué sacaba el Grillo con estar haciendo el leso y vivir arrejuntado con la Tila? Más libre no vamos a decir que es, porque lo mismo le tiene que aguantar el geniecito que se gasta ella y la jodienda de los chiquillos, todito sin poder cobrar las cargas familiares, ni recurrir al Seguro si los cabros se le enferman, y perdiendo pan y pedazo. Por eso yo se las canté claras al Grillo, cuando le dije: "Mira, Grillo, vos no debís ser más un pelotas, vos tenís que casarte con la Tila. Harto acabada está ya la Tila, pa' hablar con franqueza, pero vos estás encadenado con ella y así vas a seguir hasta que te afiambres, que el hombre es animal que se aguacha. Búsate una cabrita pa' sacarte el gusto, que nadie se va a enterarse de que te habís casado, y que la fábrica te pague las asignaciones". Trabajo me costó que el Grillo, que es peor que mula, consintiera, pero consintió después que el propio don Braulio me dio la razón. Y ya está pues, con que se hubieran casado callados la boca y hubieran pasado a los chiquillos por la libreta, todo se arreglaba. ¡Lo malo

es que las mujeres son tan hociconas las desgraciadas! Y la Tila tuvo que ir a contárselo a la señora Brígida, y la señora Brígida, que no cuece peumos, se fue de hacha donde la vieja pechoña. ¡Mansa alharaca armó la vieja! Ahí llegó a la cocina y aleccionó a la tropa de tontas: que si se iban a casarse, tenían que hacerlo como Dios manda, por las dos leyes, y entonces la Tila le soltó que el Lincors no era nada bautizado, y la vieja se fue de poto. Que lo bautizaran... bueno, que a ningún hombre le va hacerle mal dejar de ser moro, me digo yo. Pero la vieja no se paró ahí no más, pues. Del bautismo se pasó a lo de la primera comunión, y ahí entré yo a tallar... ¡Mansa huevada! Lo más bien que yo estaba sin haber hecho la primera comunión, y casado por las dos leyes. Mas al Grillo no le quedaba ni resuello, que así son estos mapuches si entregan la oreja, y... ¡buen dar! Si lo supieran en la fábrica, nos tomarían por un par de colisas. Con tal que las dos jetonas no se vuelvan beatas y les dé porque sigamos comulgando toditos los domingos... ¡Ah, no, pues! Si le da por ésa a la Lucrecia, la pateadura no se la despinta ni Cristo..." Observó a su mujer que, imitando a la señora Berta, se incorporaba para recitar el evangelio final, y lo colmó una mezcla de rabia y ternura que ni él mismo comprendía. "Tonta lesa —pensó—. Esta noche te voy a arreglarte yo, pa' que no te queden más ganas de traerme a misa. ¡Miren la tonta pesada de sangre!... Parece mona con ese velo que le regaló la vieja, y se cree linda la mata'e peras. Ríete no más, que ya verís cómo te ba-

jo el moño; hace tiempito que no te casco como es debido y ya me están picando las manos ya... No digo que no sea harto buena esta negra lesa, pero no me gusta que sea tan creída, ni que se ponga la esencia de la señorita Zoraida. ¡Más pasosa la esencia! Ya se lo he advertió ya: si la vuelvo a pillar hedionda a jazmines, la muelo a palos. ¡Manilarga la niña! Lo divertido es que cada vez que le pego se pone re cargosa... ¡Puchas que es fea la Tila! Mala suerte del Grillo haberse amarrado con este cuco tan flaco...; si es ver un mismito esqueleto. ¡Aguaiten, si es puro hueso por toditos lados! Pero pa' el mapuche..., ¿qué más se quiere un mapuche? La señorita Zoraida sí que es lo que se llama hembra, aunque se eche esencia y sea rucia pintada. Sí, pues, el potito de la señorita Zoraida sí que es potito, y ella lo sabe porque hartito lo menea. ¡Chis, no me olvidaré nunca cuando la vimos en pelotita, los dos con el Grillo! Recontra caída del catre pa' empelotarse y ponerse a lavarse los sobacos con la ventana abierta. Y el Lincors puchas que se enrabioó cuando entró doña Estefanía, y le puso una toalla en el que te dije, y cerró la ventana. La Lucrecia dice que la señorita Zoraida es cartucha, y pa' mí que se hace la cartucha no más, que ésa le ha visto el ojo a la papa y a uno no le cuentan cuentos..."

El coro rezando la acción de gracias se disolvió opacado por el crujido de los bancos y el murmullo de la gente que abandonaba el templo. Trinidad, la señora Berta y Zoraidita salieron a la calle seguidas por el grupo

que formaban las sirvientas y los dos hombres. Un sol desvaído se asomaba a hurtadillas por entre las nubes de mayo.

—Ahora sí que están en condiciones de recibir el sacramento del matrimonio —anunció la señora Berta, volviéndose hacia la Tila. Y dirigiéndose a Trinidad, agregó—: Asistiremos todos, ¿verdad? ¡Ay, es una lástima que el señor Díaz no sepa tocar el órgano! El también vendrá, ¿no?

—Quizás. Usted sabe que para él es difícil moverse de la casa. —Trinidad esquivó la mirada de la anciana.

—La ocasión vale un pequeño sacrificio. ¿Usted cree, Zoraidita, que su mamá me tendrá listo el sombrero para la tarde?

—Por supuesto, si casi lo ha terminado. Le faltaba nada más que pegarle la flor.

—¡Menos mal! —La señora Berta bajó la voz—: Como madrina estoy obligada a usar sombrero, aun cuando se trate de una boda de pobres. Estoy tan contenta de haber hecho una obra de caridad con esta gente. La Tila no se atrevía a pedirme que fuera su madrina, y yo la hice comprender que ante Dios no existían diferencias de clases sociales, y que los dos con don Evaristo nos sentiríamos honrados de conducirla al altar. Claro que habría sido preferible que el hombrecito..., el indiecito este, hubiera elegido padrinos que no desentonaran tanto con nosotros, en vez de elegir a la Lucrecia y a Rosendo... ¡Imagínense que voy a tener que tomarme del bra-

zo con ese roto! Afortunadamente a las cuatro de la tarde la iglesia estará vacía. —Se detuvo, escrutando al Grillo y al Lancha que atravesaban la calzada—: ¡Eh, ustedes! ¿Adónde van?

—A una diligencia, señora —gritó Rosendo, apurando el paso, y cuchicheando en el oído de su amigo, se lamentó—: ¡Buen dar con la vieja de mierda!

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lincoln Tremolleo.

—¿Cómo qué? ¿Acaso no es a las cuatro de la tarde el casorio?

—Así es...

—Y en este momento son las doce, pues. Eso quiere decir que nos sobran unas horitas, y que de aquí nos vamos pa' el negocio de la señora Nena, la querida de don Braulio Espurveda. No, Grillo, si yo no te digo que nos vayamos a curarnos; nada más que a pasar al Señor con un par de traguitos. ¿No vis que tengo medio atragantado a Dios en la garganta?

Sin despedirse de las mujeres, doblaron por una esquina rumbo al bar de la Avenida Matucana, a reunirse con Braulio Sepúlveda, el dirigente obrero.

—¡Diligencias en día domingo! ¡Mentirosos! —peroró la señora Berta, y sin encontrar en quién descargar su enojo, atacó a Trinidad y a Zoraida—: Lo que más me decepciona es que ustedes no hayan comulgado.

—No alcancé a confesarme —murmuró Trinidad.

—Esa no es disculpa. Pudo hacerlo antes de la misa.

Y es el colmo que la Isabelita no se haya aportado por la iglesia. La única que merece perdón es Estefanía, que está cosiéndole la flor a mi sombrero; nadie más.

—No creo que fuera obligatorio comulgar —chilló Zoraida.

—Lo era. Si la gente decente no predica con el ejemplo, ¿qué podemos exigirles a los pobres ignorantes? Lo que pasa es que hay “señoritas” que a veces no se hallan en el estado de pureza que se necesita para tomar los sacramentos.

—¿Se refiere a mí? —Zoraida abrió desmesuradamente los ojos, fulminándola—. No comulgo porque no me da la gana, y yo soy dueña de mi pureza o de mi impureza, sépalo. —Atajó un automóvil de alquiler que se aproximaba, y cogiendo a Trinidad por una mano la arrastró con ella—: Venga, la convido a ir en taxi. —La señora Berta se quedó en la vereda, boquiabierta, ananadada.

Trinidad esbozó una débil sonrisa de comprensión:

—No se amargue, Zoraidita. La mayoría de las personas se ponen desagradables con la edad.

—Me niego a tolerarle sus intrusidades y sus pulias a misiá Berta. Ya estamos grandecitas para que venga a llamarnos la atención... ¿No está de acuerdo, señora Trini?

Ella contempló la transformación que se había operado en Zoraida. Junto con recogerse el cabello, y olvidar las cintas con que solía atárselo, la hija de doña Estefanía

se había desprendido de la máscara que impedía palpar al ser humano, aprisionado mediante actitudes lánguidas, ademanes infantiles y falsas risitas.

—Usted ha cambiado mucho —aseveró, percibiendo que una corriente de espontánea simpatía las acercaba.

—También usted ha cambiado, señora Trinita.

Se miraron fijamente, sin más intención que el afán sincero de entenderse, y Trinidad experimentó algo que tiempo atrás se habría apresurado a rechazar: el sentimiento de complicidad, de adivinación mutua, de comunicación misteriosa. Hoy aquello no le resultaba humillante.

—Querría que alguna vez conversáramos largamente —musitó.

—¿De veras? Me alegro. A mí me gustaría ser amiga suya.

Durante el almuerzo, Trinidad Isazmendi pensó que era extraño haber llegado en un período tan breve, y con esa inesperada sencillez, a un estado de sometimiento, de pacífica adaptación. “Esto se lo debo a Rodrigo —reflexionó—. La posibilidad de ver la metamorfosis de Zoraidita, de no irritarme con las majaderías de la señora Berta, de sentirme conforme. Sí, es igual que si él me hubiese regalado una piel nueva, más resistente; una sensibilidad distinta.” Los pasados escrúpulos, las dudas, los estremecimientos del orgullo lastimado, iban muriendo o dormían desplazados por intereses nuevos, por el hallazgo de una energía encaminada a una meta, que, sin ha-

cerla ascender, la salvaba de la sensación ominosa del fracaso. Admitiendo lo que definía como “vivir en pecado”, postergaba los remordimientos para recogerlos en el “más allá”, y semejante a un niño que comete una fechoría a sabiendas de que lo van a castigar, consumaba su falta disponiéndose a pagar por ella en un distante purgatorio. Existía pidiéndole tregua, vacaciones, a Dios y a su conciencia. No obstante, lograba establecer un equilibrio entre su apariencia intachable y las pequeñeces cuotidianas que acortaban los minutos empujándola hacia la noche, hacia los brazos de Rodrigo.

Solamente Isabelita continuaba siendo un motivo de permanente zozobra para Trinidad; más exactamente: el futuro de Isabelita. Examinaba a su hija, y era incapaz de evitar el calofrío que le producía esa seguridad desfachatada, la reserva amparada en el sarcasmo. Por las tardes, en las oportunidades en que la muchacha no iba a visitar a sus compañeras de colegio, y se sentaba en la salita, con un libro en las rodillas, pretextando estudiar, la veía replegada en un silencio cargado de escondidas emociones que aleteaban sobre el filo de la luz escurridiza, sobre el laberinto de sombras, tendido entre la lámpara y la ventana. El corazón le latía entonces con violencia, sacudido por terribles premoniciones; intuía la subterránea gestación de pensamientos que ya no eran de niña, el bucear a través de la brecha oscura que separaba a la adolescente de la mujer, y escuchaba una especie de llamado, de alarido inatajable, arrastrándose en busca

de los oídos de Isabel, quien callaba, sumergida en la espera. Nada detendría a su hija el día en que ese grito se le hiciera audible, y la imaginaba corriendo, despeñándose, asaltada y asaltante de su propio destino. Y día a día el llamado se volvía más próximo, tanto, que le sorprendía que Isabelita no lo oyera aún; brotaba de cualquier rincón, en cualquier instante, como un eco de la guitarra de Rodrigo, de los crujidos de las maderas, de los primeros vientos y los primeros aguaceros antecesores del invierno; como un eco de la pasión que encendía las pupilas de Zoraida Briones, al regresar de sus paseos, o de los cantos de la Lucrecia en la cocina; como un eco de ese clima de sensualidad nacido con el otoño.

Una noche intentó confiarse en Rodrigo. Habían hecho el amor, y permanecían abrazados, desafiando los ruidos que confirmaban la presencia de los huéspedes todavía despiertos en sus habitaciones: el receptor de radio de doña Estefanía, los pasos de don Evaristo trajinando por su cuarto.

—Estoy preocupada por Isabelita. La noto muy rara...

—Supones que...

—No, no sospecha nuestras relaciones. Y si sospechara no se alteraría; es demasiado egoísta. Se trata de algo que está ocurriendo dentro de ella...

—¿Crees que se ha enamorado?

—Más bien... que se prepara para enamorarse.

—¿Y eso te asusta? ¿No es normal que una niña se enamore a los dieciséis o diecisiete años?

—Me asusta que se enamore mal, y me asusta saberme excluida de sus problemas, no poder ayudarla...

—¡Qué tontería! No hay madre que no ambicione intervenir en los asuntos sentimentales de sus hijas, y que no se lamente porque no la dejan meter las narices donde no debe. ¿No era así tu madre contigo?

—¡Ah, y si yo le hubiera obedecido...!

—Pero no le obedeciste, y fue inútil que anduviera atosigándote con consejos. No caigas en ese error con tu chiquilla, Trinidad. Los niños tienen derecho a crecer, a ser libres; libres para equivocarse, para triunfar o para hundirse.

—Lo dices porque no has tenido hijos...

—¡A Dios gracias!

—¡No te portes cínico, te lo ruego!

—Mucho más cínicos son los que siguen superpoblando la tierra.

Sin proponérselo rozaban las fronteras de aquella amargura que, pese a ser parte esencial de Rodrigo, él no exteriorizaba jamás. Y Trinidad experimentaba compulsión por encarar racionalmente esa herida, hasta allí columbrada sólo mediante el sentir:

—¿Tú no guardas recuerdos alegres, amables, de tu infancia? ¿Recuerdos que te hagan, por un minuto, agradecerles a tus padres el haberte dado la vida, y justificar que otras parejas tengan hijos?

—Odio acordarme de mi infancia; odio acordarme del pasado. —Inopinadamente se puso a reír—: ¡Cómo dia-

blos haces estas preguntas! Es claro que guardo algunos recuerdos buenos. Y agradezco estar vivo porque si no me perdería ratos muy agradables; no estaría aquí... , fíjate, no estaría aquí. Pero eso no justifica a los padres, ni menos a las madres, a las madres majaderas insistiendo en regalarles la felicidad a sus niñitos, en comprársela a plazos. Las mujeres del pueblo valen más en este sentido, y por eso las prefiero; echan chiquillos al mundo para que sufran, y los tratan a patadas; son más honestas. Ustedes no; ustedes juegan a las muñecas con sus hijos mientras son chicos, y les atiborran la cabeza con cuentos de hadas y mentiras; después los martirizan obligándolos a ser felices. Yo no conocí a mi madre, Trinidad. Murió antes de que yo cumpliera tres años; esto la libró de mi aborrecimiento.

—¡Eres un loco! No estás en tu sano juicio al expresarte así.

Rodrigo prosiguió imperturbable. Su voz sonaba desprovista de rencores, fría:

—Mi madre no era una dama culta, ni de familia con muchos recursos. No, nada de eso; era hija de un boticario y trabajaba en la farmacia de su padre, en el Norte. Sin embargo, por lo que sé de ella, contaba con todas las taras de la burguesa; me habría hecho la vida insostenible.

—¿Y tu padre?

—Era comerciante viajero. De esos que van de ciudad en ciudad, con una maleta llena de porquerías. Pasó

un día por el pueblo y se metió con la hija del boticario. Algunos meses más tarde regresó al lugar, y se halló con que la muy idiota lo esperaba embarazada, y mi abuelo, que era una fiera, amenazándolo con una pistola; no tuvo más que casarse y cargar con su mujer y conmigo. A los quince años leí las cartas que ella le escribía durante los viajes; cartas llorosas, clamando por un hogar; cartas repugnantes. Esas cartas me hicieron comprender que el pobre hombre se desentendiera de mí el día en que su mujer murió.

—¿Se desentendió de ti?

—Por completo. Tomamos un tren, y en la estación de San Felipe, sin bajarse del vagón, abrió la ventanilla y me entregó igual que un bulto a una tía que estaba en el andén. Con la tía viví hasta que me escapé de la casa.

—Ella fue tu verdadera madre.

—Pretendía serlo. Era solterona, dueña de una quinta que administraba pésimo y le daba para subsistir malamente. La gente decía que de joven no había sido tan fea, que un novio la había plantado con el ajuar listo, y que eso decidió su soltería y su genio de perros. Cuando llegué a sus manos me usó como conejo de laboratorio. Me vestía con delantalcitos blancos almidonados, me ondulaba el pelo con un encrespador que calentaba en un anafe de esos que funcionan con alcohol, me refregaba las rodillas con un paño de frisa, porque le gustaban los niñitos limpios, y buscaba mil razones para desvestirme y azotarme; en seguida me atoraba con sus besos. A los

ocho años entendí que la tía me armaba trampas para azotarme a diario, y consolarme, y me las ingenié para no pisar más el palito; esto fregó a la solterona más que el abandono del novio. —Calló unos segundos, quizás esforzándose en borrar aquellas escenas de la niñez. Luego, su cabeza rodó sobre un hombro de Trinidad, y dijo, con acento adormilado, perezoso—: No hablemos más idioteces. Me muero de sueño.

Difícilmente ella podía reconstruir, con esos datos, las bases determinantes del carácter de Rodrigo. El fruto de los amores de la hija del boticario con un vendedor viajero, criado por una solterona histérica, escapado del hogar en la adolescencia, ciego a causa de un accidente, cuyos detalles se negaba a proporcionar, pertenecía en la actualidad a una categoría de individuo imposible de ubicar dentro de las clasificaciones típicas en que, habitualmente, Trinidad encerraba a las personas. En su escala de valores faltaba un peldaño para situar, social, moral o culturalmente, a su amante, y esto la confundía. “Al principio lo tomé por un siútico —pensaba—. Y no lo es. Posee refinamientos que no son de siútico. De repente se desenvuelve con gran soltura y aparenta ser un hombre inteligente y culto, y sin embargo... se educó en la escuelita parroquial de un pueblo chico. ¡Oh, es tan contradictorio! A menudo es tierno, gentil, demuestra sentimientos nobles, y otras veces hace alardes de un cinismo y de una dureza abominables. ¡Y este desprecio por la maternidad, Santo Dios! Por él..., yo tendría que des-

preocuparme enteramente de Isabelita... ¡Qué barbaridad!"

No obstante ahora, al oír la charla de doña Estefanía con la señora Berta, consideró que Rodrigo no carecía de razones para afirmar que las madres ambicionaban intervenir en los asuntos sentimentales de sus hijas. Desde que Zoraida reemplazaba la postiza ingenuidad y los rebuscados mohínes por gestos naturales, doña Estefanía la fiscalizaba, la acosaba con dudas y recelos, y la apremiaba en la conquista de un marido, como si de golpe vislumbrara que la muchacha no era una colegiala y que corría el riesgo de quedarse para "vestir santos".

—¿Y usted qué le contestó al señor Finuri? —inquirió la señora Berta, continuando con el tema que le permitía combatir a Zoraidita y cobrarse del desaire sufrido en la mañana.

—¿Qué voy a contestarle? —rezongó doña Estefanía—. ¿No ve que la princesa lo mira en menos?

—No es eso, mamy —suspiró la aludida.

—¿Y los respingos con que andas cuando pasamos frente a la tienda, qué son? Agradecida deberías estar de que don Salomón Finuri, con lo rico que es, se haya fijado en ti.

—Un partido estupendo —concedió la señora Berta—. Y tan serio, tan correcto al hablarle a usted, Estefanía, y pedirle autorización para pretender a su hija. Esas caballerosidades son de otra época.

—Es lo que yo me digo, Bertita. Que don Salomón

Finuri se le acerque a una, y con todo respeto le confiese que la Zoraidita es la luz de sus ojos...

—¿La luz de sus ojos? ¡Qué romántico!

—Y que él la ama con devoción..., bueno, son cosas que a una madre la llenan de orgullo.

—Evidente. ¿Y esta niña se hace de rogar? ¡Es increíble!

—Si así son estas caprichosas. Y lo peor es que los años se vienen de repentito encima, y una oportunidad como ésta no se le va a presentar de nuevo.

—Me importa un bledo que el señor Finuri sea una de las siete maravillas del mundo —gritó Zoraida—. No me voy a casar con un hombre del que no estoy enamorada.

—Muy propio de la juventud moderna. No pueden casarse sin amor. ¿Y de qué les sirve? Al año de matrimonio se divorcian —opinó la señora Berta—. Lo que es en nuestros tiempos, nos limitábamos a aceptar al candidato que nos elegían los padres, y éramos muy felices; el amor venía después de la boda.

—Lo más triste es que desprecia a don Salomón, y se mosquea saliendo con el tal mayor de Carabineros, que buenas intenciones no ha de tener, puesto que ni por broma le ha ofertado casamiento, ni ha querido conocerme a mí, ni venir a la casa, como se estila con una señorita hija de familia —recriminó doña Estefanía.

—No lo he invitado a esta casa, ni pretendo que te conozca, mamá. —Zoraida dobló su servilleta y dejó los cubiertos en el plato.

—No lo disculpes. Ese hombre será tu perdición —gimoteó la madre, y golpeándose el seno izquierdo, debajo del camafeo—: El corazón me lo avisa. —Con una miga de pan se engujó las comisuras de los labios.

Rodrigo chasqueó la lengua, torciendo la boca en una mueca de cansancio, y Trinidad evocó al señor Finuri, el árabe propietario de la sedería, originador de aquellas discusiones. Hacía más de un mes que Zoraidita e Isabel la habían acompañado al Depósito de Sedas Finuri Hermanos, a comprar la tela para forrar los cojines de la sala. Don Salomón se hallaba en su sitio acostumbrado esa mañana: tras el mostrador, ordenando las piezas de género en las estanterías. Sus renegridos bigotes y sus cabellos ensortijados daban la impresión de haber sido untados con betún o aceite y, unidos a las pobladas cejas, formaban un grueso cerco de pelos enmarcando aquel cutis oliváceo. Dos genuflexiones curvaron su espalda al ver a Zoraidita, y en el largo rato que emplearon en decidirse a comprar, no cesó de mirarla con una intensidad que denotaba la creciente admiración que experimentaba. Isabel, percatándose del impacto que su amiga producía en el comerciante, se burló:

—Pinchaste con el turco...; ¡qué regio! Conseguirás que nos haga una rebaja grande.

Y, en efecto, don Salomón rebajó un veinte por ciento del precio de la mercadería, y, no contento con eso, insistió en enviar la tela al domicilio de las clientes. Mas a la hora convenida no fue el repartidor de la sedería

quien apareció, sino el propio don Salomón, que descendió de su automóvil verde eléctrico llevando el paquete de las sedas. Doña Estefanía, informada de los acontecimientos, participó de las bromas, y ni corta ni perezosa se aprovechó de las circunstancias y solicitó un crédito en Finuri Hermanos, adquiriendo allí, por una suma módica, cancelable en mensualidades, géneros para confeccionar vestidos y blusas que la Brígida vendería a las vecinas más pudientes del barrio. Por su parte, el señor Finuri, convencido de que el método más seguro de aproximación a la hija era aliarse a la madre, no escatimó fórmulas para granjearse el aprecio de doña Estefanía. Los domingos llegaba con una bandeja de pasteles y una botella de vino añejo, preferido por la señora; charlaba con ella en la sala, preguntaba por la salud de Zoraida, y se marchaba envuelto en los suaves rugidos del reluciente automóvil verde que huía desafiando la miseria de la calle. Si doña Estefanía visitaba la tienda, hacía surgir, cual un prestidigitador, chocolates y caramelos de los pliegues de las espumillas y los rasos, y un día mandó un sobre que contenía cuatro invitaciones para asistir al estreno de una obra teatral. No obstante, Zoraida no cedía a estos halagos, y los requiebros de Finuri, que al principio la divertían, se le hicieron pronto odiosos, más aún al sentir que daban pábulo a las críticas que su madre esgrimía en contra del mayor Mancilla. Sin obtener ningún éxito, doña Estefanía la arrastraba con ella, y, propinándole pellizcos en los brazos, le ordenaba sonreír a don Sa-

lomón, quien en la puerta de su tienda las atisbaba, alisándose el bigote, preparando una garbosa reverencia, idéntico a un actor que aguarda la señal del traspunte para entrar en escena. Pero al cabo de cuatro semanas, Finuri se impacientaba, y dados los infructuosos resultados que obtenía cortejando a Zoraidita a la distancia, resolvió poner sus cartas sobre el tapete hablándole claramente a doña Estefanía.

Trinidad volvió a escuchar el alegato de las mujeres presionando a la más joven, que se rebelaba, hastiada, furiosa. Se acordó de doña María Isabel, de las tías Chazarreta, de las agobiadoras sobremesas en la casa de la Avenida República. La situación era tan semejante. Se desarrollaba también en un comedor, y modificando el decorado y el aspecto externo de los personajes, estos momentos parecían calcados de los otros. En el lugar del armario comprado de segunda mano había entonces un trinchero de caoba; la araña de cristal pendía del cielo raso, en el sitio de la lámpara desnuda; una naturaleza muerta reemplazaba al calendario. Sin embargo, doña María Isabel, con su perfil aguileño y las pálidas manos cruzadas encima del mantel de hilo, se agitaba interiormente con una rapacidad de águila, reproducida, hoy, en los rasgos de doña Estefanía Romo de Briones; la tía Aurora y la tía Clotilde destilaban la acidez y el veneno que impregnaban a la señora Berta; y ella, Trinidad Isazmendi, era una gemela de Zoraida, debatiéndose, resistiendo las quejas, las amenazas, o los ditirambos con los que se

ensalzaba al pretendiente que las conveniencias transformaban en el marido ideal. Poco importaba que ese pretendiente se llamara Emilio de la Sota o Rodolfo Jara, en el pasado, y que fuese arquitecto o tuviera otra profesión remunerativa. En el presente respondía al nombre de Salomón Finuri, poseía una cuenta bancaria sólida, se paseaba en un coche de lujo y, quizás, con el correr de los años, su fortuna desplazaría a la de un Rodolfo Jara o un Emilio de la Sota, y sería socio del Club de Polo, un caballero sumamente respetable, aunque estas probabilidades quedaban fuera de los cálculos de la madre de Zoraidita. “¿Y, a la larga, qué será mejor para la muchacha? —pensó Trinidad—. ¿Qué habría sido mejor para mí?”

Al salir del comedor, se acercó a Zoraida:

—Tenga calma, no se exaspere. ¿Por qué no trata de ver al señor Finuri con sus propios ojos? No como el conjunto de perfecciones que le pinta su mamá, ni tampoco convertido en un ser fastidioso, sino tal cual es, objetivamente: un hombre que la quiere, con una buena posición económica, que le ofrecería una vida sin preocupaciones, gozando de muchos agrados que usted no ha conocido, y del que..., tal vez, podría enamorarse.

Zoraida inició un movimiento de enojo que deshizo al instante.

—Quiero a Andrés —confió—, y no volveré a enamorarme de nadie más. El no es rico, y... no se va a

casar conmigo. ¡Qué diablos, no se puede tener siempre lo que una desea!

—Es duro envejecer en la pobreza, piénselo...

—Por favor, señora Trini, no me hable así; eso está bien para mi madre, o para la vieja. Yo no cambiaré a Andrés por ningún otro. Y usted tampoco lo haría.

Trinidad interpretó aquella frase como: usted tampoco cambiaría a Rodrigo. Y nuevamente se preguntó si Zoraida estaría al tanto de sus amores. La sangre le subió a las mejillas.

—En verdad, no se pueden gobernar a voluntad los sentimientos —dijo—. Bueno..., convendría que nos arregláramos para ir al matrimonio de la Tila...

—Sí, ya es hora.

La ceremonia fue breve. Lincoln Tremolleo entró en la iglesia cabizbajo; la Tila sonreía estúpidamente. El cura pronunció una cortísima alocución acerca de los deberes matrimoniales, y dio la bendición sin dejar tiempo a que las mujeres se emocionaran. La señora Berta, defraudada ante unas bodas tan deslucidas, se arrepintió del gasto extra que le significaba el sombrero confeccionado por doña Estefanía, y en la calle anheló encontrarse con algún conocido, una de esas personas a las cuales solía frecuentar cuando el capitán Manríquez vivía, para que pudiera admirarla vistiendo la tenida de madrina, que en nada revelaba su existencia de viuda mísera. Cogiendo del brazo a don Evaristo, quien llevaba un clavel blanco en el ojal, marchó contemplando sus elegantes atuendos,

retratados en los cristales de las vitrinas de esas pequeñas tiendas de barrio que, a través de las rejillas metálicas protegidas con un candado, hacían el efecto de jaulas atestadas de baratijas. A pocos pasos de ellos iban Trinidad, Zoraida y su madre; Isabel se había excusado de asistir, pues estaba comprometida para ir a la matinée con una compañera de colegio, y Rodrigo, pretextando un dolor de cabeza, dormía la siesta.

La tarde mostraba el rostro ocioso y melancólico de los domingos. Los ancianos sacaban sus sillas de mimbre a las aceras, intentando calentarse los huesos bajo el sol que bostezaba, perezoso, ni siquiera tibio; un enjambre de chiquillos jugaba con pelotas de trapo, trozos de madera y piedrecillas, alrededor de los árboles raquíticos alineados a los costados de las veredas; un organillo soltaba a tropezones su estrujada melodía, y el mono tití danzaba en el hombro del organillero. Las voces y las risas producían un murmullo hueco, sin respuesta, rebotando contra el muro alto e invisible que cercaba las calles desprovistas de horizonte. Trinidad observó a las parejas compuestas por esos hombres y mujeres que en los días de trabajo caminaban solitarios: se desplazaban, ellos metidos en los trajes de lustroso casimir azul marino, y ellas, en las faldas que apretaban sus nalgas rollizas, en las blusas con el colorido estridente de los volantines; y pasaban a su lado con un andar retador, como si esas ropas destinadas a los días festivos y el hecho de ir emparejados, arrastrando niños de la mano, les confirieran

una especial arrogancia, el matiz de dignidad que se les desintegraba durante el resto de la semana, en la soledad de los cuartos malolientes y las cocinas sucias, en la soledad del andamio de construcción o en la soledad acompañada de la cantina. Pero ese sentido de superioridad de la familia reunida en domingo no excluía a otros núcleos sociales; Trinidad recordaba haberlo advertido también entre sus amigos y parientes. Pelusa Isazmendi y su marido tenían el mismo aire solemne al dirigirse a misa de doce o al acomodarse en las butacas de un cinematógrafo; la gente comentaba los amoríos de él con una viuda, sin embargo, en domingo todo se acallaba. Y la prima Paz olvidaba al galán de turno, el que la desvelaba de lunes a sábado, y junto a Jorge, llevando a los niños al Jardín Zoológico, o batiendo cocteles frente a los leños de la chimenea, empuñaba el cetro de la respetabilidad dominical. El domingo era un parche de veinticuatro horas remendando el equilibrio de los hogares, un nudo corredizo que se estrechaba restituyendo la unidad matrimonial. "Un mal día para las relaciones ilícitas", concretó, evocando a Rodrigo, que no iba con ella, que la aguardaría en su habitación, y echaría llave a la puerta cuando los demás durmieran, y se desvestiría en silencio. Súbitamente le vino a la memoria la imagen de Zoraida en la iglesia, curvada encima del escaño, desencajada, y ya en la casa, apenas doña Estefanía se fue al dormitorio a aflojarse el corsé y a calzarse las babuchas viejas, lanzó la pregunta que la estaba mordiendo:

—¿Zoraidita, por qué me dijo eso de Andrés? Eso... Que él no se va a casar con usted. A lo mejor, cuando menos lo piense, le propondrá...

Zoraida se quedó mirándola compasivamente, como si la contestación que iba a dar afectase a Trinidad y no a ella:

—Andrés es casado, señora Trini.

Don Evaristo, con una copa de champaña en cada mano, apareció en ese momento invitándolas a brindar por Lincoln y la Tila. La Brígida había organizado una fiesta en la cocina y todos estaban convidados.

—¡A la salud de los novios, pues! —Terminada la botella de champaña, el Lancha llenó los vasos con ponche. El alcohol lo reconfortaba y le devolvía la seguridad, la audacia para posar los ojos en el escote de Zoraida.

—Están tomando demasiado esos rotos, Bertita —anotó doña Estefanía—. Dejémoslos solos porque ligerito van a andarse cayendo de borrachos. ¡Y se insolentan tanto cuando toman! ¿Se ha fijado en el Rosendo? No le despega la vista a la Nena.

—Así es —asintió la señora Berta—. Bueno es acceder a alternar con ellos un ratito, pero manteniendo las distancias. —Acercándose a don Evaristo, le habló en secreto.

El anciano carraspeó:

—Sí, sí... Lo discreto es que nos retiremos —sugirió, dirigiéndose a Trinidad.

—¿Ya se van? Si no han probado ni la torta... —protestó la Brígida.

—Nos guardarás una porción para la hora de comida. —Trinidad se despidió y los demás la imitaron deseándoles felicidad a Lincoln Tremolleo y a su mujer.

—¡Hagamos salud, Grillo! Entre ponerle y no ponerle, más vale ponerle —exclamó el Lancha—. Más ahora, que se nos fue la señorita Zoraida y tenemos puras tontas feas por delante.

—¡Pa' el caso que te hace la señorita! —se burló la Lucrecia.

—¡Mansa gracia! Porque me ve aquí, en la cocina, y sabe que soy pobre. Distinto sería si no me conociera y me viera bien trajeado, y...

—Tire pinta no más —intervino la Brígida—. Como si la señorita no tuviera al mayor de Carabineros y al turco de la sedería locos por ella.

—Lo que es yo..., yo encuentro más simpática a la señora Trini —confesó el Grillo.

—Si a vos te gustan las viejas, pues, lesó —puntualizó Rosendo—. No digo yo que de joven no haya sido hartó buena, pero ya está muy usada ya.

—¿Usada mi patrona, que es una santa? —chilló la Brígida—. Desde que enviudó no ha tenido ojos más que pa' su hija...

—Yo que usted no confiaría tanto —cortó Rosendo—. Cuando el río suena... ¡Salud, pues, Lincors!

—Cuando el río suena es que hay malas lenguas. ¿Qué

es lo que le sacan a la señora Trinita? ¿Qué? Sea hombre y dígamelo. Van pa' los quince años que estoy con ella, y nunca he conocido dama que se le iguale...

—No se enoje, señora Brígida —terció la Tila—. Es que a la señorita Mirtha Bell le cose la Marujita, una chiquilla que vive en la *cité*, casa por medio con nosotros. Y la señorita Mirtha fue pa' allá el miércoles, y se puso a conversar con la Marujita porque la quiere mucho, y aunque ella es artista es así..., bien corriente, y es que le dijo que la señora Trini tenía un amor. ¡Qué raro!, es que le dijo la Marujita, si las niñas que trabajan allá dicen que es tan seria. Es que las niñas no saben lo que pasa en las noches, es que le dijo la señorita Mirtha, y es que le dijo que ella, toditas las veces, a las cinco o seis de la mañana..., no ve que ella llega tan tarde de la quinta de recreo, oía que la señora salía de la pieza de..., ¡ay, me da no sé qué decírselo! Usted se lo va ir a contárselo, y me van a meterme en el manso cahuín...

—Ya que empezaste no tenís más que seguir —la animó la Lucrecia—. Y si no te atrevís..., ¡qué tanto!..., yo se lo digo: de la pieza del señor Díaz es que sale la señora. ¿Qué le hallará al señor Díaz? me pregunto yo; tan largo, tan flaco, y ciego pa' más remate.

—¡Esta es la maldad más grande que se ha inventado! —chilló la Brígida—. Esa hocicona malagradecida de la Mirtha le tiene envidia a la señora. ¡Connmigo tendrá que entendérselas!

Rosendo Soto examinó el jarro de ponche que acababan de vaciar.

—¡Gusto a poco el de este trago! —suspiró—. Oye, Grillo, volvámonos pa' el negocio de la señora Nena... ¿Te acordái del arrollado y de la chicha? —Guiñó un ojo y se humedeció los labios con la punta de la lengua—: ¿Y de las dos garzonas? ¿Ricas las tontas, ah? Y estaban re entusiasmadas. Pa' vos la morena, y pa' mí la más gordita. ¿Hecho?

—De allá somos, pues —remachó el Grillo.

—¿Así es que porque se les terminó el ponche se van pa' otro lado? —reclamó la Tila.

—Y a verse con otras mujeres —agregó la Lucrecia—. Lo que es yo no lo consiento.

—¡Vos te callái! —El Lancha se plantó ante ella imponiendo su autoridad—. Aquí el que lleva los pantalones soy yo. Y esta noche te las voy a dártelas por haberme metido en la payasada de la comunión.

—¿Es que ni en el día de su casamiento puede el hombre hacer lo que se le antoja? —interrogó Lincoln Tremolleo.

La Lucrecia se arrimó a la puerta para que Rosendo no la viera llorar. Siempre sucedía aquello. Con dos copas de más en el cuerpo, el Lancha se iba con otra, y ni siquiera se preocupaba de que ella no se enterara; al contrario, se lo participaba, arrepentido de las demostraciones de afecto que se le escapaban a veces. Vagamente entendía que también por eso la golpeaba en las noches en que

regresaba borracho, vengándose así del deseo que aún lo encadenaba a la cama y a la mujer propias. No obstante, no conseguía acostumbrarse a las infidelidades de Rosendo. Pensaba: "De repente me voy a acriminarme con este desgraciado". Se tapó la boca tragándose los sollozos. Oscurecía en el patio; unos nubarrones espesos presagiaban lluvia.

—¿Ven por qué yo he preferido quedarme soltera? Ayúdenme a lavar la loza, y no estén ahí con caras de ánimas en pena —ordenó la Brígida.

El Lancha empujó al Grillo:

—¡Apurémonos, que ahora sí que vamos a celebrar el casorio en grande!

CAPITULO SEXTO

LLOVÍA con desgano; los goterones caían pausadamente, formando las pozas de siempre en el patio. Rodrigo dormía con la boca abierta, produciendo un ronquido tenue, un leve silbido de pájaro doméstico, y Trinidad contaba las campanadas del invisible reloj. Desde que había comenzado el invierno los huéspedes se recogían temprano; las noches eran más largas. Ella pensó que también el amor se sometía a ese ritmo lento, perezoso. La inquietud con que antes se deslizaba hasta ese cuarto, la llave en la puerta, y el deseo urgido por el temor de que los sorprendieran, no existían. Se desvestía y se acostaba en el lecho de Rodrigo, segura de que nadie vendría a perturbarlos, de que podrían abrazarse confiadamente, y dormir, verificando que su sentido de lo pecaminoso y todos sus resquemores quedaban desplazados por la pacífica sensación que provocan los actos habituales. Esa noche, sin embargo, se hallaba desvelada y no sabía por qué. Oía roncar a Rodrigo, repasaba pequeños problemas caseros, y ni siquiera evocaba el pasado; los recuerdos dormitaban aletargados por el frío invernal.

Isabelita se alojaba en casa de Norma Astudillo, pues debían preparar un certamen de historia. “¿Y si es una mentira? —reflexionó—. No hay teléfono donde la Norma, y vive muy lejos. Sería difícil comprobar si efectivamente está con ella. No... ¿Para qué iba a mentirme? Soy una tonta. Rodrigo dijo que si las dos chiquillas pensaban estudiar hasta tarde, era natural que Isabel se quedara allá. Si un muchacho la hubiera invitado, no habría ido con el uniforme de colegio... Es claro que pudo pedirle un vestido prestado a la Norma. ¡Bah!... ¿Con qué objeto iba a armar tantas complicaciones? Aunque no me parece bien que pasee de noche, cada vez que la han convidado se ha salido con la suya. ¡Es tan voluntariosa! Pero es seria y obtiene buenas notas; en realidad no tengo por qué afligirme. Lo que me aterra es que pueda pasarle una desgracia, como estuvo a punto de suceder esa noche en que la vino a dejar el hermano de la Doris... ¡Oh, esas motonetas espantosas! Casi me morí de susto cuando la vi llegar con la ropa embarrada, contando que se acababan de caer en la famosa motoneta. Por suerte no les pasó nada grave. Lo que no me explico es de dónde obtienen dinero estos niños, hijos de gente modesta, para comprarse esos vehículos. Bueno, es de esperar que ahora esté en casa de la Norma, y no dando vueltas por las calles bajo la lluvia...”

Cerró los ojos y se apegó a Rodrigo, alejando los pensamientos. Fue inútil, continuó despierta, lúcida, como si aguardara algo. Aquel accidente de Isabelita, ocurrido ha-

cía ya varios días, principiaba a obsesionarla. En su oportunidad, el percance no la había preocupado mayormente; no obstante hoy, en la oscuridad, al reconstruir la escena de la llegada de su hija, le confería dimensiones dramáticas. Veía a Isabel muy pálida, con las piernas magulladas y la falda cubierta de lodo, y un peso le oprimía el pecho. Era más de medianoche, y esperaba en el comedor, angustiada y molesta por aquella exagerada tardanza. Rodrigo la acompañaba, intentando apaciguarla:

—No te desespere. Lo más probable es que haya comido en casa de alguna compañera y después se han ido al cine.

—Podría haberse tomado el trabajo de avisar. ¡Es el colmo que se largue así, como si fuera una mujer libre!

Al escuchar la campanilla de la puerta de calle, reaccionó furiosa.

—¿Son horas de aparecer? —gritó, abriendo la mampara. Isabel no contestó; avanzó por el pasillo igual que si no la viera—. ¿Qué tienes, Isabelita? Y esa facha... ¡Santo Dios! Habla, niña..., ¿qué te ha pasado?

—Nos caímos en la motoneta de Lucho. Rodamos a una zanja.

—¿A una zanja?...

—Sí, a una zanja chica, al borde de la vereda. No pongas esa cara; sólo me ensucié un poco y... se me rompió la blusa. —No hubo más explicaciones.

“Hago mal pensando en esto —se dijo Trinidad—. Es estúpido... ¿Por qué estoy intranquila?” De pronto oyó

pasos atravesando el corredor; pasos apresurados, y una voz de mujer alzándose iracunda. Le costó reconocer esa voz y el sitio del cual provenía. Luego supo que era la señora Berta quien chillaba desde la sala:

—¡Sinvergüenza! ¡Bruja! ¡Bruja!

Rodrigo despertó a medias y se incorporó. Entonces oyeron a Zoraida, insultando sin levantar el tono, arrasando las palabras cargadas de cólera y miedo:

—Sal de aquí. Sal de aquí, vieja desgraciada, intrusa.

Echando hacia atrás las ropas, Rodrigo empujó a Trinidad fuera de la cama:

—Anda a ver qué pasa.

—No... Descubrirán que duermo contigo...

—Están en el salón; no te verán salir. —El golpe de un objeto que rodaba por el suelo, seguido de otros gritos, lo hizo insistir—: ¡Apúrate, si no quieres que se despierte toda la gente!

Trinidad se echó encima la bata y salió sin hacer ruido.

La sala se encontraba casi en penumbras. Algunas velas colocadas sobre el *secrétaire*, que, resguardado por una sábana blanca, imitaba a un altar, iluminaban una imagen de la Virgen del Carmen y agigantaban en las paredes las sombras de Zoraida y de la señora Berta. Otra palmatoria estaba volcada en la alfombra.

—¿Qué es esto? ¿Se han vuelto locas? —balbuceó Trinidad, y llevándose un dedo a los labios impuso silencio mientras cerraba la puerta.

Ambas mujeres se quedaron paralogizadas; sus respi-

raciones se apagaron, y únicamente se oyó el clamor monótono de la lluvia.

Zoraida fue la primera en reaccionar. Cubrió con las manos el rebajado escote de su camión, y musitó, emitiendo una especie de sollozo seco:

—Perdón, señora Trini. Perdón... Lamento tanto que se haya despertado. La culpa es de esta vieja..., que me odia, que se lleva espiándome...

—¿Y todavía tiene el descaro de acusarme a mí? ¡Atrevida! ¡Ramera! ¡Ramera! —La señora Berta dio un paso hacia adelante, amenazadora.

—Por favor, hablen despacio. —Trinidad se interpuso—. Les ruego que evitemos un escándalo. Si el resto de los pensionistas se entera, las dos tendrán que irse de mi casa. —Encendió la lámpara y tomó asiento en el sofá. Ya en la sala alumbrada aquello se le antojó una jugareta de niños. La joven y la anciana perdían el aspecto alucinante que ostentaban a la luz de los cirios, y aparecían grotescas, vistiendo cada una su gastada camisa de noche; Zoraidita desgreñada, llorosa, y la señora Berta envuelta en un chal de lana, con los cabellos grises lacios y ralos—. Me duele tener que tratarlas así —prosiguió—, pero necesito que me aclaren esta situación ridícula.

—Bueno... Yo rezaba. No puedo hacerlo en el dormitorio porque despertaría a mi mamá, y pensé que aquí no molestaba a nadie. Desgraciadamente no conté con que ésta iba a espiarme y a imaginarse quizás qué cosas...

—¡Mentira! —La señora Berta fue a sentarse junto a

Trinidad—: ¿Quiere que le diga qué hacía esa tipa, señora Trini? ¡Brujerías! ¡Encantamientos! Para eso me robó mi Virgencita que está bendita.

—¡Yo no se la he robado! —negó Zoraida—. Debía pagarle una manda a Nuestra Señora del Carmen, y tomé la imagen pensando devolvérsela. Usted se fue al cine y no alcancé a pedírsela prestada.

—¿Sí? ¿Y ese altar que armó ahí? ¿Y esas siete velas? ¿Y la letanía repitiendo el nombre de Andrés Mancilla? Acuérdesse que mi dormitorio queda al frente, y mi oído es lo que se llama “oído de tísica”. Créame, señora Trini, que es la santa verdad lo que le cuento. Apenas entré en mi pieza me extrañó que hubiera desaparecido mi Virgencita del Carmen, y tuve el pálpito de que se tramaba una infamia. Me puse tan nerviosa que me desvelé, y de repente sentí que alguien andaba por el pasillo, entonces entreabrí mi puerta, y al poco rato empecé a oír un murmullo, como si una persona estuviera rezando. ¿Quién podrá ser a estas horas?, me dije. En esta casa nadie es tan piadoso para rezar en mitad de la noche, y si fuera don Evaristo que declamara una poesía, no lo haría en el salón. Me arrebujié en el chal y me asomé, y poco a poco fui distinguiendo esas oraciones sacrílegas, esos conjuros...

—Es posible que usted se haya equivocado —rebatía Trinidad.

—¡Por supuesto! —aseveró Zoraida, que recobraba su aplomo—. ¿Por qué ha de considerarse un sacrilegio que

una le pida a la Virgen que le conserve el amor del hombre de quien una está enamorada? Eso era lo que hacía, y por eso nombraba a Andrés.

—¡Embustera! ¡Perdida! —gimió la señora Berta—. Invocaba a la Virgen del Carmen para hechizar al sujeto ese, y obligarlo a casarse. Y además recitó tres veces la plegaria a Santa Elena: “Que venga, que venga, que nadie lo detenga...” No hay mujer de la vida que no utilice esa plegaria en sus brujerías; si hasta la Quintrala, que fue tan perversa...

—¡Bah, eso lo oyó usted en alguno de los radioteatros que se pasa escuchando! —protestó Zoraidita—. Señora Trini, no le haga caso. Si seguimos discutiendo mi mamá va a despertarse y el boche durará hasta el amanecer. Yo me muero de sueño.

—¡Claro, no desea que la mamacita se imponga de sus indecencias! ¡Pobre Estefanía! Por suerte tiene el sueño pesado y duerme como una marmota. Así se librará de una mala noche. Sin embargo, mañana tendrá que imponerse de todo; yo se lo contaré. Las madres deben conocer las bajezas de sus hijos y ponerles enmienda.

—¡Está bien! —suspiró Trinidad—. Mañana será otro día, y con la cabeza fresca podremos analizar serenamente lo ocurrido. Ahora le ruego, señora Berta, que vuelva a acostarse. Hace mucho frío y se pescará una pulmonía si continúa en pie. —Cogió la imagen de la Virgen y se la entregó a la anciana—: Descanse y olvídese del asunto por ahora.

—Lo haré porque usted me lo pide; porque usted es una mujer decente, una dama, y me desagrada causarle disgustos. Pero le advierto que a primera hora hablaré con Estefanía, y que esto no va a parar aquí. —Estrechando a la Virgen del Carmen contra el pecho, la señora Berta abandonó la sala.

—Recoja esas velas y esa sábana. —Trinidad escrutó a la muchacha—: ¿En qué locuras se ha metido, Zoraidita?

Esta fue soplando una a una la llama de los seis cirios encendidos. Dobló el paño y lo empaquetó cuidadosamente.

—Venga, siéntese a mi lado —ordenó Trinidad.

La otra obedeció, bajando la vista. A juzgar por la quietud que reinaba nuevamente, ninguno de los huéspedes estaba enterado de lo acontecido en la sala. En la calle la lluvia se había desatado y el viento castigaba los viejos postigos de madera.

Dulcemente, Trinidad insistió:

—Puede confiar en mí. Yo me las arreglaré para que la señora Berta no hable con su madre.

—Gracias. —Sorpresivamente, Zoraida rompió a llorar. Su llanto era tímido, ahogado—. Es cierto —dijo—, todo es cierto.

—¿Qué?

—Lo de la brujería. Fui a consultar a una adivina, y ella me aconsejó que lo hiciera...

—¡Oh, qué tontería!

—No era una tontería. ¿Se ha sentido desesperada alguna vez? —Ya no lloraba. Examinaba a Trinidad, ansiosamente—. Hay momentos en que una se agarra a la primera tabla de salvación que encuentra a mano. Es cuestión de fe... Puede que las siete velas y las palabras que me enseñó la adivina no sirvan; puede que la Virgen tampoco sirva... Pero sí estoy convencida de que Andrés se va a casar conmigo, si se lo pido con todas mis fuerzas...

—Oígame, Zoraida: si lo que pide es razonable, es fácil que lo obtenga. Si es un disparate, o si conseguirlo involucra un daño para terceros, le diré..., aunque yo no sea una vieja beata, que esos santos a los que invoca se pondrán en contra suya. Usted se ha enamorado de Andrés a sabiendas de que es casado, y no es honesto que exija de él lo mismo que podría exigir si fuera un hombre soltero. Piense en la mujer de Andrés..., es la víctima inocente y...

—El no la quiere.

—No es razón para olvidarse de ella.

—Si lo hubiera hecho feliz, él no me habría buscado a mí.

—Su planteamiento es de un egoísmo tremendo. Si usted fuera su mujer, ¿consideraría justo que él la abandonara por otra, más joven o más bonita, con la cual es más feliz que con usted?

—¡Tengo que casarme con Andrés! Dar con una solución..., la que sea...

—¿Y recurre a la Virgen del Carmen, como quien se

acerca a una alcahueta, para quitarle el marido a esa pobre? Creo que acabaré poniéndome del lado de la señora Berta. Su posición es irreverente y absurda...

Las lágrimas inundaron nuevamente los ojos de Zoraida:

—No soy tan mala como parezco, es que... ¡me volveré loca! Estoy en un callejón sin salida...

—¿Por qué?

—Voy a tener un hijo.

—Zoraidita... ¿Está... bien segura?

—Segurísima. Me examinó la matrona..., la que vive dos puertas más allá.

—¿Y... de cuánto tiempo...?

—Dos meses.

—¿El lo sabe?

—Sí, se lo dije ayer.

—¿Y cómo recibió la noticia?

—Es una complicación. No le ve arreglo..., salvo... Me habló de un médico; un médico judío que libró del apuro a la novia de un teniente. Pero yo..., ¡yo no quiero! Sé que si acepto eso algo se romperá entre Andrés y yo; el respeto que todavía conserva por mí, la admiración que yo le tengo. Ha sido una relación tan limpia, sin nada de que arrepentirnos, nada que reprocharnos mutuamente, y... esto sería una primera mancha.

—¿Y no lo sería el hecho de que él resolviera separarse de su mujer? Quizás llegara a ese extremo; un hombre enamorado es capaz de eso. Sin embargo, más adelan-

te..., ¿quién le garantiza que de esa decisión no nacería un rencor hacia usted? ¿Existen hijos en su actual matrimonio?

—Sí. Un niño y una niña.

Hubo una pausa, un estremecimiento de maderas ateridas. Trinidad se dijo que no querría hallarse en el lugar de Zoraida; no obstante, sin entender por qué, experimentaba un sentimiento próximo a la envidia. “¿Cómo actuaría Rodrigo si yo quedara embarazada? —meditó—. ¿Pospondría sus prejuicios acerca de la maternidad? ¿Se uniría más a mí... o se alejaría? Un hijo... es un medio certero para probar el amor de un hombre. ¡Bah, a mi edad resultaría grotesco salir con semejante domingo siete! Por otra parte, es muy problemático embarazarse a estas alturas. Son cosas de gente joven, y yo..., bueno, ya no soy joven.” ¿Era eso lo que le dolía? Con su dilema a cuestas, Zoraida encarnaba a la juventud. Aquel vientre pronto a hincharse contenía esperanzas e interrogantes, florecimiento, cauces abiertos hacia el futuro. Ella, en cambio, no albergaba más que secas raíces atadas al pasado y a un presente borroso e insípido. ¿Cuánto durarían sus amores con Rodrigo? ¿Meses? ¿Años? Meses o años estagnados, noches en que el ardor iría decayendo, días en que el cansancio crecería, y las pequeñeces cotidianas se repetirían invariables. Rodrigo era menor que ella, pero las muchachitas que acudían a las clases de guitarra ya no le causaban celos. La invalidez lo preservaba de cometer infidelidades; apreciaba mucho su tranquilidad

y la intimidad sexual cimentada en el afiatamiento de sus cuerpos que se conocían ofreciéndose un placer sin sobresaltos. No, no existía la amenaza de que Rodrigo la abandonara; podría envejecer junto a él sin que lo notase, volverse pesada y torpe, engordar como doña Estefanía, arrugarse como la señora Berta. No había porvenir para ella. Ni cimas que escalar, ni abismos a los cuales descender. Ni siquiera su hija era una conexión con el tiempo venidero. Isabelita la preocupaba, y pese a ello se iba habituando a sentirla ajena, a admitir su independencia, y la intuición de que era inútil batallar por mantener el gobierno de aquel destino, que concluiría apartándose definitivamente del suyo, se transformaba hoy en un convencimiento que la desarmaba, que la hacía cruzarse de brazos, agotada e impasible.

—Tenga a su hijo, Zoraidita, sin impulsar a Andrés a que tome determinaciones irreparables —opinó—. Ser madre soltera no es tan grave en la actualidad.

—¿Y qué dirían los demás? ¿Qué diría mi mamá? No me lo perdonaría...

Para sus adentros, Trinidad pensó que la posición social de las Briones era una ventaja en aquellas circunstancias. "Los demás" quedaban reducidos al grupo ínfimo de los pensionistas, a dos o tres amigas de Zoraida y a un tío que vivía en San Bernardo. El escándalo tendría escasa trascendencia.

—Afronte el qué dirán —sugirió—. Créame, soy mayor que usted y sé lo que le digo. Déjese de adivinas y no

extorsione a Andrés. Hasta los cuatro o cinco meses podrá disimular su estado y nadie lo sabrá. Cuando se haga demasiado evidente, plantéesele a su madre, sin rodeos; al comienzo pondrá el grito en el cielo y después estará dichosa con el nieto.

Un filamento de claridad rodeaba el balcón, enmarcando los postigos; hilachas de luz traspasaban la sala; diversos vehículos principiaban a circular por las aceras resbalosas.

—Volvamos a acostarnos —dijo Zoraida.

—Sí. Tratemos de dormir unas horas, o andaremos cayéndonos de sueño más tarde.

—Gracias, señora Trini. Ha sido muy buena conmigo...

—No me agradezca. Estaré a su lado para lo que me necesite, y ya verá como todo se resuelve. —Se despidió de Zoraida con un beso en la mejilla. “Hay que ayudarla —pensó—. La aguardan ratos amargos. Claro es que si perteneciera a otro medio sería más complicada la solución. Si me hubiese pasado a mí... , me habrían enviado a Europa, o encerrado en el fundo del tío Exequiel, o... tal vez mi madre y mis tías hubieran encontrado a alguien con quien casarme entre gallos y media noche... ¡Cualquiera locura con tal de salvar las apariencias y ocultar que iba a tener un guacho! Esta gente, por fortuna, puede darse el lujo de proceder con más sencillez. ¿A quién le preocupará que Zoraidita haya dado un mal paso? Y que el niño sea hijo natural no será motivo para que reciban desaires. Lo importante es que Andrés no se desentienda

de sus deberes y le dé una buena educación al mocoso...” Se sorprendió reflexionando tal como lo hacían doña María Isabel y las tías Chazarreta cuando una de las empleadas domésticas, seducida por el chofer, el jardinero o el repartidor de la leche, presentaba síntomas inconfundibles de embarazo. Le pareció estar oyendo ese diálogo entre su madre y la joven criada, y, por unos segundos, creyó ver el sol; aquel sol filtrándose por los vidrios de la amplia galería, acariciando las puntas del delantal que la joven estrujaba con dedos sudorosos; ese sol que bruñía las baldosas:

—Ya, niña, larga de una vez la pepa.

—No, patrona, si no estoy na' esperando...

—Mira, Rosa, que si me sigues mintiendo te voy a mandar de vuelta al campo. ¿Quién es el padre?

La Rosa se obstinaba en negar por espacio de una hora o más, y finalmente, medrosa y rendida, confesaba:

—Es el Julio, patrona...

—¿El Julio? ¡Válgame Dios! ¿Y cómo te fue a pasar esta mano, niña? ¿Que no te advertí lo diablo que es ese hombre, y que más encima es casado?

—Fue una vez que me llevó al San Cristóbal. Yo quería conocer el Zoológico, y... él compró un cartucho de brevas...

—Bueno, lo de las brevas es cuento aparte. —Doña María Isabel alzaba el mentón aguzado, y con un gesto silenciaba los detalles chocantes de esa tarde en el cerro. Había escuchado muchas historias similares, y sabía que,

luego de comer las brevas, la Rosa se bajaría los calzones—. Atrincaremos a Julio —decretaba—. Ya que no puede casarse contigo, que por lo menos atienda a la alimentación de su hijo, y lo envíe a la escuela; así el chiquillo podrá ser un sostén en tu vejez, y no un vago, uno de esos que andan por ahí...

Trinidad sonrió ante aquellas evocaciones. Pero el frío de la madrugada la volvió a la realidad. Indecisa, se dirigió a su habitación, dudando entre quedarse allí o regresar al cuarto de Rodrigo. Optó por lo último; todavía era temprano, y él querría que le participara lo sucedido con Zoraida y la señora Berta. Despojándose de las pantuflas cruzó el pasillo:

—Soy yo. ¿Dormías?

—No. ¿Por qué te demoraste tanto? —Rodrigo se apartó dejándole un lugar en la cama.

—¡No te imaginas el tremendo lío! Va a tener un niño... ¡pobrecita!

—¿Quién? ¿Zoraida? ¿Y qué pitos toca la señora Berta en eso?

—La pilló haciendo una brujería. La infeliz pretendía que el mayor Mancilla se casara con ella.

—¿No me dijiste el otro día que el tipo era casado?

—Sí, y por eso la Zoraidita consultó a una adivina.

—¡Caramba que son tontas las mujeres! ¡Adivinas! Lo que necesita es la dirección de un médico o de una matrona que desenrede el embrollo.

—Si lo que insinúas es un médico que le provoque un

aborto, no hará falta. —Trinidad se enderezó, ofendida—. La criatura nacerá de todas maneras.

—¿Hablas en serio? ¿O sea que en vez de hacerla razonar, ésos fueron los sabios consejos que le diste?

—¿Qué suponías? No voy a ser cómplice de un crimen. Mis principios...

—¡Al diablo con tus principios! —Rodrigo elevó la voz, y Trinidad le tapó la boca con una mano:

—¡Por lo que más quieras, no grites! Lucidos estaríamos formando otro escándalo a esta hora.

El palpó la mesita hasta encontrar los cigarrillos y los fósforos. En seguida permanecieron ambos de espalda, sin tocarse, hundidos cada cual en su propio enojo; Rodrigo, callado, echando bocanadas de humo; Trinidad, tensa, esquivando el contacto del cuerpo masculino. Ella habló primero:

—Me asusta tu amoralidad.

—Ya hemos discutido este punto. El hijo de Zoraida aún no existe, es apenas un feto..., una masa insensible que no sufrirá si se la extermina. Si vive..., ¿qué será en diez, en quince, en veinte años más? Un desgraciado que dará botes como pelota de trapo en medio de la pobreza, un...

—Un hombre que barajará amarguras y alegrías, igual que el común de los hombres.

—Contéstame con franqueza: ¿te sientes conforme con lo que tu hija es, y con lo que llegará a ser?

—No. Sin embargo, me alegra que esté viva. En cuanto

a lo que llegará a ser . . . , no lo sabemos. —Un calofrío le recorrió la columna vertebral. Rodrigo solía asestar golpes bien dirigidos—. Me voy a mi pieza —dijo, percibiendo una íntima trizadura, y la fatiga agolpándosele sobre los hombros como un fardo.

—¡Es imbécil que peleemos por los líos de la Zoraidita! —manifestó él—. Al fin y al cabo me es indiferente que el chico reviente o no. Quédate.

—Perdona. Estoy muy cansada. —Se ajustó la bata y se apoyó en la pared, contemplándolo un segundo. Si no se marchaba de inmediato, Rodrigo intentaría reconciliarse, y ella no deseaba hacer el amor; no así, con esa sensación de impotencia, de básico desencuentro.

Dentro de su lecho echó de menos el calor de Rodrigo, y encogió las piernas, tiritando. El alba entraba por la ventana clavándosele en los párpados, rompiendo el sosiego, sembrando filudas aristas, bordes cortantes, alados cuchillos que relumbraban en la habitación. Las sábanas eran frías, los muebles irreconocibles, la atmósfera íntegra equivalía a un rechazo. Aplastó la cara contra la almohada, diciéndose que era ilógico hundirse en esa depresión; que el hijo de Zoraida no alteraba su orden; que las convicciones de Rodrigo no eran más que bravatas, y que era inconsecuente afligirse por ideas que no se pondrían en práctica; él la amaba, y estaba en lo cierto al señalar la necesidad de aquel disgusto fundamentado en motivaciones tan indirectas. No obstante, era innegable que la maternidad de Zoraida tenía repercusiones, y que miste-

riosamente la hería, empujándola a enrostrar dos verdades: la incomunicación con Rodrigo y su soledad irreducible. La criatura creciendo en las entrañas de Zoraida era una balanza en que no sólo se medían la pasión y la ternura de Andrés Mancilla, sino también la debilidad y la fuerza de Rodrigo Díaz, su generosidad y su egoísmo; y los pasos del niño, cuando aprendiera a caminar, sus balbuceos y gestos iniciales atados a la voz y a los movimientos de la madre, agrandarían la lejanía en que se desplazaba Isabel. Trinidad era dueña de un hogar, de un amante, de una hija, pero el hombre que la estrechaba en sus brazos, la niña que había llevado en el vientre y amamantado, y el techo que la libraba de la lluvia, le eran extranjeros.

Durante los días siguientes tuvo mucho trabajo para impedir que la señora Berta fuera con sus comentarios donde doña Estefanía, y hubo de emplear toda su argucia para refrenar la lengua de la anciana. Terminó convenciéndola mediante el halago:

—Una persona con su distinción y su cultura no puede mezclarse en enredos.

—¿Es que tengo que proteger las porquerías de esa individua, señora Trini?

—¿Qué ganará con hablar? Zoraidita continuará negando, y doña Estefanía le creerá más a ella. Por último, las dos harán causa común y a usted la tildarán de chismosa. Dé una lección de señorío, misiá Berta, y no par-

ticipe en estas intrigas, que no son para personas como nosotras.

—Bueno..., bueno. Que conste, eso sí, que lo hago exclusivamente por deferencia a usted.

Trinidad suspiró aliviada, aunque comprendía que solamente estaba postergando la hora en que doña Estefanía iba a descubrir el desliz de su hija, y en que los improprios y las lamentaciones serían inevitables. “Más vale que la bomba estalle rápido”, pensaba, columbrando la sospecha que envenenaba a la obesa mujer; la sospecha que la agitaba en torno a Zoraida, con ojillos inquisidores. Por su parte, los huéspedes y las criadas daban la impresión de husmear algo oculto. Al saludar a la señorita Briones, lucían una sonrisita socarrona, y la Brígida intercambiaba guiños de inteligencia con la Tila. El secreto impregnaba el aire, y todos olfateaban igual que perros de presa en una subterránea cacería. Una noche, en el comedor, el peluquero soltó una significativa impertinencia:

—Está engordando mucho, señorita Zoraida. Debería cuidar más la línea; ya se va pareciendo a su mamá. —Al oír esto, rompiendo su natural timidez, la estudiante de la escuela técnica emitió una risa punzante.

Rodrigo e Isabel eran los únicos que se abstenían de aquel clima de ironías solapadas. Para eludir nuevos disgustos, él rehuía el tema del embarazo de Zoraida, y si Trinidad volvía a tocarlo, le prohibía referirse a “eso”. Isabelita no daba señales ni de curiosidad ni de hallarse al tanto del conflicto de su amiga. A veces, al finalizar la

comida, se retiraba a su dormitorio acompañada de Zoraida, pero era notorio que la otra, y no ella, buscaba esos instantes de intimidad. Más aún, continuamente solía disculparse con una lección que estudiar para el próximo día, o argumentar que moría de sueño; y por las tardes se iba a visitar a sus compañeras de colegio, desapareciendo hasta el anochecer. Trinidad se preguntaba si Isabel conocería el estado en que se encontraba Zoraidita, y si ésa era la causa de aquel desapego. "Son tan inestables estos adolescentes —se decía—. Antes la adoraba, y ahora ni la cotiza. Quizás la ha desilusionado que no sea el dechado de pureza y virtudes que ella imaginaba. ¡Vaya una a adivinar!" Difícilmente podía aventurarse a sacar conclusiones respecto de aquel comportamiento, puesto que los valores morales que determinaban el juicio favorable o negativo de su hija, acerca de los demás, eran una incógnita. Raramente la chiquilla consignaba una opinión sobre lo bueno o lo malo; no criticaba ni aplaudía lo que hacían los otros. Frente a su madre era una espectadora displicente del acaecer. Trinidad hubiera deseado verla desenvolviéndose entre camaradas, aprehender sus ademanes espontáneos, vislumbrar sus entusiasmos, porque estaba segura de que conversando con sus amigas, o bailando con algún muchacho, Isabelita dejaría entrever esas emociones que, en la casa, era incapaz de revelar. Pero ella se había opuesto tenazmente a que invitara a sus amistades, había batallado para destruir a cuantos rodeaban a su hija, y debía reconocer que ya no existían caminos para

unir a esa niña, a la que por casualidad oía reír en la vereda, con la jovencita que trasponía el umbral llevando una mueca de indiferencia y sarcasmo en la boca. Sin embargo, la actitud para con Zoraida la desconcertaba, y se atrevió a interrogar:

—¿Isabel..., estás molesta con la Zoraidita? Se diría que la escabulles.

—¿Yo? ¡Qué ocurrencia, mamá! La quiero y me da mucha lástima.

—¿Te da lástima?

—¿Es que te parece poco lo que le pasa?

—Entonces..., ¿sabes que...?

—Lo supe primero que tú.

—¿Cómo?

—Apenas empezó con esos vómitos y esos mareos, le dije: "Me tinca que te fregaste, ñata. Estos malestares no son del hígado ni del apéndice; apendicitis con patitas es lo que tienes". ¡Ay, mamá, no me mire con cara de vaca viendo pasar el tren! ¿O piensa que todavía creo que a los niñitos los trae una cigüeña?

"¿Es cinismo o ingenuidad lo que la autoriza a expresarse de este modo? —dudó Trinidad—. ¿Y qué es lo más atinado que yo debo hacer? ¿Ganarme su confianza conversando con ella de igual a igual? ¿Probarle que no soy una vieja anticuada sino una mujer moderna, que entiende a la juventud, y a quien puede hablarle sin tapujos? No, eso resultaría sumamente peligroso. Me rebajaría, la haría perderme el respeto..., si es que aún guarda

un mínimo de respeto por mí." En su concepto, la madre necesitaba estar en un plano superior, como doña María Isabel fijada en su memoria, digna y majestuosa, obligándola a estremecerse de vergüenza al pensar que, por un resquicio del cielo, sorprendía sus amores con Rodrigo. La madre de la Doris Rojas, o de la Norma Astudillo, podía adaptarse al lenguaje y al tono desfachatado de sus hijas. Ella no. Ella era de otra escuela, nacida de una cepa muy diferente. "Pero tampoco conseguiré gran cosa reprendiéndola —meditó—. Se alzarán de hombros y prestarán oídos sordos a mis palabras." Era más práctico no añadir nada, no sondear en los pensamientos de Isabel, no zarandear el puente cortado que las aislaba. La chiquilla retomó su interrumpido silencio, se enfrascó en su distancia. Y Trinidad, observándola, se despreció por su absoluta carencia de energías para actuar de algún modo positivo, ya fuera retrocediendo a reclamar el sitio derrumbado, para imponer desde allí su autoridad, o gozando del estrecho rincón apacible, de la muelle rutina, de la mediocridad conquistada a través de la cual podría compartir la vulgaridad de su hija. "Si me hubiese casado de nuevo, si contara con un hombre a mi lado..., con un hombre que tomara las riendas asumiendo las responsabilidades de un marido, de un padre... —se quejó para sí—, entonces, tal vez, sintiéndome respaldada, me desempeñaría con más eficacia, sabría manejar a Isabelita, guiarla. Con Rodrigo, que es un cero a la izquierda, que se desentiende de mis problemas, y estas relaciones a escondidas, así...,

sin nadie a quien recurrir, desenvolviéndome entre gente torpe e inculta, me hallo atada de pies y manos..." Le dio la espalda a Isabel; no quería que captara la sensación de pequeñez y desconsuelo que la consumía. Se encontraba sola, y le pesaban los años; le pesaban el amante ciego y esa hija muda; le pesaban los muros de la casa de pensión.

CAPITULO SEPTIMO

EL ESCÁNDALO se produjo a las diez de la mañana de un día de agosto. Trinidad no llegó a cerciorarse de los detalles, ignorando si Zoraida, hastiada de sentirse objeto de una permanente observación, se había confesado espontáneamente con su madre, o si ésta, luego de realizar diversas averiguaciones, acabó por descubrir la verdad. Lo cierto era que doña Estefanía, con los labios amoratados, estaba desmayada en su lecho cuando llamaron a la dueña de casa. Mientras tanto la Lucrecia corría a telefonar desde un almacén a la Asistencia Pública, la señora Berta y la Tila frotaban los pies de la obesa mujer, Zoraida, con expresión de loca, se aferraba a los barrotes del catre de bronce, y la Brígida realizaba una extraña operación, que consistía en cortar un mechón de pelo de la enferma, quemarlo y hacerla aspirar el olor de los cabellos chamuscados.

—Ya verán que con este remedio se mejora ligerito —aseguraba.

Pero doña Estefanía no volvió en sí lánguidamente, como era de suponer. Tras una inyección de coramina,

abrió repentinamente los ojos, y aguardó a que el médico se marchara. Entonces saltó de la cama con inesperada agilidad, y sin que nadie alcanzara a sujetarla, se abalanzó sobre su hija, que aún permanecía de pie junto al lecho, y principió a abofetearla con tanta energía, que la propia señora Berta, quien continuaba siendo encarnizada enemiga de Zoraidita, pidió clemencia para la infeliz:

—¡Ay, mujer por Dios, no la castigue así, que va a matarla!

—¡No la defienda, Bertita! —gritó doña Estefanía, asestando nuevas cachetadas—. Déjeme arreglarle las cuentas a esta sinvergüenza. —Y tironeando a Zoraida de la larga cabellera, al mismo tiempo que le propinaba rodillazos en las nalgas, vociferó—: ¿No te gustó hacer cochinas? ¡Toma, toma, para que se te quiten las ganas de andar puteando!

Mirtha Bell, que a esa hora dormía plácidamente, tuvo que imponerse de la furia de su vecina, e irrumpió en el dormitorio de las Briones, cubierta apenas por un transparente camisón color naranja.

—¡Por la miéchica, si esta vieja va a moler a patadas a la pobre cabra! —exclamó, interponiéndose entre la madre y la hija, y recibiendo de paso algunos bofetones.

Al fin, lograron arrancar a Zoraida de las encolerizadas manos de doña Estefanía, que, sudorosa, se sentó en el borde de la cama a llorar desconsolada:

—Haberla cuidado tanto para que fuera una señorita correcta, haberle repetido a diario: guarda bien tu hon-

ra, Nena, que ése es el único tesoro de una niña pobre, y si te tientan con lujos, cierra bien los ojos, que la que cae ya no se levanta; aconsejarle que lo que se tiene entre las piernas no hay que largarlo más que en la noche de bodas..., ¿para qué? ¡Para que anduviera revolcándose con un casado, que más encima me la embaraza! ¡Ay, si tendrá que pagármelas ese paco de moledera! ¿Qué se ha figurado? ¿Que la hija mía es una cualquiera? Virgen del cielo..., ¿qué mal habré hecho yo para merecer esto? Pensar que cuando mi hermano Humberto, que tiene a sus dos chiquillas harto bien casadas, y su buena casa con parrón y gallinero, en San Bernardo, me embromaba diciéndome que ya iba para solterona la Zoraidita, yo le contestaba tan orgullosa: la Nena puede regodearse, que para eso el que se case con ella se la llevará enterita, aunque ya no tenga veinte años, y al matrimonio llegará como se debe. De haber sabido que a esta tonta le tiraba para puta, callada me habría quedado. Y de ser así..., bueno, de los males el menor, ¿no les parece? Podría haber sido puta en grande, de las que se pagan caras; haber tenido su buen departamento y su regio abrigo de piel, y aliviar en algo a su pobre madre, que toda la vida se ha sacrificado por ella; pero no ser una chusca barata, de esas a las que ni siquiera les dan las gracias, puta por el vicio..., ¡sí, por el puro vicio! En vez de defenderla, ustedes deberían ayudarme a pegarle por cochina..., por cochina...

—¡Cálmese! —rogó Trinidad, pasándole un vaso de

agua—. La obligación de las madres es perdonar. Piense en las compensaciones que le dará el ser abuela.

—¡Ni me hable de eso! Al hijo del paco no querré ni verlo.

Prescindiendo de las lágrimas, los insultos y las quejas de doña Estefanía, Mirtha Bell se adueñó de la situación. Llenó de agua el lavatorio de fierro enlozado, lavó la cara de Zoraida y le aplicó compresas frías en la frente.

—Ya, m'hija, quédese tranquilita —la reconfortó, con aire maternal—. La paliza tenía que aguantarla al fin y al cabo. Pero ya pasó, así es que olvídense del mal rato. Aquí todas vamos a cuidarla para que su guagüita nazca bien sanita. Y yo le voy a tejer unos paletocitos lindos. A su mamá no le dé boleto, y verá que sola se le quita la rabia. Supiera usted la pateadura que me dieron a mí la primera vez que me fui de la casa. Mi papá no era ningún muerto de hambre; tenía su negocio de fuente de soda, y a mí me quería casar con el propietario de la carnicería La Mallorquina. Pero a mí no me gustaba el español, y mi sueño era ser artista, así es que me fui a ofrecer a la Radio del Pacífico, para unos programas de aficionados, y a escondidas empecé a cantar. Y ahí conocí al Negro Montecinos, que era periodista, y me enamoré de él en cuanto lo vi. El me puso el nombre de Mirtha Bell, porque el de Eliana no servía para conducirme por el camino de la fama, y publicó mi fotografía en los diarios, y como conocía al dueño de la quinta El

Rocío, hizo que me contratara. Me inicié con el tango *A Media Luz...*, usted sabe: "Corrientes tres cuatro ocho..." Lástima que yo era menor de edad, así es que mi papá les dio aviso a los tiras, y arriaron conmigo de vuelta a la casa. ¡Puchas, Zoraidita, la fresca que me dieron mi papá y mi madrastra! Y, ya ve: me salí con la mía, y volví a mandarme cambiar. Claro que el Negro se acobardó el tonto, y no quería tenerme más con él en la pensión en que vivía. Pero yo lo convencí, porque para algo él era periodista y amigo de los tiras, y... —lanzó una fresca carcajada— amenazaron a mi padre con cerrarle el negocio si seguía molestándome...

La señora Berta escuchaba con avidez a Mirtha, vacilando entre ofenderse con el relato o dar riendas a su curiosidad y saborearlo íntegramente, y Trinidad sentía irreprimibles deseos de reír. Aquel cuadro de doña Estefanía jadeante y llorosa, Zoraida desgredada, Mirtha semidesnuda narrando su historia, y la anciana alzando el cuello, semejante a una serpiente que oye la flauta del encantador, le parecía mucho más gracioso que dramático. No obstante, comprendía que su risa sonaría igual que un insulto para las Briones, y que también la señora Berta la juzgaría severamente por ese exabrupto.

—Y lo que va de ayer a hoy —proseguía la señorita Bell—; actualmente, puesto que no les pido un cinco, y ando con mis buenos vestidos, y les llevo sus regalitos, mi papá y mi madrastra son uña y mugre conmigo. Que la Elianita es tan macanuda, que tiene la voz idéntica a

la de la Libertad Lamarque... , ¡ay, santito, dónde te pondré! Así va a estar su mamá con usted el día en que le plante al crío en los brazos.

Zoraida esbozó una sonrisa desabrida.

—¿Le importaría, señora Trini, que vaya a su pieza a conversar con usted? —susurró, apartándose de Mirtha.

—Encantada, Zoraidita. —Trinidad aprovechó ese minuto para desligarse de doña Estefanía—. Además conviene que su madre descanse. —Salió del cuarto conteniendo la hilaridad.

Media hora más tarde, Zoraida fue a reunirse con ella. Trinidad la observó y la notó serena; llevaba abrigo, y el maquillaje escondía las huellas que las bofetadas habían dejado en su rostro.

—Me voy de aquí, señora Trini —dijo—. Es lo único que me corresponde hacer.

—¿Se va? ¿Adónde?

—Hablaré inmediatamente con Andrés. El puede arrendarme una pieza para instalarme hasta que nazca el niño. Después buscaré trabajo...

—No hará nada de eso —afirmó Trinidad, asombrándose al oír la seguridad tajante de su voz—. Le advierto que no voy a consentir que haga disparates. Si ya comienza a abrumar a Andrés con obligaciones, la abandonaré a corto plazo. —Ignoraba en qué experiencia se basaba para expresarse tan enfáticamente. Pensó: "Jamás

sospechará el tal Andrés Mancilla que resguardo su paz y sus intereses”.

—No puedo vivir con mi madre —rebatió Zoraida—. ¿No la vio reaccionar? ¿No se da cuenta de que está hecha una fiera? Me odia porque le desbaraté el plan de casarme con Salomón Finuri, en circunstancias que ella ya se veía mandoneando a los empleados de la sedería, y echada atrás en el coche verde. Defiendo mi pellejo y la vida de mi hijo, señora Trini. ¿O quiere que me apaleen todos los días y que yo agache la cabeza?

—No exagere. Su madre no la odia. El ataque de furia que le vino fue un arrebato; no volverá a repetirse. Suponiendo que proyectaba casarla con Finuri, la desilusión que ha sufrido ha sido doble, pero de ahí al odio hay un trecho. Mirtha Bell conoce bastante la vida, Zoraida, y las cosas que decía no eran tan desatinadas. Estoy de acuerdo con ella en que la paliza tenía que soportarla, y luego olvidar el incidente. Le aseguro que doña Estefanía ya lo ha olvidado. Si se va de la casa, en cambio, la ruptura será grave. ¿Y para qué? ¿Para ir a vivir sola, rodeada de gente desconocida, en los instantes en que más va a necesitar afecto y atenciones? Andrés no le va a dedicar más tiempo, probablemente le resultará difícil hallarse a su lado durante el parto, y no creo que le sobre el dinero para pagarle una pensión decente. Separarse de su madre sería la peor locura que podría cometer. Quédese en el sitio en que está, con la gente que la quiere y que la apuntalará en sus dificultades. Pídale perdón

a su mamá, y los ánimos se irán aplacando lentamente.

—Usted oyó que no querrá ni ver al niño.

—¡Tonterías! Plántaselo en los brazos, tal como le aconsejó Mirtha, y la tendremos lavando pañales y meciendo la cuna.

El vuelco favorable de la señora Briones se hizo esperar menos de lo que Trinidad presuponía. Esa noche, en la reunión en la sala, la madre de Zoraida enfocaba los hechos de manera muy diversa:

—De puro buena le fue a pasar este chasco a la niña. A las diablitas no les meten así no más el dedo en la boca, y si mi Nena no hubiera sido la pajarona que es, no la habrían engañado. ¡Ay, si los hombres son tan malos! ¿Verdad, Bertita?

La anciana, que sentía saciados sus ímpetus de venganza en contra de Zoraida, luego de haber presenciado el castigo de la mañana, accedió a cargar al mayor Mancilla con las culpas:

—Si al hombre lo guía el demonio.

—De todo hay en la viña del Señor —puntualizó don Evaristo—. Lo lamentable es que el sujeto que ha burlado a esta joven esté ligado a otra dama por vínculos indisolubles y sagrados, lo cual no permite exigir la justa reparación al daño que ha cometido.

—Esa es la desgracia, pues —asintió doña Estefanía—. De ser soltero, en menos que canta un gallo lo habríamos tenido subiendo al altar con la Zoraidita. ¡Qué chiquilla tan idiota esta hija mía! Pero quizás cómo la embaucó

ese canalla. Si es para peor educar a las niñas a la antigua, cuidándoles la inocencia; las pobrecitas ni saben en lo que están cuando las embarazan. ¿Verdad, señora Trini?

Trinidad sonreía intentando complacerla, y anotaba en su fuero interno: "Nos está pintando a la Zoraidita igual que a una demente del Hospicio".

—Lo importante es que no nos crucemos de brazos, y hagamos lo que sea para ocultar las cosas —propuso la señora Berta—. Usted no puede exponerse, Estefanía, a que el mundo señale a su hija como a una perdida. ¿Y quién le dice que más adelante, ya que la muchacha es donosita, no encontrará a alguien dispuesto a casarse con ella?

—¡Dios la oiga, Bertita! Eso sería un milagro, porque... ¿quién va a querer ofertarle matrimonio a la niña? Los dulces mosqueados no los compra nadie.

—Precisamente por eso es que le insisto en salvar las apariencias. Los trapos sucios se lavan en casa, Estefanía.

En los días que vinieron, Trinidad fue testigo de la repentina solidaridad que unió a las pensionistas, con el objeto de descubrir una fórmula que reivindicara la reputación de Zoraida. Y aunque Trinidad estimaba inofensiva esa confabulación, tomaba parte impulsada por una mezcla de piedad y ternura hacia aquellas mujeres. Mirtha Bell, que hasta entonces no era considerada una persona respetable, pasó súbitamente a integrar el grupo íntimo, y sus opiniones, que antes escandalizaban a la

señora Berta, fueron recibidas como mensajes plenos de una honda sabiduría. La cantante reducía sus horas de reposo y se levantaba más temprano, acudiendo a intercambiar ideas y posibles soluciones para "el caso de la Zoraidita". Una de esas mañanas entró en el dormitorio de la señora Berta, en camisón y bata, lo que era habitual, y, echándose de espaldas en el lecho, habló sosteniendo un cigarrillo en una comisura de los labios:

—¡Chitas que somos aturdidas! ¿A qué calentarnos tanto el mate para arreglarle el pastel a la Zoraida, si con largar la copucha de que se casó se acabará la bolina?

Doña Estefanía se acercó a Mirtha:

—A ver, chiquilla, explicate. Y convídame un cigarrito de esos finos, sé buena...

—Muy simple —resumió la otra, ofreciéndole el paquete de cigarrillos rubios, y encendiéndole uno—: podemos inventar que la Zoraidita conoció a un señor en Viña, en el verano; que, por ejemplo, él era extranjero y estaba de turista en Chile; que se enamoraron, y...

—¡Espléndido! —chilló la señora Berta—. Se enamoraron y se casaron en secreto...

—No se me apure tanto, señora —reclamó Mirtha—. El gringo..., no, mejor decimos que era argentino, ya que en el verano cae mucho turista argentino a jugar en la ruleta; el argentino pidió a la cabra, se comprometieron y cambiaron anillos, y él regresó a Buenos Aires...

—Esa píldora no se la tragarán —estableció doña Estefanía—. Al comprometerse la niña, yo le hubiera avi-

sado a mi hermano, y habríamos colocado la foto en el diario; una será pobre pero respeta a Carreño.

—No, pues, no le avisó porque a usted le daba mala espina que el tipo las emplumara tan rápidamente para su patria. ¿Y si en unos meses más se olvida de mi hija?, pensaba usted..., y hacemos el loco anunciando el compromiso, ¿ah? Por eso no quiso comunicárselo a la familia hasta que pasara un tiempo.

—Muy razonable —aprobó Trinidad.

—Y así corren los días, y de repente el cartero les trae una carta del novio, que dice que vendrá a Chile a llevarse a la Zoraida, y que para eso han de casarse por poder.

—¿Por poder? ¿No suena un poco raro? —inquirió la señora Berta.

—Es la moda de los extranjeros y de los artistas —sostuvo Mirtha—. Un fonomímico que trabajó conmigo en Iquique, se casó por poder con una desnudista mexicana. Y bueno, la Zoraida, tan enamorada, le da el sí y hacen toditos los papeleos, y el argentino manda un certificado en que figura ya casado con ella. Y usted, pues, doña Estefanía, espera a que su yerno llegue a Chile para presentárselo a su hermano y a su familia de San Bernardo. Pero el argentino se aparece a los dos días en Santiago, y puesto que es el marido legal de su hija, le dice que a la vuelta del viaje de novios les darán la noticia a las amistades, y parten en luna de miel a la playa. Y ahí se nos embaraza la Zoraidita, al tiro, en la primera

noche, porque..., ¿para qué vamos a alargar más el cuento, no les parece? Y se encuentran en lo mejorcito de la luna de miel, en una playa regia, cuando..., ¡zas!, el argentino recibe un telegrama avisándole que debe atravesar al momento la cordillera, por unos negocios urgentes que peligran. Se vienen a Santiago con la Zoraidita, y él da montones de disculpas, que esto y que el otro, y promete enviar un pasaje para que su esposa se le reúna en Buenos Aires. Pasaje es este que nunca llega.

La señora Berta y doña Estefanía escuchaban, impregnándose de aquella fábula que ya comenzaban a incorporar a los recuerdos. Trinidad se divertía, reconociendo que Mirtha Bell poseía un insospechado talento para urdir argumentos de folletines.

—Y los meses ruedan —continuó ésta, con tono melodramático—, y ustedes ya no se atreven a dar parte del casamiento, porque sospechan que a la Zoraida la hicieron lesa. Pero cabriadas de que el esposo ni resuelle, se las ingenian para averiguar en la Embajada argentina o... ¡qué sé yo dónde! y... ¡Qué me dicen, hijitas de mi alma! Resulta que el matrimonio es fulero, lo que se llama fulero, o sea que no les vale. Total: su hija está jodida, doña Estefanía.

—No hay más —corroboró la señora Berta—. Y dueños serán de criticar a Estefanía y a la Zoraida por estúpidas, sin embargo no podrán acusar a la muchacha de ser una zafada. Porque muy distinto es haber sido víctima de la farsa del argentino, a irse a acostar sin dis-

poner ni de un documento falso para justificar el traspie. Ahora lo único que hace falta es comprarle una argolla de compromiso a la Zoraidita.

—¿Se le ocurrió sola esta historia? —preguntó Trinidad, examinando a Mirtha.

—Mire, señora Trini, para serle franca, le diré que la cranié con ayuda de un amigo. Sin nombrar a ninguna de las de aquí, le conté el caso, y como él es libretista de radio, le dije que discurriera algo.

—Muy talentoso el amigo —aplaudió doña Estefanía, y todas convinieron en propalar aquella leyenda del matrimonio.

También fue Mirtha quien bautizó al imaginario marido de Zoraida, llamándolo Luis Alberto Corrientes; Luis Alberto, por ser el nombre de un amante argentino que ella había tenido, y Corrientes, en memoria de la calle de Buenos Aires, que le recordaba el primer tango que entonara frente al público. A su vez, Zoraida, que al comienzo rechazó terminantemente esa comedia, concluyó rindiéndose a la presión de su madre y de las vecinas, y colaboró activamente en la invención de una infinidad de pormenores que otorgaban más verosimilitud a los hechos. Risueña, describía la elevada estatura de Luis Alberto, el color de sus ojos, e imitaba las inflexiones de su voz con un marcado acento bonaerense. En una ocasión, le confió a Trinidad:

—Fíjese, señora Trini, que tanto he hablado del ar-

gentino delante de Andrés, que el muy tonto se ha puesto celoso. Son extraños los hombres, ¿no?

Frecuentemente, Trinidad tenía la sensación de que esos meses, desde que doña Estefanía supo que iba a ser abuela, equivalían a una prolongada representación teatral, en la que cada cual se empeñaba por imitar emociones, consciente en el fondo de estar recitando parlamentos ensayados previamente; consciente de que al término de la función recobraría la individualidad metamorfoseada por las pelucas y los disfraces, la dimensión de la realidad distorsionada por obra de los decorados y los reflectores. Muchos años atrás, en la adolescencia, recordaba haber vivido una experiencia similar: se celebraba el aniversario de la fundación del colegio, y la madre superiora, rodeada de religiosas y maestras, ocupaba el sitio de honor en la primera fila del salón de actos. Las cortinas del pequeño escenario se hallaban abiertas, las candilejas encendidas, y allí, entre árboles de utilería y castillos de cartón piedra, una Trinidad de trece años, con una larga cabellera de hilos dorados, arrastraba la cola del vestido, encarnando a una dama medieval que llora la partida de su marido a las Cruzadas, y declamaba un largo monólogo. Por unos instantes logró engañarse, y brotaron, como verdaderos, las lágrimas y los suspiros; no obstante, un murmullo en la platea, el crujido de un paquete de caramelos, volvió a situarla en ese ámbito de superchería; y se le hizo audible el cuchicheo de la joven que hacía de consuegra, tuvo la certeza de que el guerrero que en-

traría en escena, herido, era su compañera de banco, ataviada con una coraza de papel plateado, y mantuvo ese remedo del dolor, esos ademanes trémulos, mediante un desdoblamiento que le permitía dividirse en dos personalidades: la heroína entregada a la fingida tragedia y la alumna que controlaba el efecto de ciertos trucos rigurosamente aprendidos, atenta al instante en que estallarán los aplausos. Hoy le sucedía otro tanto. Percibía el estado de alerta; sabía que un telón iba a caer, dejando al descubierto las atmósferas frías, desnudas de ensueños, y aquellos pensamientos que reaparecían en la soledad del cuarto de baño, o al estirar la mano para apagar la luz de la lámpara.

La guitarra de Rodrigo dispersaba notas, acordes que eran una llovizna humedeciendo tenuemente las tardes de septiembre, retardando el sol en el poniente, volviendo más cálidos los amaneceres. De pronto él proyectaba imágenes de su infancia que rompían fugazmente la opacidad de su mirada; pero cuando el brillo sorpresivo se extinguía, la ceguera era más corrosiva, lo ennegrecía todo. Y el hijo de Zoraida, los vaivenes de aquel vientre adaptándose al peso del agua, de la sangre, de los latidos frágiles, retrotraían al ciego a su propia niñez dolorida, avivaban su asco. Apartado del círculo que charlabá en torno a la mujer embarazada, apartado de los ovillos de lana, de las agujas, del acompasado ritmo de la máquina de coser dobladillando pañales, aparecía más huraño, más apático que antes. Un impreciso temor agui-

joneaba a Trinidad entonces, palpitaba tras las ojeras que acusaban nuevas noches de desvelo.

—La he notado muy paliducha, señora Trini —solía opinar la señora Berta—. ¿Acaso no se siente bien?

Doña Estefanía informaba acerca de la fuerte impresión que le había causado al señor Finuri el conocimiento del fracasado matrimonio de Zoraidita:

—Si creí que iba a desmayarse el pobrecito, y yo..., harto viva la vieja chueca, me aproveché para decirle: ¿Comprende, pues, don Salomón, por qué la niña no le aceptaba sus invitaciones? Claro es que él se me avivó también, y muy sentido me dijo que yo debería haberle dicho que la niña estaba comprometida desde el verano. A lo que le respondí: Mal podía hablarle de eso, don Salomón, si hasta el último tuve la esperanza de que el compromiso quedara en nada..., ¿no ve que el argentino no era santo de mi devoción? Y cuando la Nena, tan voluntariosa, firmó los papeles para casarse por poder, y nos pasó la desgracia que nos pasó, de vergüenza no teníamos cara para venirle a contar la verdad; sobre todo tratándose de usted, que ha sido tan cariñoso y tan servicial.

—No me extrañaría que el señor Finuri volviera a pretender a la Zoraida —sentenciaba la señora Berta—; en unos meses más, se entiende, una vez que recupere su talle. Pero si eso ocurre, siga al pie de la letra mis consejos, Estefanía, y exíjale a esta muchacha que sea el prototipo de la corrección; mire que los hombres hacen

diferencias entre cortejar a una virgen y a una que ya es madre.

—¡Descuide, Bertita, que si es preciso la hago ponerse calzones de lata a esta idiota! Si don Salomón se interesa todavía en ella, de aquí saldrán con la libreta del Civil y las bendiciones. Que no se piense que porque él es rico y la Nena ya no es virgen se la va a llevar a la cama así no más. ¿Oíste, Zoraida? No estés ahí, tonta lesa, haciéndote la de las chacras. Las leseras que hiciste las vas a tener que enmendar toditas, y obedecernos al pie de la letra lo que te mandemos. ¿No es cierto, Bertita?

—Por supuesto. Claro que así, gorda como está, no va a conquistar a nadie. Después es cuando tendrá que andarla trayendo con las riendas bien cortas, Estefanía. Piense que esta niña está en la quemada para pescar un marido y debe aprovechar la juventud que le queda, porque ustedes ni siquiera tienen parientes militares, y no podrán optar ni a una pensión de gracia.

Zoraida mantenía las pupilas fijas en su tejido. De repente se levantaba sonriendo ante imágenes invisibles, y se encaminaba, perezosa, hacia el balcón, balanceando el trasero cuyo volumen aumentaba a la par que el de su vientre:

—Con permiso. Voy a ir a dar una vueltecita por aquí cerca...

Las otras la veían salir, y se enderezaban, rígidas:

—No sabré yo que va a juntarse con el maldito paco, que cree engañarme —farfullaba doña Estefanía—. No,

no se sueñe, Bertita, que me he ablandado. Se lo consiento porque la matrona me dijo que en el estado en que se halla no conviene contrariarla. Lo que tenga el niño..., ¡otro será el cantar! Ya le ajustaré bien las cuentas..., a ella y al mayor Mancilla, que no me va a asomar más la nariz por aquí. No, pues, si por más que la cuestión le haya quedado gustando, no le voy a aguantar que repita la gracia y me endose otro nieto. Seriecita tendrá que andar, y olvidarse del paco; hacerse cuenta de que se ha muerto.

—¿Y si insiste en verlo? —inquirió Trinidad, abogando por el respeto a la voluntad de Zoraida—. Su hija es mayor de edad, doña Estefanía. Usted no puede imponerle...

—¿Que no puedo imponerle? Espérese no más, que ya lo he estudiado todito. A la hora en que la niña se me ponga tiesa y no corte con el paco, me humillaré y le largaré enterita la verdad a mi hermano. ¡Ya veo cómo se va a enfurecer Humberto! Porque mi hermano no es de los que entienden bromas, y si la gracia de la Nena la hace una de sus chiquillas..., ¡mejor ni pensarlo!; la mata. El, con sus yernos que le obedecen más que a un padre, sacarán a la Zoraida de aquí, en la noche, y la meteremos en una de las piezas del fondo en la quinta de San Bernardo. Y ahí la tendremos el tiempo que sea, hasta que entre en razón. Le apuesto que con unos meses de encierro se pondrá tan mansita que cuando vuelva ustedes no la reconocerán.

—¡Doña Estefanía, eso es inaceptable! Una madre no puede hacer raptar a su hija. “Pero esta vieja es tan bruta y tan primitiva —meditaba Trinidad—, que es muy capaz de llevar a cabo esa locura. Yo se lo impediré; aunque tenga que avisar a la policía se lo impediré.”

—El fin justifica los medios —apoyó la señora Berta—. Estoy con usted, Estefanía.

Cuando Trinidad comentaba con Rodrigo estas incidencias, él soltaba una risa amarga, y exclamaba:

—¡Maravilloso! ¡Sublime! ¡Profundo amor maternal! Doña Estefanía merece que le alcen un monumento, que le rindan homenajes por los laudables esfuerzos que despliega por la felicidad de su hija. Está mal que tú te opongas a esos planes tan edificantes; tu condición de madre te manda colaborar en ellos. Aporta, Trinidad Isazmendi, tu grano de arena para que Zoraida abomine del mayor Mancilla, y se convierta en la pecadora arrepentida que le tenderá trampas al dueño de la sedería y logrará casarse con él. Si no, su bondadosa madrecita procederá con absoluta justicia al asesinarla, a garrotazos o espolvoreándole la comida con estricnina, detalle que no varía la grandeza del gesto; las madres no escatiman sacrificios con tal de proteger a sus vástagos de la desgracia y la perdición, y encauzarlos por la senda de la felicidad... que, tratándose de Zoraidita, es transformarse en la señora Finuri, y ahogarse en metros y metros de sedas, alfombrar calles con sedas, reventar

inflada de sedas, cagar sedas. Y, esto sí que es fundamental: aprender a quebrarle el espinazo al hijito que, a su vez, le ha dado el honorífico título de madre; el hijito por cuya felicidad debe luchar.

—¡Bestia! —Trinidad no sabía si reír o enojarse—. Hay tribus de salvajes que les amputan una mano o una pierna a sus niños, y las ofrecen a los dioses como tributo para que los protejan. Es otra fórmula de lucha por la felicidad, lo que no significa que el ejemplo sea digno de imitarse, o que no merezca censura. No porque doña Estefanía sea una vieja bruta, todas las madres del mundo lo son. Yo, óyeme..., yo soy de otra clase; soy madre y me importa muchísimo que mi hija sea feliz; pero soy civilizada. En mi familia, hace siglos que los hombres descendieron de un árbol y usan cuello y corbata, y que las mujeres llevan ropa interior y no un taparrabo.

—Si Isabel te dijera que se acostó con un hombre y está embarazada..., ¿cómo reaccionarías? ¿Muy civilizadamente?

—¡No seas cretino! Isabel es una niña... —Se mordió la lengua. Era cobarde y tenía conciencia de su cobardía, de estarse defendiendo con un argumento pobre: "No, a mí no. A mí no podrá acontecerme lo que a los demás". Y el miedo la cogía remeciéndole la nuca, clavándole alfileres helados en la espalda. ¿Por qué no podría acontecerle a ella? ¿Qué talismán la inmunizaba para que los dolores que aquejaban a los otros no la tocaran?

Cada día veía a Isabelita con menos frecuencia. Pensándolo detenidamente, reparaba en que transcurrían una o dos semanas sin que cruzaran más de una frase. Por las mañanas, su hija se marchaba al colegio sin despedirse; regresaba a almorzar y comía apurada, y se marchaba otra vez, de prisa. Por las tardes, la disculpa era ya monótona: una lección que repasar en compañía de la Doris, o de la Norma. Y cuando volvía, de noche, era la hora de ir a dormir. Los domingos un pretexto y otro: invitaciones a un cumpleaños, invitaciones a la matinée, partido de fútbol, excursiones programadas por el liceo. Desde el baño venían esas canciones; canciones que distaban mucho de las rondas infantiles; canciones emitidas por una voz levemente ronca; canciones que parecían cantadas por una mujer y no por su hija. Sí, también podía acontecerle a ella, a Trinidad Isazmendi. ¿Y cómo se las arreglaría la madre civilizada si Isabel fuera una Zoraidita? ¿Qué haría para restaurarle el destino troncado?

—¿Ves? Todas ustedes son cortadas por el mismo molde. —Rodrigo se burlaba—. No desprecies a doña Estefanía, Trinidad. Probablemente tú no abofetearías a Isabel, ni escandalizarías al vecindario, porque eso no es distinguido. Tú idearías peores torturas: le arrebatarias al niño y lo enviarías a criar lejos, internarías a la chiquilla en algunas monjas, o le buscarías un marido...

—¡Por favor, cállate!

Sabía que la comedia se acercaba al fin, que el clima

de paz y armonía había alcanzado la cúspide de su falsedad. Zoraida, la señora Berta, don Evaristo, Mirtha Bell, doña Estefanía, iban a despojarse de los gestos prestados, y se adelantarían hacia las candilejas saludando con una venia al público. Los castillos de cartón se derrumbarían. Y nunca más podrían quedarse allí, sentados en la salita, sonriéndose unos a otros, estúpidamente. Tampoco ella podría permanecer en el cuarto de su amante, esperando que se sumaran amaneceres y más amaneceres tras la cortina.

CAPITULO OCTAVO

EL TEMOR de Trinidad no disminuía, y las anotaciones triviales de la señora Berta solían caer como campanadas:

—Mañana es ocho; tendré que levantarme temprano para ir a comulgar. ¡Qué ligero pasa el tiempo! Si no fuera porque he seguido el mes de María íntegro, no creería que ya estamos en diciembre. Quedó tan lindo el altar mayor; vieran qué artístico, adornado con esas flor-citas blancas de tallo largo..., unas muy fragantes... ¡Ay, esta memoria mía!

—Juncos —afirmó Zoraida, con la boca llena, engullendo los chocolates que le había regalado Andrés Mancilla, y tironeó el holgado blusón que ya no disimulaba su gravidez.

—¿Juncos? No, niña, qué van a ser juncos... Y, a propósito..., ¿decidió el nombre de la criatura?

—Si es hombrecito se va a llamar Gregory, y si es mujercita, le pondré Marilyn.

—¡Santo Dios! No sé qué les ha dado con esos nombres gringos. En mis tiempos bautizaban a los niños como cristianos: Juan, Pedro, Antonio, Marcos.

—Gregory, es por Gregory Peck, que es mi actor favorito; y Marilyn, en memoria de la pobrecita Monroe... ¡Me dio tanta pena que se muriera!

Trinidad observaba a Rodrigo, y lo sentía emprender la fuga, alejarse de aquella charla que le repugnaba, perderse en los laberintos de su propia infancia amarga; regresar a su dura adolescencia. Y recordaba esas largas noches, en que esquivando al amor, él evocaba:

—Íbamos en filas de a dos, de la mano. A la cabeza los más chicos; todos con el par de zapatos que sólo usábamos los domingos. Los que no tenían zapatos se quedaban en su casa llorando. Pero yo gastaba dos pares al año; sandalias blancas y botines de charol negro, y un traje de marinero que la tía me había comprado en Los Andes. Eso me daba el derecho a echar el primer puñado de tierra; después los otros mocosos, boquiabiertos de susto, seguían mi ejemplo, y don Arturo Caviedes, afirmado en la pala, se aburría mientras se aprontaba a cumplir su oficio. Ese era el fin, la hora que yo esperaba para no sentir más..., no miedo, no; para no sentir más el dolor que me provocaban los zapatos domingueros encarnándome una uña; y el asco que me daba la madre, flaca y apocada, y la abuela repartiendo dulces a los niños, y el padre con el ceño fruncido, en su rincón de la cocina, tomando; y la vergüenza que me causaba la gente, mirándome atravesar la plaza, al frente del cortejo que cargaba el ataúd no más grande que la maleta con que mi tía viajaba a Los Andes; esa vergüenza que

se siente por estar comiendo pastillas de menta, y ver al chiquillo encaramado en su sillita de totora, en el centro de la pieza. Sí, el "angelito" se derretía igual que una vela de sebo, sentado en la silla, encima de la mesa, con las alas cosidas a la túnica y la cara teñida con colorete. La suegra de la madre o del padre, mucho más suegra que abuela del niño muerto, impartía órdenes, colocaba a las chicas a la izquierda y a los muchachos a la derecha, como soldados custodiando a ese muñeco sin cuerda, que, poco antes, era un niño de verdad. Ella no lloraba; el sufrimiento le correspondía por entero a la madre; ella era una especie de maestra de ceremonias, la directora del espectáculo, encargada de festejar a los invitados y, tal vez sin saberlo, conjurar al cielo para que el "angelito" mudara rápidamente las alas confeccionadas por las comadres, y en su espalda crecieran alas multicolores, plumas de pavo real con las que volaría en un santiamén al paraíso, a rogar por los vivos. El mayor esplendor del velorio y el mayor parecido del muerto a un ángel de los que se veían en la iglesia y en las estampas, pienso que garantizaban la admisión del chiquillo en los coros celestiales; por eso la madre, todavía joven, apegada a la tierra, podía lamentarse, y la suegra, cansada de vivir, debía ocuparse de que el nieto se convirtiera en auténtico angelito, e intercediera por ella en el otro mundo. Los velorios de angelitos se repetían invariables, en los períodos de epidemias, de heladas, de frutas verdes; eran un complemento de las estaciones, una distracción. Mi

tía comentaba: "Han escaseado los angelitos este año", reprochándole a la muerte lo mal que cumplía su tarea, privándola a ella de oportunidades para comer hasta atiborrarse, conocer las novedades del vecindario, y lucir a su sobrinito más lustrado que la sopera en que servía el caldo cuando la visitaba el señor cura. Algunos velorios eran más elegantes que otros; en unos, si el niño alcanzaba a agonizar más de dos días, se sacrificaba un chanco y se preparaban prietas, queso de cabeza y arrollado. En los más pobres, el niño estaba junto al calor de la cocina, con menos dignidad y más tristeza, y si no tenía edad para que pudieran sentarlo, se hallaba en la cuna o en el cajón azucarero, con dos alas atadas a los brazos, sin rizos, y con menores probabilidades de subir a lo alto. Pero siempre se oía a las viejas cantando:

*Qué glorioso el angelito,
sentadito en su sillita...
Rogando se va al Eterno
por su taita y su mamita...*

"Al término de cada entierro, uno se iba a acostar con los pies hinchados, y la vergüenza y el asco avinagrándole la boca; con la cara ya abotagada del muerto ensuciándole los ojos. Dolía ser niño. Y sin pensarlo, de golpe: el sexo. Uno despierta en los amaneceres traspirando frío; el roce de la ropa produce un cosquilleo y aprieta el estómago. Una noche, la chancha vuelve a

parir, y eso tiene otro significado. Los animales guardan algo misterioso debajo de la cola, y andamos cateando al perro y sus movimientos convulsivos al montar a la perra, al gallo que pisa a la gallina; y detrás de la cerca, donde termina la última calle y empieza el fundo de don Antonio Gormaz, está el toro cubriendo a la vaca bermeja; y los flancos relucientes de las yeguas, redondos, tibios, nos incitan a ir a solas, y acariciar, palpar con una mano miedosa, ese hueco, la zanja húmeda por donde hemos visto asomar al potrillo que nace. Entonces, en los bancos de la escuela destinados a los "grandes" y a los "porros", en medio de la Historia de Chile, de la Primera Junta de Gobierno, y lo demás, Pinzón y Soto nos enseñan a masturbarnos. El sentido de la virilidad nos inunda a partir de esa aventura; creemos saberlo todo, despreciamos a las chiquillas que esconden cosas blandas y simples dentro de sus calzones, y nos proponemos ir a putas, poseer a verdaderas hembras, echarnos una bolsa a la espalda y errar por los caminos. Esos deseos no se cumplen hasta que se tienen quince años. Una mañana, la señora Laura Escobedo, la del puesto de pan, que enviudó hace ocho meses, ordena que uno vaya a su casa porque va a mandarle un queque a la tía; y lo empuja a uno, calle arriba, y lo mete en la cocina que huele a azúcar quemada y a suelo recién barrido; y lo lleva a tirones por el corredor angosto, y al cruzar el umbral del dormitorio, cierra la puerta de un puntapié, y lo agarra a uno por la nuca. Riéndose, uno le hace el quite, y la

señora Laura empieza a enseñar cuántos usos pueden dársele a su boca, y a esas dos manos tontas de uno, que porfían por amarrarse tras la propia espalda. Y cuando se arremanga el vestido, y se tiende en la cama, sobre la colcha blanca, uno cumple, más asustado que ardiente, frunciendo los ojos para no ver al San Antonio que cuelga en la cabecera, oyendo cacarear a las gallinas en el patio, turbado a causa del sol que chorrea por el tragaluz y saca chispas en los barrotes del catre. Pasado eso, se es libre. La viuda amasa el pan en su cocina; ha vuelto a prenderse las horquillas en el moño, la mata de pelo está quieta y la falda lisa. "Ni una palabra de esto a nadie. . . , ¿entendiste?", recomienda. Y se despide, a sabiendas de que es para siempre, acompañándolo a uno por la huerta, con una mirada triste. Ya es posible partir. Abrir el cajón de la cómoda, y la caja de lata, un antiguo envase de té verde en que la tía maneja la plata del gasto mensual, y apurar el tranco en la dirección que indica el viento. El viento dobla las copas de los árboles hacia el Norte; también hacia allá emigran los pájaros.

La visión retrospectiva de Rodrigo se diluía por aquellos senderos que conducían rumbo a la pampa, a los minerales, al desierto. Y mientras las voces de Zoraida, de doña Estefanía y la señora Berta se enredaban en la conversación trivial, era la voz de él la que Trinidad escuchaba, rememorando otras evocaciones que habían ido brotando lentamente en medio de la quietud y de las

sombras. Esas evocaciones lo presentaban convertido en un muchacho desgarrado, que avanzaba descalzo, andrajoso, por las carreteras polvorientas, sin más equipaje que una guitarra que le regaló la dueña de un prostíbulo. Sus zapatos desprovistos de suela han quedado tirados en las dunas, confundidos con los cadáveres de las gaviotas que se calcinan, entre espinas de cardones y vidrios que el mar escupe en la arena, pulidos y resplandecientes como piedras preciosas. Al pasar por un caserío se detiene, y a cambio de algunas canciones se asegura una escudilla con sopa, y una manta tendida junto al fuego, para dormir amparado por el rescoldo, por el calor de los perros que sacuden sus pulgas, que roncan amistosamente. De tarde en tarde tropieza con un camión: el conductor examina esa vestimenta de mendigo, arruga la frente, pero se tranquiliza al ver la guitarra; accede a llevarlo, y él se acomoda encima de los sacos, al lado del pioneta, entonando coplas picarescas y tonadas que hablan de fértiles campos y amores contrariados, mientras los focos del vehículo encandilan a los insectos y a las lechuzas que huyen, y las estrellas descienden relampagueando. Y en cada poblado donde permanece meses o días, realizando labores diversas, reencuentra a la señora Laura Escobedo. A veces es la regenta del miserable burdel, aguardándolo con un gato que ronronea echado en su regazo; en el mismo cuarto, sobre el suelo de tierra apisonada, un minero baila con la Teruca, dando tiempo a que la Nolfia se desocupe de un cliente y les deje libre la cama disimulada de-

trás del biombo; otros hombres beben, esperando pacientemente sus turnos para hacer el amor. ¿Por qué la señora, la que no se va con cualquiera, salvo durante los días festivos en que los hombres bajan de la mina como lobos en manada, lo elige precisamente a él? Es posible que Rodrigo la haga acordarse del hijo que no ve desde hace muchos años, porque la señora despliega insospechados matices de dulzura y, al verlo partir, equilibra un lagrimón en las pestañas crespas, pintadas con carboncillo. Pero también suelen ser honestas mujeres dedicadas al cuidado de un hogar las que lo reciben, inclinadas encima de una artesa o de una cuna, con los párpados bajos. Al golpear en la puerta del rancho, la consabida respuesta es el ladrido de un perro, el llanto de un niño, una imprecación en la cocina y la voz de un chiquillo que anuncia: "Mamita..., ¡buscan!" Luego surgen el ruido de las chancletas, el descoyuntamiento de los goznes del portón y esos dos ojos que nunca miran de frente. La mujer es generosa y comparte su pan y su comida con el viajero. Le permite extraer agua de la noria y lavarse, y al enjuagar y planchar la camisa que él ha lanzado hecha un ovillo en un rincón, al remendar esas prendas grises por el uso, observa a hurtadillas el torso desnudo del desconocido. Anochece y el viento levanta arenisca; el cielo inmóvil se une a la tierra extensa y plana, y la mujer finge no escuchar las canciones de la guitarra, y no sonríe; arropa a los chicos en el jergón, sin prodigar caricias. A media noche, los niños y el perro

duermen, y ella lo llama en la oscuridad sin hacer ni un ademán, sin emitir ni el más leve ruido; lo llama con su silencio denso. Sobran las preguntas o las frases de acuerdo previo; sobran las promesas. La mujer se desplaza dejándole lugar en la cama, el lugar del marido ausente, y entrega su cuerpo con aquella generosidad hosca con que ha ofrecido el pan y remendado la ropa; sin palabras de amor, ocultando el rostro. No obstante, su abrazo, aunque menos sabio, se parece al de la regenta del burdel. Ambas han mecido al muchacho sobre sus pechos, lo han guarecido en la suave intimidad de sus muslos. Y en el momento de decirse adiós, ésta, idéntica a la otra, tiene húmedos los ojos. Mirando descaradamente, o de soslayo, ambas son hermanas de la señora Laura.

Recordando todo eso, Trinidad pensó que era estúpido haber sentido celos de la alumna de guitarra, de una chiquilla con pequeños senos erguidos como limones. Rodrigo era incapaz de experimentar atracción por las jóvenes. Estaba indisolublemente atado a un tipo de mujer, a un modo de amar en el que se conjugaban lo imperioso y lo tierno, a unas formas maduras y a un andar reposado, al semblante ya marchito, que le harían encarnar constantemente a la prostituta y a la madre en una sola figura femenina; una figura que, renovándose, iba a su encuentro a través de innumerables caminos, llamándose Laura Escobedo o Trinidad Isasmendi. Sin embargo, vislumbraba que ese encadenamiento a lo maternal de la amante redundaba en la repulsa por las funciones de la maternidad.

—Señora Trini, ¿de qué color le parece que convendría forrar la cunita? Yo había pensado en un organdí blanco, pero la Bertita dice que el blanco se ensucia tan fácilmente...

—¿Cómo? Perdón, doña Estefanía; estaba distraída. —Observó a todos los presentes. Ahora el telón se hallaba a punto de descender. No podía engañarse. No se lo avisaba una intuición sino una irrefutable certidumbre.

Confirmó aquella certidumbre esa noche, apenas abrió la puerta de su habitación, y vio un par de brasas consumidas, dos agujeros en los ojos de Zoraida.

—¿Qué hay?... ¡Hable!

—Esta carta, señora Trinita... —Bruscamente envejecida, la mujer se recostó contra la muralla, con una mano protectora encima de su vientre abultado, sosteniéndolo como quien sujeta una delicada vasija, y con la mano libre le tendió el papel. Dos arrugas curvaban su boca en una mueca desconsolada.

—¿Qué es esto? —inquirió Trinidad, distinguiendo una de sus esquelas y la letra de rasgos grandes y desordenados.

—Lea —dijo Zoraida, y pegó la frente al marco de la puerta, emitiendo un ronquido ahogado, casi un sollozo. Trinidad leyó:

“Querida Zoraidita: siento meterte en este problema y ocasionarte dolores de cabeza cuando ya tienes bastante con los problemas tuyos, pero eres tan buena que por eso

abuso de ti. Tú eres la única que sabrá entenderme y explicarle a mi mamá la decisión que he tomado. Sé que ella va a sufrir y te suplico que la consueles porque a mí no me queda más que hacer. Me voy, Zoraidita. Me voy con el hombre que quiero y al que querré mi vida entera. Lo hago porque mi madre nunca aceptaría que él fuera mi marido. Lo odiaría por considerarlo de clase social inferior, por trabajar en lo que ella llamaría "oficio indigno de un caballero", y yo me alegro de que él no sea uno de esos caballeros con los que habrían querido casarme. Te repito lo que te dije cuando me preguntaste si estaba enamorada: él es el hombre al que seguiría hasta el fin del mundo. Pero mi mamá hubiera hecho cualquier cosa para alejarme de él y yo no puedo correr ese riesgo. Zoraida, te juro que si tuviera alguna esperanza de que ella iba a comprendernos todavía estaría a su lado. No tengo esperanzas y por eso me voy. No podré casarme hasta que sea mayor de edad, pero mientras tanto será igual que si él fuera mi marido y compartiré feliz su pobreza y lo que sea. Por eso te pido que convenzas a mi madre de que no me busque, y que no metan a la policía ni a sus parientes ricos en esto porque no sacarían nada. Hay que respetar mi decisión ya que si no lo hacen se acabará todo para mí y me dará lo mismo vivir o estar muerta. Dile a mi mamá que perdone esta pena que le doy. Creo que yo no soy la hija que ella debió tener y más vale que nos separemos. Querida amiga: espero que alguna vez nos volveremos a ver y conoceré a tu hijito.

(¿Será un Gregory o una Marilyn?) Gracias por cumplir el favor que te encargo. Te besa tu amiga

ISABEL SCOTT."

La carta se escurrió de los dedos flojos de Trinidad, y cayó a los pies de Zoraida. Esta se volvió, sigilosa:

—No sé..., no sé qué decirle; es tan terrible para usted...

Trinidad escapó por el pasillo, sin escucharla.

—¿Adónde va, señora Trini? —gimió Zoraida, persiguiéndola hasta el dormitorio de Isabel. Y la observó, abriendo y cerrando cajones vacíos; examinando los colgadores en el ropero, desnudos como esqueletos de pájaros. El resto de los objetos mantenía su orden: los libros en el estante, en la mesa un cuaderno con apuntes sobre literatura española, en el velador una revista de cine, y la fotografía de Isabelita en el día de su primera comunión, con el cabello rizado y una corona; sobre la cama había una muñeca de celuloide que sonreía impávida. Trinidad la contempló unos segundos, y se la pasó a Zoraida:

—Guárdela para la Marilyn. Porque será una niña; no le quepa duda.

La otra recibió la muñeca, pero no tuvo ánimo para mirarla. Deseaba gritar, agarrar a Trinidad y remecerla, provocar un estallido que rompiera esa calma pavorosa.

—Dígame qué piensa —imploró.

—¿Usted sabe cómo se llama... el individuo?

—No... Me habló de él una sola vez. Yo empecé a embromarla porque la notaba rara... Y me dijo eso, lo que escribió en la carta. Nada más; ni siquiera lo nombró, así es que no le di importancia. Supuse que era un enamoramiento de mocosa, una tontería...

—¿Y eso ocurrió...?

—¡Oh, hace varios meses! En el invierno. Después conversamos muy poco, y yo andaba tan ocupada... Señora Trini, no se quede así. Me da susto. ¿Qué hará? Yo quisiera..., quisiera...

—Si desea ayudarme, oiga: vaya a la pieza del señor Díaz, y cuénteles todo. O mejor, léale la carta, y dígame que yo estaré en el salón.

—Sí, señora Trinita. —La expresión de Zoraida era ambigua, de benévola aquiescencia a una persona que ha perdido la razón y no es apta para entrar en discusiones.

—Encárguese de que nadie nos interrumpa cuando Rodrigo y yo estemos hablando —recomendó Trinidad, y Zoraida corrió por el pasadizo, agradecida de poder liberarse de aquella situación y de comunicarse con alguien. Hubiese preferido una reacción más estruendosa, ataques y amenazas como las de su madre; eso era lo normal, lo sano. Meditó:

“Si el tipo con que se fue Isabel es soltero, lo lógico sería que removieran Chile buscándolos y que los hicieran casarse. ¡Qué más da que él sea pobre! Una madre siempre prefiere que su hija esté casada y no viviendo así no más con un gallo... Pero la señora Trini es tan extraña.

Parece sonámbula o loca, y . . . me regala esta muñeca . . . , ¡ay qué espanto, si nunca me gustó: es igual a una momia! No se la voy a dar a mi Marilyn. Se me ocurre que le traería mala suerte.”

Trinidad se había sentado en la sala, mano sobre mano, en una posición que acentuaba su parecido con doña María Isabel Chazarreta. Al ver a Rodrigo no se movió.

—Zoraida me leyó lo que escribió Isabel.

—¿Y qué opinas de la madre civilizada? Aprovecha para estudiarla concienzudamente.

—No te hagas la valerosa. Sé que sufres, y tenemos que remediar . . .

—¿Sí? —La risa de ella se mezcló al crujido de los resortes del desvencijado sofá—. Te desconozco, Rodrigo. ¡Remediar! Es una idea propia de la señora Berta o de don Evaristo. No existe remedio. Isabel va galopando como un caballo desbocado por un desvío; no hay quién la devuelva al camino real.

—No perdamos el tiempo, Trinidad. Isabel no es un caso excepcional sino vulgarísimo. Es una de los cientos de chiquillas que se van diariamente de sus casas, creyéndose incomprendidas. ¿Está enamorada? Sea; no debemos dudar de sus sentimientos. Pero que no invente dramas, ni te torture escondiendo su paradero. —Se acercó a ella, caminando sin vacilaciones, con esa desenvoltura que le nacía en la intimidad—. Si el fulano desea casarse, que lo hagan mañana mismo —agregó, acomodándose en el sofá—. Se me ocurre que no va a resultar tan difícil

ubicarlos. Yo tengo algunos datos que, a pesar de ser vagos, servirán: el hombre se llama Esteban, y no es el hermano de una compañera de colegio de Isabel, ni alguno de los jóvenes que se reúnen con las liceanas a la salida de clases. No, es mucho mayor; debe de tener unos treinta o treinta y cinco años...

—¿Cómo lo sabes? —La pregunta no reflejó ansiedad.

—Ella me lo dijo. —Rodrigo se explicó, recordando una mañana en que Isabelita había ido a visitarlo a su cuarto.

Aquella mañana a finales de julio:

—¿Lo interrumpo? —La muchacha se instaló cerca de la ventana, y él abandonó la guitarra sobre la cama.

—No. Me servirá para descansar un rato. ¿No fuiste al colegio hoy?

—No se va al colegio en domingo. Estuve oyéndolo tocar esa música nueva..., ¿es nueva, no? Muy bonita. Y sentí ganas de verlo. Me gusta usted. ¿Quiere que no lo llame más señor Díaz, y le diga Rodrigo? Me gusta usted porque es un hombre de veras y no un tontito metido a grande. ¿Qué edad tiene?

—Cuarenta. Soy un viejo para ti.

—No crea... Ya le digo que me revientan los mocosos.

—Pensaba que te gustaba el hermano de tu amiga, de la Doris...

—¿Lucho? ¡Ay, qué risa! Es un pollo entumido, espini-lento; me tinca que es virgen. Claro que me conviene que

mi mamá se imagine que ando con él. Lo divisó una vez y lo halló de lo más inofensivo.

—¿Y la verdad es que tú sales con uno que no es tan inofensivo?

—¿No me delatará, no es cierto? —Súbitamente grave—: Esteban es lo contrario de Lucho; es un hombre, igual que usted. ¡Y lo adoro! ¡Lo adoro! ¿Por qué le hablo de esto, Rodrigo? No lo he hablado con nadie, ni con la Zoraida..., con nadie. El me prohibió que lo contara. Lo que hay es que nos da miedo que lo sepa mi mamá. Si fuera una mujer corriente, que no se fijara en apellidos ni leseras de ésas, y no odiara tanto a los pobres..., porque se puede ser feliz siendo pobre, ¿no cree?..., bueno, yo traería a Esteban a la casa...

—¡Hazlo!

—¡No, tendría que estar loca! Ya veo a mi mamá saludando a Esteban con la punta de los dedos, hablándole del tío Exequiel, y por fin, apenas supiera quién es y en qué trabaja, echándolo de aquí. Por eso nos vemos en secreto.

—Cualquier día, una de las empleadas, o las viejas, te divisarán en la calle y correrán a pasarle la noticia a tu madre.

—Decidiremos algo antes. Y generalmente nos cuidamos de no lucirnos en la calle.

—¿Dónde se ven?

—En un bar, o... en la pieza que él arrienda.

—¿Eres su amante?

—Sí. Perdóneme por no contarle cómo principió todo; eso es lo único que no puedo contarle. —Aproximándose a Rodrigo, lo besó en la frente y se marchó.

Hoy, él creyó percibir el aroma fresco del cabello de Isabel rozándole las mejillas.

—En el fondo, me eligió para que reemplazara al cura que, años atrás, la absolvía de sus culpas de chiquilla —comentó—. La asfixiaba el secreto, y mi ceguera me colocaba en un lugar adecuado para oír confesiones.

—Cumpliste en forma excelente el papel de confesor. Te felicito. Si hubieras sido menos discreto y más leal conmigo, yo habría salvado a mi hija.

—Isabel ya era la amante de ese hombre, y tú no arreglabas nada oponiéndote a las relaciones de ambos. La solución en ese momento y ahora es una: que cedas y les des el consentimiento para que se casen. Zoraida me presentará al mayor Mancilla, y éste proporcionará los medios para localizar a Isabel y a Esteban..., sin alborotos, calladamente...

—Considerando la ocurrencia disparatada de que yo cediera, no se justificaría tu intervención en el asunto. Tengo familiares a los cuales sería razonable que volviera a recurrir en las presentes circunstancias.

Rodrigo apoyó una mano en un hombro de Trinidad, y ella se replegó en una esquina del sofá.

—No te mientas. Tus famosos parientes te abandonaron y es inútil que pienses en ellos. Solamente estoy yo contigo, y el hecho de ser un buen amigo tuyo justifica

de sobra mi intervención. Sin embargo..., si eso no es suficiente, puedo hacerlo como tu marido.

—¿Sí, ah? No sospechaba que tuvieras esta inclinación a los casamientos... —El acento irónico de sus palabras le era incontrolable, y prosiguió—: Para ti, el matrimonio es la panacea universal. No hay conflicto que resista si se administra esa receta. La madre y la hija se casan con sus respectivos amantes, y viven en un cuento de hadas... ¡Demasiado sencillo!

—Déjate de emplear ese tonito protector. Te consta que desprecio los convencionalismos y las mil patrañas en que se enreda la mayoría de la gente. Pero tú no, y por eso te propongo soluciones a tu medida. Tú no te conformarás con que Isabel viva libremente con un hombre, y nuestras relaciones te hacen sentirte culpable ante tu hija. El matrimonio es en consecuencia la salida más aconsejable. —Se paseó por la sala, y esquivó la lámpara, distinguiendo, tal vez, una luminosidad, un resplandor confuso.

Entonces, ella visualizó esa posibilidad que podría modificar su existencia. Participaría a los huéspedes su enlace con Rodrigo; designaría testigos de la ceremonia civil a Zoraida o a doña Estefanía, y a la señora Berta y a don Evaristo les reservaría el lugar de padrinos ante la Iglesia. Mientras efectuaban los trámites previos al casamiento, lograrían ponerse en contacto con Isabelita y Esteban, y podría notificar el compromiso de su hija. El regocijo sería unánime, se repartirían abrazos y beberían champaña. La moral quedaría incólume, sin haber sufrido ni el

más leve menoscabo, y en el futuro, sólo mínimas variaciones para establecer otro orden: compartiría su dormitorio con Rodrigo, empapelaría las paredes en tonos más claros, amarillo o verde pálido; compraría un cobertor de cretona para la cama, y cortinas del mismo material. En el cuarto de Isabel, igualmente remozado, se instalarían ésta y su marido, pues, aunque la ocupación de él fuera mal remunerada, les alcanzaría para colaborar mensualmente en los gastos de la casa, y pasarían menos privaciones allí que viviendo en un medio extraño. Y no importaría el origen humilde de Esteban; la ascendencia de Rodrigo era también modesta, pero no un obstáculo para que él fuese un hombre inteligente y casi culto. Lo primordial era tener asegurado el sustento, y disponer de algún dinero extra para distracciones ínfimas, como frecuentar un cine de barrio, encaramarse en un bus, el día domingo, e ir a respirar aire puro al Barrio Alto, o sentarse en un café a beber un refresco; dinero para adquirir un abrigo cuando el que se usaba durante tres temporadas seguidas se viera raído; para las refacciones que exigía la casa; para sobrellevar enfermedades o contingencias imprevistas. Sí, aquello era lo principal; y luego, la comprobación de que Isabelita y su marido se entendían, y su propio entendimiento con Rodrigo; ser testigo de la madurez de su hija, y testigo de la vejez que avanzaría en ella. Ser abuela, una abuela de rostro sereno y afable. Y llevarse bien con todo el mundo, asistir a misa y comulgar; sentirse libre de pecados, en paz con Dios y con sus

vecinos, adaptada a la nueva rutina que significaba ser la señora de Díaz. Reflexionó: "Y en tanto que la señora de Díaz vive contenta, aplastada por ese transcurrir mísero... ¿qué será de Trinidad Isasmendi?" El pensamiento chisporroteó y prendió agigantándose, quemándola interiormente. ¿Merecería perdón si se doblegaba para siempre a la pequeñez, a la vulgaridad? ¿Merecería perdón si legitimaba aquellos amores que, en lo hondo de sí, la humillaban, y transigía en que su hija se uniera a un hombre rústico que la convertiría en una mujer torpe y ordinaria? "Mi relación con Rodrigo es un pecado —consideró— e igualmente es un pecado el amor de Isabel por ese individuo. Pero el arrepentimiento borra los peores pecados. Pretender, en cambio, encubrir el mal legalizándolo, rebajarme a ser la señora de Díaz, representante típica del "medio pelo", y admitir que mi hija se case con un patán, es pecado doble; es una traición. ¿Cómo podría tenderle la mano a Isabelita el día en que el fulano ese la abandone, si he descendido hasta su nivel, si me ve más hundida de lo que está ella?"

—¿Qué decides? —Rodrigo se había detenido bajo la lámpara. Sus rasgos se aguzaban, se tornaban cadavéricos por efectos de la luz; no obstante, un matiz que trasuntaba reprimidos temores o desconfianza revelaba lo impercedero del joven Rodrigo.

Al contemplarlo, Trinidad midió el poder de la ternura, del instinto maternal; la potencia de aquel sentimiento

que le impelía a cobijarlo otra vez en sus brazos y ablandarse.

—No, Rodrigo —dijo—. No puedo casarme contigo; no puedo admitir el matrimonio de mi hija con ese individuo. No averigües por qué. Tenemos que separarnos. Ya sé que es inexplicable, pero... es más fuerte que el cariño, el deseo o el acostumbamiento. Por lo que más quieras, hijo, secúndame..., no te pongas a razonar. Me duele..., me dolerá que te vayas; me dolerá en la piel, y tendré remordimientos. Rodrigo..., has explotado tu ceguera desde mucho antes de ser ciego; la has explotado para que las mujeres disculparan la debilidad que las impulsaba a entregársete. Pese a eso, a que no me ves..., cosa de la que suelo dudar, a que no dormiré pensando que estás muy solo, que no te cuidan, que te tropiezas con muebles desconocidos, o pensando que... otras mujeres te abrazan por las noches, te irás de aquí. Te irás en unos minutos más, en unos segundos. Rodrigo, yo debo quedarme en mi lugar. El tipo largará a mi hija cuando se canse de ser su amante... ¡Qué conoce una muchacha de artimañas para retener a un hombre! La largará, y es necesario que ella me encuentre. Si, reemplazándome, se halla con una vieja que ha cedido, que se ha cobrado de los dolores, Isabel no tendrá de qué..., de quién sujetarse. ¡Andate, Rodrigo! A los cuarenta años, un hombre es capaz de iniciarlo todo de nuevo. A mi edad, las mujeres ya no emprendemos nada.

El se despojó de los lentes oscuros; fingía o anhelaba mirarla.

—Isabel no volverá —aseveró—. No son veinte o treinta años los que te separan de ella: son siglos y siglos. ¿En qué puede alterar la verdad de una generación que se familiarizará con los vuelos espaciales, que viajará a la Luna, el provenir de una raza o de otra, o el descender de tales o cuales tatarabuelos? Lloras por la pobreza de Isabel, por el mundo insignificante en que se desenvuelve, ignorando que ese mundo es parte del universo, y que en la Luna o en Marte, esos hombrecitos que para ti son habitantes de tierras infernales se limpiarán el traste con el apellido Isazmendi, con tus reglas de educación provinciana y con tus prejuicios. Para Isabel eres una vieja, Trinidad; no aprenderás nunca su idioma. Tu hija morirá al lado de Esteban, o de otro hombre; morirá tal como ha vivido, pobre, sin recursos, pero sin temblores, sin cargos de conciencia. Será una mala hija quizás, y quizás una mala madre, según tu concepto; simplemente mujer de su tiempo, integrada a la realidad que le corresponde. Zoraidita es más hija tuya que Isabel; ella todavía actúa gobernada por sentimentalismos, revistiendo de un carácter ultraterreno a las vibraciones de su útero. Isabel no es así; es egoísta con sencillez; ama lo que le da placer, el macho o la canción de moda, sin que esto interfiera en sus pensamientos; ama lo que la esclaviza animalmente, sin comprometerla en sacrificios estériles. Por eso no te ama a ti, y elige irse con el hombre con quien se acostó

en una ocasión cualquiera, obligándola a renegar instantáneamente de las ochocientas mil lecciones de moral y de pureza...

—No te burles...

—No me burlo, Trinidad. Isabel y sus amigas bailan *twist*, y no han leído a Jorge Isaacs; pero saben diferenciar las marcas de los automóviles, y se fascinan con los astronautas. ¡Es divertido que tú no lo veas, y yo sí! ¿Sabes qué haría tu hija si la conminaran a saltar al vacío? Exigiría que le resumieran en una clase el manejo del paracaídas, y con total sangre fría apretaría el botón preciso. Lo mismo hará cuando se trate de luchar con la pobreza y realizar los oficios que sean. Por eso su generación es una generación que reniega del pasado, que escupe a los timoratos y a los viejos. Vas a perder a tu hija porque eres vieja, Trinidad.

—De acuerdo; no lo discuto. Dile a la Brígida que prepare tus maletas y que te acompañe a un hotel. Los viejos debemos permanecer, respetar ese pasado que los jóvenes desprecian. Cuando mi hija regrese, la esperará su madre; su madre antipática, intransigente, fiel a sus principios, incapaz de traiciones; su madre a la que podrá decirle: "Mamá, me equivoqué".

El golpe de la puerta, al cerrarse, dividió en dos el tiempo. También Rodrigo empezaba ya a ser un fragmento del pasado; un recuerdo que motivaría una sonrisa o nublaría la mirada de Trinidad, asemejándola a la señora Laura Escobedo. Las mariposas nocturnas rondaban

la lámpara, espolvoreaban una película plateada circundando los flecos de mostacillas. El *secrétaire* que había pertenecido a doña Isabel Chazarreta de Isazmendi, resistía la carcoma en su rincón; las figuras de jade, acariciadas por el polvo, dormían su interminable invierno; la alfombra y los tapices se desangraban por sus grietas. En la calle renacían las moscas, el hedor del gasógeno, el calor, el *smog* y la lámina gris contaminando el asfalto. Un ruido que se repetía, y al que aún ella no se familiarizaba, ululó en el horizonte: otro *jet* acercándose al aeropuerto. Y nuevamente la noche allí; una noche con su significado total de incomunicación y sordera. El telón había caído. No más pelucas de hilo de oro, ni torrecillas de utilería, ni la frase adecuada al acto tercero o al acto segundo. La soledad royendo en los cuartos mal alumbrados, la soledad atisbando entre las sábanas, elaborando espejismos... "En el fundo del tío Exequiel..." ¡Pamplinas! La soledad al margen de los períodos gloriosos; la seca y dura soledad, cortante, afilada y desunida, enemiga de la bondad. Era preciso endurecerse y soportarla cabalgando en las espaldas. Trinidad intentó recurrir al antiguo sueño: "Ir por un camino de arena..." Pero los sueños ya no eran más que una intelectualización, imágenes recortadas de libros, fantasías muertas. Ahora sí estaba sola. Sin amante y sin hija, palpando sus muebles destartalados, pisando las tablas de su casa odiosa, encarando la derrota sin aplazamientos. Era como tocar fondo, al fin, sin escafandra ni tubos de oxígeno, marchando descalza por las conchuelas

puntiagudas y las escamas de los peces; tragando agua salobre y sintiéndola en los pulmones. Sin embargo, era indispensable subsistir en la derrota; doña María Isabel habría hecho lo mismo.

Trinidad se incorporó, y examinó sin piedad su cara estragada, oprimida por el marco dorado del espejo; levantó los ojos, y hallando la aprobación en aquellos semblantes pintados por Monvoisin, en las barbas venerables y los albos cuellos, se dirigió al comedor a ordenar que sirvieran la comida, a dar la señal para que la vida siguiera su curso.

Santa Ana, enero 1963.

Los Vilos, junio 1964.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

5 - AGO 1965

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

SE NECESITA UN ASESINO,
por Osvaldo Gianini.

LA SANGRE Y LA ESPERANZA,
por Nicomedes Guzmán.

CORONACION,
por José Donoso.

EL PAN BAJO LA BOTA,
por Nicomedes Guzmán.

LOS HOMBRES OSCUROS,
por Nicomedes Guzmán.

ACOSADOS EN EL MAR ("GETAWAY"),
por John Harris.

PUERTA DE SALIDA,
por Luis A. Heiremans.

¡ADIÓS, MR. CHIPS!,
por James Hilton.

EL HIJO DEL ARBOL,
por Augusto Iglesias.

EL CORREGIDOR DE CALICANTO,
por Jorge Inostrosa.

NOVELA DE NAVIDAD,
por Enrique Lafourcade.

MARIA,
por Jorge Isaacs.

SURAZO,
por Marta Jara.

Otras obras de
MARÍA ELENA GERTNER:

PARAMO SALVAJE.
LA MUJER DE SAL.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile



FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE